

# **LA JOYA DOCTRINAL**

**ROMANOS BAJO UN ENFOQUE DE REINO**



**OSVALDO REBOLLEDA**

# **LA JOYA DOCTRINAL**

**ROMANOS BAJO UN ENFOQUE DE REINO**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Corrección solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción</b> .....	5
Capítulo uno: <b>La Justicia del Reino y la Fe</b> .....	11
Capítulo dos: <b>El justo juicio del Rey</b> .....	24
Capítulo tres: <b>Jesucristo el Rey</b> .....	36
Capítulo cuatro: <b>La entrada al Reino</b> .....	46
Capítulo cinco: <b>La gracia que reina</b> .....	57
Capítulo seis: <b>El Reino en nosotros</b> .....	67
Capítulo siete: <b>La libertad del Reino</b> .....	78
Capítulo ocho: <b>El poder del Reino</b> .....	86

Capítulo nueve:	
<b>La soberanía del Rey</b> .....	97
Capítulo diez:	
<b>El mensaje del Reino</b> .....	107
Capítulo once:	
<b>El misterio del Reino</b> .....	120
Capítulo doce:	
<b>La ética del Reino</b> .....	132
Capítulo trece:	
<b>El Reino y las autoridades</b> .....	144
Capítulo catorce:	
<b>El Reino en lo esencial</b> .....	154
Capítulo quince:	
<b>La expansión del Reino</b> .....	162
Capítulo dieciséis:	
<b>El triunfo del Reino</b> .....	175
<b>Reconocimientos</b> .....	185
<b>Sobre el autor</b> .....	187



# INTRODUCCIÓN

*“Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol,  
apartado para el evangelio de Dios...”*

Romanos 1:1

El libro de Romanos se levanta como una de las más preciosas joyas de la revelación divina. Entre todas las epístolas del apóstol Pablo, ninguna ha ejercido tanta influencia en la historia de la Iglesia, ni ha despertado tantas conversiones, reformas y despertares espirituales como esta carta dirigida a los creyentes de Roma.

Esta carta brilla como un diamante tallado por el Espíritu Santo en la mente de un hombre que conocía la gracia de Cristo, la profundidad de la Ley, la amplitud de la promesa y la soberanía de Dios en la salvación. No es un texto común, es un tratado inspirado que revela la esencia misma del evangelio del Reino.

Sin embargo, al leer Romanos con detenimiento, descubrimos que su centro no se agota en la justificación por la fe ni en la doctrina de la gracia, aunque ciertamente esas verdades son la columna vertebral de la carta. La perspectiva más amplia, el horizonte que le da sentido a cada afirmación de Pablo, es el Reino de Dios, y ese será el enfoque de este libro.

El Reino es el marco interpretativo donde la justicia, la gracia, la fe, la redención y la esperanza encuentran su coherencia última. Hablar de Romanos sin hablar del Reino sería como contemplar un anillo sin advertir la piedra preciosa que lo corona; sería reducir su esplendor a una dimensión parcial, olvidando que todo el mensaje de Pablo apunta al gobierno de Dios establecido en Cristo y manifestado en Su pueblo.

La Iglesia contemporánea necesita recuperar esta visión del Reino, es por eso que he determinado escribir este breve comentario de Romanos con ese enfoque especial. Durante siglos, hemos leído Romanos buscando la doctrina que sostiene nuestra fe personal, pero pocas veces lo hemos abordado como un manifiesto del Rey que ha venido a gobernar sobre todas las cosas.

No se trata solo de salvación individual, se trata de una transformación cósmica. No se limita al perdón de pecados, sino que abarca la instauración de un orden nuevo donde la justicia de Dios se revela contra la injusticia de los hombres, donde el Espíritu libera a la creación de la esclavitud de corrupción, y donde cada creyente es llamado a vivir como ciudadano de un Reino incommovible.

La joya doctrinal, tal como considero la epístola a los Romanos, no fue escrita para satisfacer la curiosidad intelectual, ni para armar sistemas teológicos cerrados, sino para formar comunidades que encarnaran el evangelio del Reino en medio de un imperio corrupto y hostil.

Los creyentes en Roma no recibieron estas palabras como un tratado académico, sino como un llamado a vivir bajo otro señorío distinto al de César. Cada capítulo es una proclamación: el verdadero Señor es Jesucristo, y Su Reino no tiene fin. Él redime a la humanidad, los capacita para una vida bajo su gobierno y trata con Israel, para que Su Reino sea manifestado y sostenido hasta Su venida, cuando la manifestación será plena y absoluta.

Hoy, en un tiempo donde los reinos de este mundo levantan sus banderas, imponen sus ideologías y se atreven a legislar en contra de la verdad de Dios, Romanos vuelve a resonar con una fuerza profética. La justicia de Dios se revela no para ser archivada en bibliotecas, sino para ser vivida por hombres y mujeres que reconocen que el trono del universo está ocupado, y que ese trono no lo ocupa ningún poder humano sino Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores.

Al abordar este libro, lo haremos capítulo por capítulo, no como un comentario exegético común, sino como un viaje que nos permita contemplar la gloria del Reino en la más pura expresión doctrinal del Nuevo Testamento. Cada pasaje, cada declaración y cada argumento serán examinados bajo la luz del señorío de Cristo.

Veremos que la justificación por la fe no es un fin en sí misma, sino la puerta de entrada a un Reino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Comprenderemos que la gracia no es solo un favor inmerecido, sino la autoridad real que reina para vida eterna. Descubriremos que la esperanza futura

no se limita a un cielo distante, sino a la manifestación plena de un Reino que ya ha irrumpido en la historia y que avanza incontenible hacia su consumación.

Pero no basta con entender estas verdades, es necesario abrazarlas y vivirlas. Romanos nos desafía a dejar de ser súbditos de nuestro propio ego y a rendirnos al gobierno de Cristo. Nos llama a pasar de las tinieblas de un mundo dominado por la injusticia, a la luz de un Reino donde el Espíritu Santo nos capacita para una vida nueva. Nos recuerda que la vida cristiana no es un código moral ni una filosofía religiosa, sino la existencia bajo el reinado del Hijo de Dios.

La exhortación apostólica que este libro nos plantea es clara: debemos vivir como ciudadanos del Reino. No se trata de una teoría abstracta, sino de una práctica concreta en la vida diaria. La ética del Reino que Pablo describe en los capítulos finales de la carta no es opcional, es la consecuencia inevitable de haber sido trasladados del dominio de las tinieblas al Reino de su amado Hijo.

Por eso Romanos no termina en especulación teológica, sino en mandatos claros: renovar la mente, vencer el mal con el bien, someternos con discernimiento a las autoridades terrenales, caminar en amor fraternal, y vivir en unidad en medio de la diversidad.

Este libro nace de la convicción de que necesitamos recuperar Romanos como un mapa del Reino. Nuestra

generación enfrenta desafíos que la Iglesia del primer siglo no imaginó, pero las respuestas que Pablo da son eternas, porque el Reino que predicó es inmovible.

La idolatría del presente es distinta en forma, pero no en esencia; la injusticia de hoy tiene nuevos ropajes, pero sigue siendo la misma rebelión contra el Creador; la soberbia del hombre moderno no es más sofisticada que la de Roma, solo más digitalizada. Ante todo esto, Romanos vuelve a proclamar que hay un Reino más alto, una justicia más perfecta y un Señor más digno de obediencia que cualquier poder terrenal.

Por tanto, la invitación es clara: no nos acercamos a Romanos como espectadores, sino como participantes de una obra que aún se desarrolla. La joya doctrinal no está destinada a ser contemplada detrás de un vidrio, como una reliquia de museo; está hecha para ser portada como una corona sobre la vida de cada creyente. La doctrina aquí expuesta es vida, es un llamado a la obediencia de la fe.

Que al recorrer cada capítulo de este libro, el Espíritu Santo nos permita ver a Cristo como el Rey que gobierna con justicia, experimentar la libertad de Su gracia, y caminar con la esperanza de un Reino que ya está operativo en medio de nosotros, pero que aún aguarda su plenitud. Y que, al igual que los creyentes de Roma, podamos levantarnos en medio de nuestro tiempo para proclamar con valentía y obedecer con gozo esta gloriosa verdad: “Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”.

***“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia,  
y todas estas cosas os serán añadidas.”***  
Mateo 6:33



# Capítulo uno

## **LA JUSTICIA DEL REINO Y LA FE**

*“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.”*

Romanos 1:16 y 17

Desde las primeras líneas de su carta, Pablo se presenta como siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol y apartado para el evangelio de Dios. No escribe como un filósofo griego ofreciendo nuevas ideas, ni como un político romano trayendo discursos de poder, sino como un embajador del Reino celestial que anuncia la llegada de un gobierno eterno.

Roma era la capital del imperio más vasto y temido de su tiempo, y sin embargo, en medio de su esplendor y arrogancia, Pablo afirma que el verdadero Rey ya ha venido y que Su Reino no tiene fin. El evangelio que Pablo predica no es un mensaje secundario dentro de la vida religiosa, sino

el anuncio central de la historia: Dios ha enviado a Su Hijo para establecer el gobierno de Su justicia en medio de la humanidad.

Este evangelio había sido prometido desde antiguo por los profetas en las Escrituras. No se trata de un plan improvisado, ni de un mensaje aislado, sino del cumplimiento de un designio eterno. El Reino de Dios no es una invención del Nuevo Testamento: es la consumación de la esperanza que recorre toda la Escritura.

Lo que los profetas anunciaron como la venida del reinado de Dios, lo que los salmistas cantaron como el día en que Dios juzgaría con justicia a las naciones, lo que los patriarcas esperaron en fe, ahora se manifiesta con toda plenitud en Jesucristo, el Hijo de David según la carne y el Hijo de Dios declarado con poder por la resurrección de entre los muertos.

Al presentarse como apóstol de este evangelio, Pablo deja claro que su vida ha sido reorientada por completo. Ya no vive bajo el gobierno de sus ambiciones fariseas ni bajo la autoridad de los príncipes de este mundo, sino bajo la soberanía de Jesucristo.

Pablo se considera siervo, pero no de un sistema humano; es siervo de un Rey eterno. Esta identidad es clave para entender la carta: el evangelio que predica no es teoría, es gobierno. No es un mensaje que se recibe con simpatía

intelectual, sino una verdad que exige obediencia de fe en todas las naciones.

Y aquí encontramos una clave fundamental: el evangelio no solo anuncia perdón, anuncia un señorío. No solo ofrece vida eterna futura, sino obediencia presente. Por eso Pablo afirma que ha recibido la gracia y el apostolado para llevar a todas las naciones a la obediencia de la fe. Obedecer la fe es aceptar que Jesucristo es Señor, es rendirse a su Reino, es renunciar al dominio del pecado y del ego para vivir bajo el gobierno de Cristo. La fe no es una opinión privada ni una emoción religiosa, es una declaración de lealtad al Rey.

La comunidad de Roma, destinataria de esta carta, vivía en la capital de un imperio que se consideraba eterno. Allí donde se levantaban templos a los dioses, monumentos al César y leyes que pretendían regir el mundo, Pablo escribe para recordarles que ellos pertenecen a otro Reino.

No importa cuán poderoso parezca el imperio terrenal, el evangelio proclama la existencia de un Reino incommovible. Esta tensión entre el Reino de Dios y los reinos humanos atraviesa toda la carta y resuena en cada capítulo: ¿a quién pertenecemos? ¿Quién gobierna realmente nuestra vida? ¿Bajo qué trono nos inclinamos?

La salutación inicial de **Romanos 1:1 al 7**, no es un simple formalismo epistolar; es una proclamación del Reino. En ella, Pablo afirma que este evangelio revela a Jesucristo

como el Hijo de Dios, prometido, resucitado y exaltado como Señor. Y lo más sorprendente es que este evangelio no se queda en teoría: llama a los gentiles, a quienes no eran pueblo, para que ahora formen parte del Reino. Los romanos, acostumbrados a la idea de ciudadanía imperial, reciben aquí un concepto superior: son llamados a ser santos, apartados para el Reino del Hijo.

Así, desde el inicio, Romanos nos confronta con la esencia del evangelio del Reino: Dios no solo salva, sino que gobierna. No solo perdona, sino que establece obediencia. No solo rescata, sino que incorpora a los hombres a una ciudadanía celestial. Y en esa proclamación descubrimos que el evangelio es, en verdad, poder de Dios para salvación.

***“Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo.”***

Romanos 1:8

Después de su solemne presentación, Pablo abre su corazón en acción de gracias. Reconoce que la fe de los creyentes en Roma se ha hecho notoria en todo el mundo, y esto no es casualidad. En el centro del imperio, donde las ideologías, las filosofías y los poderes humanos pretendían dominar, había surgido una comunidad de hombres y mujeres que confesaban otro señorío: Jesucristo es Señor.

Esa fe, que no se sometía a los ídolos ni a la idolatría del César, era un testimonio poderoso de que el Reino de

Dios había irrumpido en el corazón del imperio. Pablo da gracias porque entiende que la fe de la iglesia en Roma no era un simple fenómeno religioso local, sino una señal del avance del Reino.

La gratitud de Pablo se acompaña de un deseo profundo: visitarlos para impartir algún don espiritual y ser mutuamente consolado (**Romanos 1:11 y 12**). Aquí se percibe una dinámica esencial del Reino: no es una realidad aislada en individuos, sino una comunión que edifica.

En el Reino no hay espectadores pasivos ni líderes distantes; hay hermanos que se fortalecen mutuamente bajo un mismo Rey. Pablo, a pesar de ser apóstol a las naciones, reconoce que también necesita ser edificado por la fe de los creyentes romanos. El Reino no se edifica en jerarquías humanas, sino en la vida compartida del pueblo de Dios.

En el versículo **14**, Pablo confiesa sentirse deudor a griegos y a no griegos, a sabios y a ignorantes. Esta declaración revela la universalidad del Reino. El evangelio no es patrimonio de una cultura ni privilegio de una élite religiosa. El Rey no discrimina; su Reino se abre a toda lengua, nación y condición social.

Pablo se sabe deudor porque ha recibido un mensaje que no puede guardarse para sí mismo. El evangelio no es una herencia privada, es una responsabilidad pública. Y aquí se nos recuerda una verdad que atraviesa los siglos: cada creyente que recibe el evangelio se convierte en deudor de su

generación. Somos responsables de anunciar que el Reino ha llegado y que Jesucristo reina.

Es entonces cuando Pablo pronuncia una de las declaraciones más contundentes de toda la Escritura: ***“No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16)***. Aquí la palabra poder que es *“dynamis”* no se refiere a una fuerza teórica ni a una energía abstracta; es la intervención real de Dios en la historia.

Muchos asocian esta palabra *“dynamis”* con dinamita, considerando un poder explosivo, pero debo recordarles que la dinamita no se inventó hasta el año 1866, por lo tanto Pablo no está hablando de ese poder explosivo. Por el contrario, la palabra dinamita fue tomada del griego *“dynamis”*, que significa fuerza o poder, al cual se le añadió un sufijo para formar el nombre comercial de la invención de Alfred Nobel.

De esa misma palabra surgieron los términos actuales, dínamo o dinámica, pero si tomamos el término utilizado por Pablo en esa época vemos que se usa 120 veces en el Nuevo Testamento y a grandes rasgos, la palabra se refiere a la fuerza, el poder o la habilidad, pero su raíz griega se remonta a la palabra dinastía, que es la palabra *“dynasteía”*, que justamente significa poder, señorío o gobierno.

En un contexto como Roma, donde el “poder” se asociaba al ejército, al César y al dominio imperial, Pablo estaba proclamando que el verdadero poder no estaba en las

legiones ni en las leyes humanas, sino en el evangelio del Reino. El imperio podía conquistar territorios por la espada, pero no podía transformar corazones. Solo el evangelio puede arrancar al hombre del dominio del pecado y trasladarlo al Reino de la luz.

Ese poder se manifiesta en salvación. Y aquí debemos detenemos, porque salvación en el contexto del Reino no se limita a escapar del castigo eterno. La palabra griega “*soteria*” implica liberación, restauración, plenitud de vida. Salvación es ser rescatado del dominio del pecado, pero también ser incorporado al nuevo orden de Cristo. Salvación no es solo ser perdonado, es ser ciudadano de un Reino. No es solo recibir vida eterna futura, es vivir hoy bajo un gobierno nuevo. Por eso el evangelio es poder: porque transforma el presente y asegura el futuro.

Pablo añade que este poder se activa por la fe y que no hay barreras étnicas, culturales o sociales que puedan impedirlo o limitarlo. Primero al judío, luego al griego: no porque uno sea más digno que otro, sino porque Dios es fiel a su promesa y ha querido que la salvación se revele primeramente en el pueblo del pacto, para luego extenderse a todas las naciones. El Reino no excluye, pero tampoco anula la historia de la revelación. El evangelio honra la fidelidad de Dios y al mismo tiempo abre de par en par las puertas del Reino a toda la humanidad.

Finalmente, Pablo explica la razón de este poder: ***“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe***

*y para fe*”. Aquí llegamos al núcleo doctrinal del primer capítulo de Romanos. La justicia de Dios no es simplemente un atributo divino, sino su intervención activa para establecer lo correcto, para enderezar lo torcido, para hacer justicia donde reinaba la injusticia.

En el contexto del Reino, esto significa que Dios no solo declara justos a los pecadores, sino que establece un orden nuevo en el cual Su justicia gobierna. Esta justicia no se conquista por obras humanas ni por méritos, sino que se recibe por fe, y la fe misma es respuesta a la revelación que solo Dios en Su soberanía puede entregar.

La famosa cita de Pablo es tomada del libro del profeta Habacuc: **“el justo por la fe vivirá” (Habacuc 2:4)**, esto nos recuerda que el Reino siempre ha sido expresado a través de la fe. No se trata de un sistema nuevo, sino de la continuidad del plan eterno. Los justos de todas las épocas no vivieron por su propia fuerza ni por la ley de los hombres, sino por confiar en el Dios que reina. Y ahora, en Cristo, esa fe encuentra su cumplimiento pleno. Vivir por fe es vivir bajo el Reino. No es una fe abstracta, sino una fe que se traduce en obediencia al Rey, en esperanza firme y en vida transformada.

El capítulo uno de la carta a los Romanos, no es solo una introducción a la doctrina fundamental del Reino; es una declaración programática de toda la carta. Nos dice que Romanos será un despliegue de lo que significa que el evangelio sea poder de Dios, que la justicia de Dios se revele,

y que la fe sea el camino para entrar y permanecer en el Reino. A partir de aquí, Pablo mostrará con crudeza la condición humana bajo el pecado, la intervención gloriosa de Cristo, y la vida nueva que nace de la gracia real. Todo esto parte de una convicción: el evangelio del Reino no es motivo de vergüenza, es la gloria de Dios en acción.

***“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.”***

Romanos 1:18 al 20

El evangelio es poder de Dios para salvación, pero la salvación solo tiene sentido cuando comprendemos de qué hemos sido salvados. Pablo, con la precisión de un profeta y la claridad de un maestro, nos introduce en la realidad más incómoda de todas: la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres. El Reino de Dios es luz, pero esa luz alumbrá primero la profundidad de las tinieblas humanas. No hay buena noticia sin el contraste de la mala noticia: el hombre, por naturaleza, vive bajo el dominio del pecado y en rebelión contra su Creador.

Pablo declara que los hombres detienen con injusticia la verdad. Esta frase es una radiografía del corazón humano caído. No se trata de ignorancia inocente, sino de una decisión consciente de suprimir lo que saben de Dios para vivir como si Él no existiera.

El problema de la humanidad no es falta de información, sino rechazo de la revelación. Porque lo que de Dios se conoce es evidente: la creación misma es un testimonio visible de su eterno poder y deidad. El cielo estrellado, el orden de la naturaleza, la complejidad de la vida, todo clama acerca de un Creador glorioso. El universo entero es un templo que proclama la majestad del Rey.

Sin embargo, los hombres, en lugar de honrar a Dios como Dios, se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (**Romanos 1:21**). Esta es la tragedia de la idolatría: cambiaron la gloria incorruptible del Dios eterno por imágenes de hombres, aves, cuadrúpedos y reptiles.

La idolatría no es solo un error religioso; es la raíz de la corrupción social y moral. Cuando el hombre abandona el Reino del Dios verdadero, inevitablemente se somete a falsos reinos que lo degradan. El rechazo de la verdad produce un vacío que la criatura intenta llenar con sustitutos que nunca satisfacen. El resultado es una mente entenebrecida y un corazón deformado (**Romanos 1:22 y 23**).

La consecuencia de esta rebelión es que Dios los entrega. Tres veces en este pasaje se repite esa expresión: **“Dios los entregó”**. Esta no es una acción pasiva, sino un juicio activo: cuando el hombre insiste en rechazar el Reino, Dios lo deja seguir el camino de su propio pecado, con todas sus consecuencias destructivas.

Los entregó a pasiones vergonzosas, a deshonrar sus cuerpos, a una mente reprobada. La degradación moral que describe Pablo, relaciones contrarias a la naturaleza, violencia, envidia, homicidios, arrogancia, desobediencia, insensibilidad, es la evidencia de un mundo que ha dado la espalda al Rey (**Romanos 1:24 y 25**).

Lo más doloroso es que, aun conociendo el justo juicio de Dios, los hombres no solo practican tales cosas, sino que se complacen en quienes las practican. Aquí se revela la profundidad de la corrupción: el pecado deja de ser algo que se oculta y pasa a ser celebrado. El mal ya no causa vergüenza, sino orgullo. La cultura se invierte y llama luz a las tinieblas, y tinieblas a la luz. No es difícil ver en nuestro tiempo un reflejo de lo que Pablo describió hace dos mil años. Cuando una sociedad normaliza la injusticia y legaliza la impiedad, está mostrando que ha decidido rendir culto a otro dios que no es el Señor.

Frente a esta descripción, la carta a los Romanos nos coloca en una encrucijada espiritual. ¿En qué reino vivimos? El Reino de Dios se edifica en justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; el reino de las tinieblas se sostiene en

injusticia, impureza y mentira. La humanidad, apartada de Dios, experimenta la consecuencia inevitable de su rebelión: desorden interior, descomposición social, violencia estructural. El pecado no es un asunto privado, sino un poder que desintegra sociedades enteras.

Pero al mismo tiempo, estos conceptos nos preparan para la grandeza del evangelio. Si la ira de Dios se revela contra la injusticia, es porque el Reino de Dios no puede coexistir con la impiedad. La buena noticia es que la ira no tiene la última palabra. La revelación de la justicia de Dios en Cristo es la respuesta definitiva al desastre humano. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. El evangelio no minimiza el diagnóstico del pecado; lo expone con crudeza para que podamos valorar la magnitud de la salvación.

Pablo no escribe estas palabras con un espíritu de condena fría, sino con la urgencia de un médico que muestra la enfermedad para aplicar el remedio. La ira de Dios no es un capricho, es el reverso de su amor. Es el fuego santo de un Rey que no tolera que su creación se corrompa bajo el dominio del mal. Comprender esto nos lleva a una doble reacción: humildad, porque reconocemos que también nosotros estábamos bajo ese juicio; y gratitud, porque en Cristo hemos sido trasladados del reino de las tinieblas al Reino de su amado Hijo (**Colosenses 1:13**).

El primer capítulo de Romanos termina, entonces, con un contraste: el mundo bajo el juicio de Dios por haber

rechazado Su Reino, y la promesa implícita de un evangelio que es poder para salvación. Solo quien reconoce la seriedad del pecado puede abrazar con gozo la gloria de la gracia. Solo quien percibe el peso de las tinieblas anhela con urgencia la luz. Así se prepara el terreno para el desarrollo de toda la carta: el Reino de Dios avanza no negando la realidad del pecado, sino venciendo su poder por medio de Cristo.

*“La carta a los Romanos es digna no solo de que todo cristiano la sepa palabra por palabra, de memoria, sino de que se ocupe de ella todos los días, como el pan de cada día del alma”.*

**Martín Lutero**



## Capítulo dos

### **EL JUSTO JUICIO DEL REY**

*“Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas, haces lo mismo”*

Romanos 2:1

El capítulo dos de Romanos abre una escena solemne, casi como si estuviéramos entrando en la sala de un tribunal majestuoso. No es un tribunal humano, donde los hombres sobornan a jueces y manipulan testigos. Es el tribunal del Reino de Dios, presidido por el Rey eterno, ante quien toda rodilla se doblará y toda lengua confesará. Pablo nos invita a mirar con seriedad este escenario, no como espectadores curiosos, sino como acusados que deberán comparecer.

Con esta declaración, la falsa seguridad del moralista se derrumba. El hombre religioso que piensa estar a salvo por sus ritos, el filósofo que se siente elevado por su razón, el ciudadano respetable que aparenta rectitud: todos quedan

inexcusablemente expuestos. El Reino no admite máscaras, porque el Rey conoce los secretos del corazón.

El juicio humano suele ser parcial. Nos resulta fácil señalar la falta ajena mientras justificamos la nuestra. Somos rápidos para condenar a quien cae en un pecado público, mientras encubrimos con argumentos refinados nuestra propia dureza de corazón. Pablo expone esa hipocresía, no para hundirnos en la culpa, sino para abrir nuestros ojos ante la imparcialidad del Rey. El que juzga no es un hombre limitado, sino Dios mismo, que conoce lo visible y lo oculto, lo externo y lo íntimo. El juicio del Rey no se basa en rumores, sino en la verdad.

***“Más sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad”***

Romanos 2:2

Esta frase corta y contundente nos recuerda que la justicia del Reino no fluctúa según opiniones humanas. Es según verdad, no según conveniencia cultural ni según méritos aparentes. El Rey no necesita de testigos externos; Su propia omnisciencia es suficiente. Esto nos confronta con un hecho ineludible: todo lo que somos, todo lo que hacemos, todo lo que decimos, incluso lo que pensamos, está bajo el escrutinio del Rey justo.

El error de muchos es confundir la paciencia de Dios con indiferencia. ***“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su***

***benignidad te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4).*** Aquí se revela un aspecto glorioso del Reino: el Rey que juzga también es paciente. No ejecuta de inmediato la sentencia, sino que concede tiempo. Esa paciencia no es debilidad, es misericordia; no es indiferencia, es oportunidad. Pero cuando la paciencia es despreciada, se convierte en testigo contra el rebelde.

***“Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Romanos 2:5).*** Esta advertencia es estremecedora: cada día de indiferencia no es neutral, sino acumulativo. El hombre cree que posponer el arrepentimiento es un gesto sin consecuencias, pero en realidad está almacenando condena para el día del juicio. El Reino no olvida lo que el hombre olvida; el Rey registra lo que la conciencia calla.

Esta primera sección nos invita a reconocer tres verdades fundamentales del Reino. Primero, que nadie tiene excusa: todo ser humano está bajo el mismo tribunal. Segundo, que el juicio del Rey es imparcial y verdadero: Él no juzga según apariencias, sino conforme a la realidad interior. Y tercero, que la paciencia del Rey no debe ser malinterpretada: no es licencia para continuar en pecado, sino una muestra de gracia que llama al arrepentimiento.

Aplicado a nuestra vida, esto nos conduce a examinar nuestro corazón. ¿Somos rápidos para juzgar al prójimo y lentos para arrepentirnos? ¿Confundimos la paciencia de

Dios con indiferencia? ¿Vivimos como si el juicio del Rey fuera una doctrina lejana, y no una realidad inminente? Cada creyente debe confrontarse con estas preguntas, porque el Reino de Dios no es un concepto teórico, sino una autoridad presente.

En la historia de Israel, vemos este mismo patrón. El pueblo se jactaba de tener la ley, de ser descendencia de Abraham, de ofrecer sacrificios en el templo. Pero los profetas les recordaban que su confianza estaba mal puesta, porque el Dios del pacto no se impresionaba con ritos externos, sino que exigía obediencia de corazón. Isaías proclamó: ***“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí” (Isaías 29:13)***. Lo mismo denuncia Pablo: un pueblo que juzga a otros, pero no se deja transformar por el Dios que todo lo ve.

Hoy no estamos exentos del mismo peligro. Es posible predicar sermones y tener ministerios visibles, mientras en lo íntimo acumulamos ira para el día del juicio. Es posible condenar los pecados de la cultura, mientras toleramos pecados escondidos en el corazón. El justo juicio del Rey nos llama a la transparencia, a la integridad, a vivir de tal manera que lo que somos en público sea lo mismo que en secreto.

El Reino se manifiesta en la seriedad de este juicio. No es un reino simbólico, no es una alegoría: es un gobierno real, presidido por un Rey santo que exige cuentas. Y al mismo tiempo, es un Reino de gracia, porque todavía hoy Su bondad nos guía al arrepentimiento. Quien ignore este llamado,

descubrirá demasiado tarde que cada día de indiferencia fue en realidad un día de almacenamiento de ira.

El mensaje pastoral de esta primera parte del capítulo dos es claro: examinémonos a nosotros mismos antes de juzgar a otros, reconozcamos la paciencia de Dios como una oportunidad y no como una excusa, y vivamos con la convicción de que todo está bajo la mirada del Rey justo. El ciudadano del Reino no puede darse el lujo de la hipocresía, porque el Rey no se deja engañar.

***“El cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad; pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia”***

Romanos 2:6 al 8

Aquí no hay lugar para favoritismos ni para privilegios hereditarios. El juicio del Rey es equitativo, justo, perfecto. La recompensa y la condena se fundamentan en la respuesta del hombre ante la verdad. Este principio, que atraviesa toda la Escritura, muestra que el Reino de Dios es un gobierno donde no basta con el linaje, el rito o la tradición; lo que determina el destino eterno es la vida vivida en fidelidad o en rebeldía.

Pablo detalla las dos sendas que se abren frente al ser humano. Por un lado, los que perseveran en hacer el bien, buscando gloria, honra e inmortalidad. No es un bien

ocasional, ni una obediencia superficial, sino una vida de constancia, fruto de una fe genuina. Estos recibirán vida eterna. Por otro lado, los que se resisten a la verdad, dominados por la injusticia, cosecharán ira y enojo. No hay un camino intermedio; la neutralidad no existe en el Reino. Cada ciudadano debe definirse: o vive sometido al Rey, o se rebela contra Él.

La imparcialidad del juicio queda aún más clara cuando Pablo añade: ***“tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el juicio primeramente y también el griego; pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al juicio primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios” (Romanos 2:9 al 11).***

El judío, con todos sus privilegios espirituales, y el gentil, sin ninguno de ellos, son juzgados con el mismo criterio. Esto rompe cualquier ilusión de superioridad étnica o religiosa. En el Reino, el Rey no se deja impresionar por títulos ni herencias. Su cetro descende sobre todos con el mismo peso de justicia. Esta imparcialidad real es uno de los pilares de Su gobierno, y nos recuerda que ningún hombre puede esconderse detrás de excusas externas.

Pablo refuerza esta idea mostrando que tanto los que tienen la ley escrita como los que no la tienen son responsables ante Dios. ***“Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados” (Romanos 2:12).***

Es decir, no hay impunidad para nadie. El gentil no podrá decir: “no conocía la ley”, porque la conciencia misma testifica. Y el judío no podrá excusarse diciendo: “tenía la ley”, porque el hecho de poseerla no lo salva, sino el obedecerla.

Este argumento alcanza su clímax en los versículos 14 y 15: ***“Porque cuando los gentiles que no tienen ley hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos.”***

Aquí se revela otra clave del Reino: la ley interior. El Rey no gobierna solamente con códigos externos, sino que ha inscrito en cada corazón humano un testimonio de Su justicia. La conciencia es un juez interno, silencioso pero constante, que acusa o defiende según la conducta del hombre. Aunque algunos intentan callarla o deformarla, la conciencia permanece como un eco del Reino dentro del alma. Es la prueba de que nadie puede alegar ignorancia total, porque el Rey ha dejado huellas de Su autoridad en cada vida.

Pablo concluye este argumento con una afirmación solemne: ***“en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”*** (Romanos 2:16). Este versículo abre el telón del juicio final: el Rey juzgará lo secreto, no solo lo público. No serán únicamente las acciones externas las que se examinarán, sino también las intenciones ocultas, los pensamientos

escondidos, los motivos que nunca se dijeron. Y ese juicio será a través de Jesucristo, a quien el Padre ha constituido como Juez de vivos y muertos.

Este pasaje nos lleva a reflexionar en varias direcciones. En lo personal, nos recuerda que nuestra vida no es un espectáculo para agradar a hombres, sino un servicio ante el Rey que todo lo ve. No basta con aparentar bondad; lo secreto será revelado. En lo comunitario, nos enseña a no caer en el error de la parcialidad. La Iglesia debe reflejar la imparcialidad del Reino, tratando con justicia a todos, sin favoritismos por posición social, nivel económico o trasfondo cultural.

Además, este texto nos desafía a no confiar en excusas externas. El gentil no puede decir: “no tenía ley”, porque la conciencia le acusa. El judío no puede decir: “tenía ley”, porque no la obedeció. Y nosotros, cristianos de hoy, no podemos decir: “teníamos el evangelio”, si no lo vivimos. El privilegio aumenta la responsabilidad. A mayor luz, mayor juicio.

La voz apostólica que surge de esta sección es clara: vivamos con la conciencia limpia delante del Rey. No se trata de perfeccionismo humano, sino de integridad, de caminar en la verdad, de responder al testimonio de la conciencia y a la guía del Espíritu. El Reino demanda ciudadanos íntegros, no por legalismo, sino porque saben que sus vidas están abiertas ante el Rey justo.

Quien se apoya en el privilegio de conocer la ley, pero no vive conforme a ella, se engaña a sí mismo y desprecia la majestad del Rey. El apóstol Pablo, con la agudeza de un profeta que no se conforma con apariencias, confronta a los judíos que se gloriaban en poseer la Torah mientras vivían en desobediencia.

De nada sirve proclamarse guía de ciegos, luz de los que están en tinieblas y maestro de los ignorantes, si en la práctica se roba, se adultera y se profana aquello que se dice defender. El Reino no se sostiene en discursos ni en títulos religiosos, sino en la coherencia de una vida transformada bajo el señorío del Rey justo.

Aquí emerge con fuerza la imparcialidad del juicio divino: tener la ley no es ventaja si se la quebranta. Tener circuncisión en la carne no es garantía si el corazón permanece incircunciso. El Rey ve más allá de los símbolos externos y penetra hasta las intenciones más profundas.

Su trono no se deja impresionar por rituales, sino que se afirma en la verdad que brota de un corazón obediente. Por eso, Pablo declara con valentía que un gentil que guarda la justicia de Dios es más ciudadano del Reino que un judío que presume de su linaje pero desprecia la voluntad de su Señor. El Reino se abre al corazón rendido, no al orgullo que levanta murallas de superioridad.

Esta enseñanza es tan provocadora hoy como lo fue en el siglo primero. La Iglesia también corre el riesgo de

aferrarse a signos externos de identidad, denominaciones, tradiciones, ritos, ministerios visibles, como si fueran credenciales suficientes para obtener la aprobación del Rey. Pero el justo juicio del Señor desnuda toda apariencia. Él no pregunta si llevamos un nombre cristiano, si nos reunimos en un templo o si ejercemos un cargo, sino si Su Reino gobierna de verdad en lo íntimo de nuestro ser. En el día de Su manifestación, no habrá disfraz religioso que pueda ocultar la rebelión del corazón.

El contraste entre circuncisión externa y circuncisión del corazón es una clave profunda de Reino. Así como la circuncisión en Israel era la señal de pertenencia al pueblo de Dios, así también muchos hoy exhiben señales externas de fe. Sin embargo, el Rey no se deja engañar. La marca que Él busca es el sello de Su Espíritu en lo más hondo del alma, la inscripción invisible que distingue a quienes son súbditos leales.

No se trata de ritos, sino de rendición; no de formas, sino de obediencia; no de proclamarse parte del Reino, sino de vivir bajo Su señorío. La verdadera identidad se reconoce no por lo que decimos de nosotros mismos, sino por el testimonio que Dios da de quienes le temen y le honran en lo secreto.

Este capítulo es una llamada urgente a la Iglesia contemporánea. No podemos contentarnos con decir que tenemos Biblia en abundancia, templos levantados, himnos cantados y doctrinas definidas, si nuestro testimonio

contradice la majestad del Evangelio. El mundo blasfema del nombre de Dios cuando los que se llaman Su pueblo viven como si Él no reinara. El escándalo de un cristianismo sin obediencia no es un asunto secundario: es un agravio directo al Rey. Por eso, el juicio que comienza por la casa de Dios (**1 Pedro 4:17**), no es una amenaza vana, sino una advertencia solemne para que nos examinemos con seriedad delante de Su trono.

El mensaje de Pablo no es de condenación, sino de apertura de esperanza. Si un gentil puede ser contado como verdadero judío por la obediencia del corazón, entonces cualquiera, sea cual sea su trasfondo, puede ser reconocido como hijo del Reino si se rinde a Cristo y permite que Su Espíritu obre esa circuncisión interior.

El Rey no excluye por nacionalidad, cultura o historia, sino que abre Su Reino a todo aquel que se humilla y se deja transformar. Esta imparcialidad es tanto juicio como gracia: juicio porque nadie puede refugiarse en privilegios vacíos; gracia porque todos, sin excepción, tienen la posibilidad de ser hechos ciudadanos del Reino por medio de la fe obediente.

Así, **Romanos 2** concluye con una verdad que atraviesa los siglos: el verdadero pueblo del Rey no se define por genealogías, por ritos ni por etiquetas humanas, sino por el corazón que ha sido alcanzado y marcado por Su Espíritu. Esto exige que cada creyente se pregunte sin evasivas: ¿mi fe es una fachada o una obediencia real? ¿Mi identidad está en

un nombre o en un Reino que gobierna mis decisiones diarias? El juicio del Rey no se detendrá ante excusas, pero tampoco negará Su aprobación a quienes, aun siendo despreciados por el mundo, viven en la verdad de Su señorío.

El capítulo nos deja con una exhortación penetrante: la única seguridad frente al juicio real no es la tradición, ni el rito, ni la apariencia, sino una vida escondida en Cristo y transformada por Su Espíritu. El justo juicio del Rey se manifestará sin parcialidad, y en ese día quedará al descubierto lo que verdaderamente nos define. Dichoso el que, en vez de gloriarse en lo externo, permite que el Rey lo marque en lo secreto con la circuncisión de Su amor, porque ese será hallado ciudadano del Reino eterno.

***“Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios.”***

Romanos 2:28 y 29



## Capítulo tres

### **JESUCRISTO EL REY**

*“Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”*

Romanos 3:4

La pregunta inevitable surge al avanzar en la carta: si tanto judíos como gentiles están bajo pecado, ¿de qué sirve el haber recibido la ley? Pablo responde con realismo y reverencia: la ventaja de Israel fue grande, pues le fueron confiados los oráculos de Dios, la revelación directa del Rey.

Pero esa honra no significó inmunidad. El privilegio de tener la ley no los liberó de la responsabilidad de cumplirla, ni mucho menos anuló la justicia de Dios cuando Israel falló en guardar sus mandamientos. La incredulidad humana no cancela la fidelidad real; al contrario, la confirma. El Rey permanece veraz aunque todo hombre sea hallado mentiroso.

La majestad del Reino resplandece incluso en el contraste con la miseria humana. Cuando el hombre miente, la veracidad de Dios se exalta. Cuando el hombre se corrompe, la pureza del Rey se afirma. Pero no por ello se

justifica el pecado, como si la injusticia del súbdito fuera excusa para que brille más la gloria del Monarca. Tal razonamiento blasfemo, “hagamos el mal para que venga el bien...” es condenado por Pablo con severidad, mostrando que la justicia de Dios nunca se apoya en la perversión del hombre.

Luego, el apóstol abre un acta solemne del tribunal divino: ***“No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda; no hay quien busque a Dios” (Romanos 3:10 y 11)***. Con palabras tomadas de los Salmos y de los profetas, describe a la humanidad entera como un pueblo rebelde, incapaz de andar en la senda recta del Reino. Sus gargantas son sepulcros abiertos, sus pies se apresuran a derramar sangre, sus ojos han perdido el temor del Rey. La sentencia es inapelable: todos, sin excepción, se han extraviado.

***“Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno...”***

Romanos 3:12

Aquí la ley ocupa su lugar en la dinámica del Reino: no es el instrumento de salvación, sino el espejo que muestra la verdad del súbdito. La ley cierra toda boca, silencia toda excusa, desnuda toda pretensión de justicia propia. El hombre que se compara con otro siempre hallará un modo de justificarse, pero el que se coloca frente a la ley del Rey descubre su bancarrota total. Ante ese tribunal real, toda jactancia se disuelve y solo queda confesar la ruina común.

Este veredicto es tan necesario hoy como lo fue en la Roma del primer siglo. Nuestra generación, orgullosa de sus avances y logros, todavía quiere pensar que puede justificarse a sí misma con obras de cultura, de ética o de religión. Pero la voz del Rey resuena con la misma claridad: todos han fallado, todos se han apartado, todos necesitan justicia que no poseen. El Reino no admite ciudadanos que presuman inocencia propia; solo recibe a los que reconocen su bancarrota delante del trono.

El juicio de Dios es la antesala de la gracia, porque prepara el corazón para recibir lo que vendrá: la manifestación de la justicia real en Cristo. El silencio de toda boca humana abre el espacio para que hable la voz del Rey, no ya para condenar sin remedio, sino para anunciar la provisión eterna de Su justicia.

Tras el silencio impuesto por la ley, resuena el anuncio más glorioso: ***“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios” (Romanos 3:21)***. Esta frase irrumpe como un amanecer tras la noche más oscura. La ley había mostrado la incapacidad del súbdito, había sellado su condena, había expuesto su bancarrota. Y justo allí, cuando la boca del hombre quedó cerrada, se levantó la voz del Rey, proclamando una justicia no derivada del esfuerzo humano, sino de Su propio trono eterno.

No se trata de una justicia improvisada, sino de aquella que ya había sido anunciada en la ley y los profetas, testimonio de que el Reino no se mueve por cambios de

humor, sino por la fidelidad de un plan eterno. Desde Abraham hasta Isaías, desde Moisés hasta Jeremías, toda la Escritura apuntaba a este momento en que la justicia de Dios se revelaría en un acto decisivo. El Rey no improvisa decretos; Él ejecuta lo que siempre había prometido.

Y esa justicia se recibe por la fe en Jesucristo. No hay otro acceso, no hay atajo ni excepción. La fe es el reconocimiento de la bancarrota propia y la confianza en que el Rey, en Cristo, ha provisto lo que jamás podríamos producir. Todos pecaron, todos están destituidos de la gloria del Rey, todos quedaron excluidos de la ciudadanía por su rebelión. Pero todos, de igual manera, pueden ser justificados gratuitamente por Su gracia. La salvación no se compra, no se merece, no se negocia: se recibe como dádiva real.

***“La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”***

Romanos 3:21 al 26

Pablo emplea aquí la imagen del rescate: la redención que es en Cristo Jesús. Así como un esclavo era liberado por el pago de un precio, así el súbdito rebelde es rescatado por la sangre del Hijo. La cruz no fue un accidente ni una tragedia humana, sino la proclamación real de la justicia divina. Allí, en el madero, el Rey exhibió públicamente a Su Hijo como propiciación, como el lugar de encuentro entre la santidad ofendida y la misericordia derramada.

La sangre de Cristo es el decreto real que reconcilia lo irreconciliable. Dios había pasado por alto en Su paciencia los pecados pasados, sin ejecutar de inmediato la condena merecida. Pero la cruz mostró que esa paciencia no era indiferencia. El Rey no había olvidado la ofensa, sino que esperaba el momento de exhibir Su justicia en el sacrificio perfecto. Así, Su trono no queda comprometido: Él es justo porque castiga el pecado, y es el que justifica porque declara inocente al que cree en Jesús.

Este misterio del Reino es inagotable: la misma cruz que condena el pecado salva al pecador; la misma justicia que exige perfección ofrece gracia; el mismo Rey que debía destruir al rebelde abre la puerta para hacerlo hijo. Aquí se revela el corazón del Evangelio: la justicia de Dios no es solo un atributo abstracto, sino un acto concreto en Cristo. Y ese acto es la base misma del Reino eterno.

Esta revelación tiene implicaciones prácticas profundas. La Iglesia no proclama un mensaje de autoayuda, ni un programa moral, ni una religión de méritos acumulados.

Proclama el decreto del Rey: que en Cristo hay justicia disponible para todos los que creen. El predicador del Evangelio es un heraldo del Reino que anuncia la gracia soberana. Y cada creyente, al recibir esta justificación, entra en una nueva identidad: ya no como súbdito condenado, sino como ciudadano justificado, libre para vivir bajo la autoridad del Rey.

Aquí también se anula todo orgullo humano. Nadie puede gloriarse de haber alcanzado el favor de Dios por sus obras, porque la justicia vino *“aparte de la ley”*. Nadie puede jactarse de su superioridad moral, porque todos hemos pecado. Nadie puede reclamar méritos, porque todo se recibe gratuitamente. La fe no es obra, sino renuncia a la obra; no es mérito, sino confesión de incapacidad. En el Reino, la corona no se coloca en la cabeza del hombre, sino en la del Rey crucificado.

**Romanos 3:21 al 26** es, entonces, el corazón palpitante de la joya doctrinal: la justicia real manifestada en Cristo. Sin esta proclamación, el Reino quedaría como un tribunal sin misericordia. Con ella, el Reino se convierte en la morada de redimidos que, habiendo sido declarados justos, ahora viven para la gloria del Rey que los amó hasta la cruz.

*“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también*

***de los gentiles. Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión. ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.”***

Romanos 3:27 al 31

Cuando el decreto del Rey ha sido proclamado, cuando se ha revelado que la justicia no procede de las obras humanas sino de la fe en Cristo, surge una pregunta inevitable: ¿dónde, pues, queda la jactancia? Y la respuesta es tan clara como liberadora: queda excluida. No hay espacio para el orgullo en el Reino. La justificación por fe despoja al hombre de toda corona que pretendiera colocarse, porque no fue él quien conquistó su absolución, sino el Rey quien la concedió.

Pablo desmonta así uno de los mayores ídolos del corazón humano: la autosuficiencia. El súbdito caído busca siempre un motivo para gloriarse, sea en sus obras, en sus ritos, en sus tradiciones o en sus comparaciones con otros. Pero el Reino no se edifica sobre la vanagloria de los hombres, sino sobre la gloria de Dios. La fe, lejos de ser un mérito, es la confesión de que nada podemos aportar; es la mano vacía que recibe lo que el Rey otorga en su misericordia.

La ley de las obras alimenta el orgullo; la ley de la fe lo destruye. Bajo la primera, el hombre mide su justicia en relación con su desempeño; bajo la segunda, reconoce que su única justicia está en Cristo. Por eso, en el Reino no hay

competencia por superioridad espiritual, porque todos hemos sido igualmente rescatados, igualmente perdonados, igualmente justificados por el mismo sacrificio. La mesa del Rey no admite asientos reservados para los que se creen mejores, sino que acoge a todos los que nos sentamos en humildad.

Esta verdad, además, derriba las barreras étnicas y religiosas que dividían al mundo antiguo. El mismo Dios es Dios de judíos y de gentiles. Si la justificación fuera por las obras de la ley, solo Israel tendría acceso, porque solo Israel había recibido la Torah.

Pero como la justificación es por la fe, el Rey abre Su Reino a todas las naciones. El muro que separaba al pueblo judío de los gentiles se derrumba en la cruz, y ahora un mismo acto de justicia funda un pueblo nuevo, compuesto por todas las lenguas, tribus y culturas, unidos en la misma fe en Cristo.

La unidad del Reino no es uniformidad cultural, sino comunión en la justicia del Rey. No importa el idioma, la tradición o la historia: todos los que creemos recibimos el mismo decreto de justificación. Esto tiene una implicación poderosa para la Iglesia contemporánea: nuestra identidad principal no está en nuestras denominaciones, ni en nuestras costumbres, ni en nuestras formas de adoración, sino en el hecho de haber sido declarados justos por el Rey soberano. Esa es la base de la fraternidad cristiana y el fundamento de toda misión.

Pablo concluye con otra afirmación contundente: la fe no anula la ley, sino que la confirma. Esto puede parecer paradójico, pero encierra una verdad de Reino. La ley había demandado justicia, y Cristo la cumplió en nuestra representación.

Al justificar al que cree, el Rey no está despreciando Su propia ley, sino mostrando que ella encontraba su cumplimiento en Cristo. La fe honra la ley porque reconoce que no podíamos cumplirla por nosotros mismos, y que solo el Hijo obediente la cumplió plenamente. Así, el Reino no se sostiene en contradicción, sino en armonía: la justicia exigida por la ley se cumple en la justicia otorgada por la gracia.

Este cierre nos confronta con la postura que debemos asumir como Iglesia: vivir sin jactancia, caminar en unidad y rendirnos al señorío del Rey que ha cumplido en Cristo lo que jamás podríamos lograr. La gracia no nos autoriza a la arrogancia, sino que nos conduce a la humildad. La fe no nos aísla en orgullo espiritual, sino que nos une en fraternidad con todos los que han sido justificados. Y la justicia real, lejos de abolir la ley, nos lleva a vivir en obediencia, no para ganar aceptación, sino porque ya hemos sido aceptados por el amor del Rey.

Así termina este capítulo, con una verdad que atraviesa toda la historia de la Iglesia: el Reino no se funda en las obras del hombre, sino en la obra de Cristo. La justicia real manifestada en Él es el fundamento inamovible sobre el cual se edifica un pueblo nuevo, unificado y humilde. Toda

jactancia queda excluida, y toda gloria se devuelve al Rey que, siendo justo, justificó al impío por medio de la fe.

***“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros.”***

Isaías 53:6



## Capítulo cuatro

### **LA ENTRADA AL REINO**

*“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.”*

Romanos 4:1 al 3

El Reino de Dios, en su grandeza y misterio, no se abre con llaves humanas ni se hereda por genealogía o tradición. Su puerta es única y eterna, y solo se accede por medio de la fe. El apóstol Pablo, en el capítulo cuatro de Romanos, nos conduce hacia esta verdad luminosa tomando como ejemplo a Abraham, el patriarca de la fe, quien creyó a Dios y le fue contado por justicia.

Diría que la fe es la llave de entrada al Reino, no como una obra humana ni como un mérito alcanzado, sino como la respuesta confiada del corazón a la palabra viva del Rey eterno. De hecho, si recordamos a Pedro ante Jesús, veremos que la llave del Reino le fue entregada por el Señor (**Mateo 16:19**). Los hombres no pueden obtener las llaves que

pertenecen al Reino, solo Dios puede hacerlo. Así funciona Su gracia soberana.

Abraham, en su tiempo, no recibió un código escrito, ni dependió de sacrificios rituales o ceremonias para establecer su relación con Dios. Su punto de partida fue la voz divina que le prometía lo imposible: descendencia cuando la esterilidad lo cercaba, naciones cuando aún no había visto un hijo, tierra cuando sus pies eran peregrinos. Y sin embargo, creyó.

Esa fe sencilla, desnuda de apoyos humanos y sin evidencia visible, fue la llave que lo introdujo en una relación de pacto con el Señor del cielo y de la tierra. Aquí radica la grandeza de este relato: Abraham no confió en lo que veía, sino en la palabra que había salido de la boca de Dios.

Este acto no fue un asunto privado o un privilegio aislado para un hombre y su familia; fue el anuncio de un principio eterno: que la justificación, la entrada al Reino, y la herencia de las promesas no se obtienen por linaje, esfuerzo humano o cumplimiento de normas externas, sino por la fe en el Rey.

***“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; más al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.”***

Romanos 4:4

Pablo lo recalca con fuerza: Abraham creyó cuando todavía no estaba circuncidado, es decir, antes de recibir cualquier marca externa que lo identificara como “pueblo escogido”. Con esto, el apóstol derriba la falsa seguridad de los que pensaban que la circuncisión o la pertenencia al linaje de Israel eran suficientes para asegurar su lugar en el Reino. El Reino no se hereda por sangre ni por cultura, sino por creer en Aquel que llama las cosas que no son como si fuesen.

En esta verdad descansa la esencia de la fe como ciudadanía del Reino. La entrada no se compra, no se negocia, no se traspasa de padres a hijos como una herencia terrenal; es el don de Dios recibido en la confianza del corazón. Por eso, Abraham es presentado como modelo de súbdito del Rey eterno. No porque haya sido perfecto, ni porque haya sido superior a otros hombres de su tiempo, sino porque se sometió en confianza a la palabra de su Señor.

La fe no es un simple acuerdo mental ni un sentimiento pasajero; es el reconocimiento del gobierno de Dios sobre la vida, es entregarse al Rey con total abandono. Así fue la fe de Abraham, y así debe ser la de todo aquel que desea entrar al Reino.

La enseñanza de este capítulo trasciende lo histórico. Pablo no lo presenta solo como un recuerdo del pasado, sino como un camino que hoy permanece abierto para todos los pueblos. Abraham creyó y recibió promesas que no se limitaron a Israel, sino que abrazaban a todas las naciones.

Aquí vemos la amplitud del Reino: no se trata de un proyecto étnico ni de un territorio geográfico, sino de una soberanía universal. En Cristo, el hijo de Abraham, todas las familias de la tierra son benditas. Y esa bendición no es otra cosa que la posibilidad de entrar en el Reino por la fe, recibiendo la justificación gratuita que proviene de la gracia.

La fe es la puerta, pero también es el camino. No se trata de un acto inicial que luego puede ser olvidado, sino de un principio permanente de vida en el Reino. El que entra por fe debe caminar por fe. Así como Abraham continuó creyendo cuando las promesas tardaban en cumplirse y cuando su realidad parecía contradecir lo que Dios había dicho, también nosotros somos llamados a perseverar en la confianza. La fe no se agota cuando recibimos el perdón, sino que se extiende hasta el cumplimiento de todas las promesas del Rey.

Hoy la exhortación es clara: no debemos confiar en nuestros méritos, no debemos descansar en nuestras obras, no debemos presumir de alguna tradición espiritual, porque nada de eso nos abre la puerta del Reino. Solo la fe viva en Cristo, el Rey, puede justificarnos y darnos ciudadanía en Su Reino eterno. Como Abraham, somos llamados a creer lo imposible, a confiar en lo que aún no vemos, a caminar guiados por la voz del Señor. Ese es el sello de los súbditos del Rey: viven por fe y no por vista, y esto también es un don de Dios (**Efesios 2:8**).

El Reino de Dios no es un dominio cerrado ni un privilegio exclusivo. En la fe de Abraham se revela un misterio glorioso: la herencia de las naciones. Dios le dijo: ***“Te he puesto por padre de muchas naciones”*** (Romanos 4:17), y esta declaración trasciende la historia particular de Israel. En Abraham se proyectaba un diseño de Reino que alcanzaría a toda tribu, lengua y pueblo. La promesa no se limitaba a un territorio en Canaán, sino que señalaba hacia un gobierno universal bajo el señorío de Cristo.

Esta perspectiva es central para comprender el propósito eterno del Señor. El Reino no puede ser reducido a fronteras humanas ni a privilegios étnicos. Si Abraham es ***“padre de la fe”*** (Gálatas 3:7), entonces todos los que creen son sus hijos, y con ellos herederos de la promesa. Así lo explica Pablo: no son los de la ley quienes heredan, sino los de la fe. La ley, al señalar el pecado, no podía otorgar la herencia; la fe, al recibir la gracia, abre las puertas de la herencia eterna.

Aquí se descubre un principio fundamental: la fe no solo justifica, sino que otorga ciudadanía. Ser parte del Reino no consiste en pertenecer a una cultura, sino en creer al Rey. En otras palabras, la fe es la carta de ciudadanía celestial. No hay pasaportes que certifiquen esta pertenencia, no hay documentos humanos que acrediten el derecho a entrar. Solo la fe en Cristo, el Hijo prometido, acredita la identidad de un súbdito del Reino.

Esto tiene una aplicación práctica inmediata. Muchos aún piensan que la cercanía con Dios se logra acumulando méritos religiosos, guardando tradiciones o repitiendo prácticas externas. Pero Pablo derriba estas falsas seguridades.

Si Abraham hubiese sido justificado por obras, entonces tendría de qué gloriarse, pero no para con Dios. Su gloria fue otra: confiar en el Dios que justifica al impío. Ese es el mayor consuelo para nosotros: no entramos al Reino porque seamos buenos, sino porque hemos creído en Aquel que nos amó aun siendo pecadores.

***“El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años, o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia.”***

Romanos 4:18 al 22

Por eso, la fe de Abraham es presentada como modelo, no solo en su inicio, sino en su perseverancia. La Escritura dice que él creyó esperando contra esperanza. Cuando todo indicaba lo contrario, cuando la realidad parecía burlarse de la promesa, él se mantuvo firme. Esta perseverancia es el

retrato del verdadero ciudadano del Reino: alguien que no depende de las circunstancias, sino de la palabra inmutable de su Rey.

Y es aquí donde la enseñanza se vuelve profundamente apostólica. En un mundo que cambia de leyes, que trastoca valores y que debilita convicciones, el llamado a la fe no es meramente doctrinal, sino existencial. Vivir en el Reino significa resistir las presiones visibles con la fuerza de lo invisible.

Significa esperar cuando la cultura dice que es inútil esperar, confiar cuando el mundo afirma que es irracional confiar, y sostenerse cuando todo a nuestro alrededor parece venirse abajo. Así como Abraham creyó en lo imposible, los hijos del Reino somos llamados a creer en las promesas eternas del Rey, aunque los vientos del tiempo digan lo contrario.

Esto, a su vez, transforma nuestra manera de mirar la misión de la Iglesia. Si la herencia del Reino son las naciones, entonces la fe no puede encerrarse en lo privado ni reducirse a una experiencia individual. La fe que nos hace ciudadanos del Reino también nos impulsa a anunciar el Reino.

Abraham recibió promesas que alcanzaban generaciones, y nosotros, como sus descendientes en la fe, debemos proclamar que el Reino está abierto para todos los pueblos. El evangelio es la noticia de que no hay barreras

culturales, raciales ni sociales que impidan la entrada. Solo se requiere fe en el Rey.

Todos los creyentes debemos comprender esto: nuestra fe no es un tesoro personal guardado en secreto, sino una puerta abierta para que otros también entren. Si hemos recibido por gracia la ciudadanía del Reino, debemos extender la invitación con pasión y valentía. El mundo clama por pertenencia, busca identidad y ansía un gobierno justo. El Reino de Dios es la respuesta, y la llave sigue siendo la misma que usó Abraham: la fe en la palabra del Señor.

***“Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro...”***

Romanos 4:23 y 24

El apóstol Pablo concluye esta enseñanza mostrando que la fe de Abraham no fue escrita solo para él, sino también para nosotros. Lo que ocurrió en la vida del patriarca no fue un episodio aislado, sino una anticipación de lo que habría de suceder con todos los que, en Cristo, seríamos llamados a entrar al Reino. La misma justicia que le fue contada a Abraham se nos acredita a nosotros por la fe, porque creemos en Aquel que resucitó de los muertos a Jesús, nuestro Señor. He aquí el corazón del evangelio: Cristo fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación.

En este punto la luz del Reino brilla con toda su fuerza. Abraham creyó en un Dios que llama las cosas que no son como si fuesen, y nosotros creemos en un Dios que levantó de la tumba a su Hijo amado. La fe de Abraham miraba hacia adelante, esperando lo que todavía no había ocurrido; nuestra fe mira hacia atrás a la cruz y a la tumba vacía, y hacia adelante al Reino que vendrá en plenitud. En ambos casos, la fe descansa en el poder de un Dios que no falla.

Esto nos conduce a una exhortación decisiva. Si Abraham es el modelo del súbdito del Rey eterno, nosotros estamos llamados a imitar su confianza radical. Él renunció a depender de su carne, aceptó la imposibilidad humana y abrazó la promesa divina. Ese es el espíritu de quienes entramos al Reino: no confiar en lo que vemos, sino en lo que Dios ha dicho; no descansar en los recursos propios, sino en la gracia que viene del cielo; no aferrarnos a lo temporal, sino a lo eterno.

El peligro de nuestro tiempo es querer entrar al Reino con la llave equivocada. Muchos buscan hacerlo por moralidad, por logros espirituales, por conocimiento bíblico, o incluso por una herencia religiosa transmitida por la familia. Pero ninguna de estas llaves abre la puerta. Solo la fe viva en el Rey eterno puede justificar y dar acceso. Es necesario que la Iglesia de este tiempo recuerde que la fe no es un accesorio de la vida cristiana, sino su fundamento. Sin fe no hay Reino, y sin Reino no hay esperanza.

Al reflexionar sobre este capítulo, es inevitable pensar en nuestra misión como Iglesia. Si Abraham se convirtió en padre de multitudes por su fe, nosotros somos llamados a ser padres espirituales de una generación que necesita entrar al Reino. Cada vez que predicamos el evangelio, estamos invitando a hombres y mujeres a tomar la llave de la fe. Cada vez que vivimos en obediencia, mostramos que la ciudadanía del Reino es real y transformadora. Y cada vez que perseveramos en medio de las pruebas, damos testimonio de que el Rey gobierna, aunque aún no veamos Su Reino en plenitud.

Por eso, vivir por fe no es una opción secundaria, sino la esencia misma de ser súbditos del Rey. La fe no es ingenuidad ni ilusión, sino la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve (**Hebreos 11:1**). La fe es resistencia contra la desesperanza, es confianza en medio de la oscuridad, es obediencia cuando parece más fácil retroceder. Abraham creyó cuando ya no quedaban fuerzas, y en esa fe glorificó a Dios. Así también, la Iglesia de Cristo está llamada a glorificar al Rey eterno viviendo por fe en todo tiempo.

La entrada al Reino no es, entonces, un asunto del pasado ni una mera declaración doctrinal. Es una experiencia viva que se renueva cada día en la vida del creyente. Cada oración que hacemos es un acto de fe, cada paso de obediencia es una expresión de confianza, cada renuncia al pecado es una proclamación de que creemos en el gobierno

del Rey. La fe no es solo la llave de entrada, sino la manera en que caminamos y permanecemos dentro del Reino.

Así como Abraham miró las estrellas y creyó lo imposible, nosotros miramos a Cristo resucitado y afirmamos nuestra esperanza. El Reino es real, su herencia es universal, y su puerta está abierta. No podemos entrar confiados en nuestras obras, no podemos forzar la cerradura con nuestros méritos. Solo debemos reconocer la gracia y tomar la llave de la fe, porque allí, en el acto sencillo de confiar, se abre la puerta hacia la vida eterna bajo el señorío del Rey.

***“En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio.”***

Tito 2:11 y 12



## Capítulo cinco

### **LA GRACIA QUE REINA**

*“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.”*

Romanos 5:1 y 2

La carta a los Romanos avanza en su doctrina, y en el capítulo cinco Pablo eleva aún más el panorama al mostrarnos la entrada a un nuevo ámbito: el Reino de la gracia. El apóstol no habla de la gracia como una simple idea teológica ni como un consuelo abstracto, sino como un poder que gobierna, como una autoridad que establece un nuevo orden bajo el señorío de Cristo.

Ser justificados por la fe y tener paz con Dios es una cuestión de gracia total. Aquí no se trata de un consuelo pasajero, sino de un acceso real a un ámbito de paz espiritual. La justificación no es solo un decreto judicial, es también la introducción a un ámbito de gobierno en donde la gracia es la que otorga todas las cosas.

El contraste que Pablo plantea es radical. En Adán entró el reino de la muerte, pero en Cristo se inauguró el Reino de la gracia. El pecado abrió la puerta a la condenación y a la corrupción universal, pero la obediencia de Cristo trajo justificación y vida. Pablo lo expresa con fuerza:

***“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.”***

Romanos 5:18

Este lenguaje no es meramente legal, sino real y gubernamental. Se trata de dos cabezas, dos órdenes, dos esferas: bajo Adán, la humanidad entera quedó esclavizada al pecado y a la muerte; bajo Cristo, se nos ofrece la libertad y la vida que brotan de la gracia.

La gracia no es una idea débil ni un permiso para vivir sin reglas. La gracia es un poder real que sustituye al dominio del pecado. Pablo lo expresa con un verbo revelador para la teología, porque es nada menos que “reinar”. Esto lo aclaro porque tristemente hay muchos ministros que no creen que podamos vivir Reino hasta que Cristo no venga por segunda vez.

Esto sería como decir que tenemos un rey pero no podrá gobernarnos hasta que no venga personalmente. En primer lugar debemos comprender que el Reino está en todo tiempo y lugar. Sin embargo, por causa del pecado, el mundo

entero está bajo el maligno, excepto la Iglesia. Cristo nos ha redimido, nos ha limpiado de todo pecado con Su sangre y nos ha dado Su Espíritu Santo, para que podamos vivir bajo Su gobierno, lo cual es una plena expresión de Su gracia.

***“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; más cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”***

Romanos 5:20 y 21

No estamos hablando de una gracia que se limita a perdonar una deuda, sino de una gracia que se entroniza para gobernar. Así como la muerte ejercía su tiranía en el antiguo orden, ahora la gracia establece un Reino de vida eterna bajo la cabeza de Cristo.

Este contraste entre Adán y Cristo nos obliga a pensar en términos de reinos. Pablo no describe simplemente dos opciones éticas, sino dos soberanías. En Adán, los hombres nacen bajo el yugo de un gobierno invisible pero real: el reino del pecado, del cual la muerte es su máxima expresión.

En Cristo, por la fe, somos trasladados a otro dominio: el Reino de la gracia, en el cual la vida eterna es la manifestación suprema. La teología paulina aquí es profundamente política en el mejor sentido del término: tiene que ver con gobierno, con autoridad, con el señorío que determina el destino de los súbditos.

La justificación, por tanto, no es un evento aislado ni un mero consuelo personal, sino una entronización. Quien es justificado es trasladado de un reino a otro, es arrancado de la jurisdicción de la muerte y establecido bajo la autoridad de la gracia. Esto significa que ya no vivimos bajo condenación, sino bajo un nuevo Rey. Y ese Rey no solo declara inocencia, sino que otorga paz, acceso y esperanza.

***“Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.”***

Romanos 5:3 al 5

Aquí la gracia reina no solo en la esfera jurídica, sino en la experiencia concreta de la vida de todos los hijos de Dios, transformando el dolor en esperanza y el sufrimiento en gloria futura. Pablo deja en claro que esa gracia que nos otorga todo, no evita aflicciones sino que las utiliza para formar a Cristo en nosotros.

La dimensión del Reino es clara: en Cristo hemos sido trasladados a un gobierno de gracia que no depende de nuestras obras, sino del amor derramado por el Espíritu. La vida bajo este nuevo orden no se mide por la ausencia de pruebas, sino por la certeza de que incluso en medio de ellas la gracia sigue reinando. Allí donde antes reinaba la desesperanza, ahora gobierna la esperanza. Donde antes

dominaba el miedo a la muerte, ahora rige la paz con Dios. La gracia no es un suplemento, es un trono de autoridad.

***“Porque si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”***

Romanos 5:17

Este pasaje no debe leerse solo en clave moral, como si se tratara de la diferencia entre el error humano y la bondad de Cristo. Pablo va más allá: nos está hablando de un cambio de soberanía. La desobediencia de Adán abrió las puertas a un gobierno que esclaviza y destruye. Cada nacimiento en la carne está marcado por esta herencia: somos concebidos bajo el signo del pecado, nacemos bajo el decreto de muerte, y nuestra historia natural se desarrolla bajo esa tiranía. Por eso Pablo habla de la muerte reinando, como si fuese una reina que impone su dominio sobre todos los súbditos. No hay excepción: ***“por cuanto todos pecaron...”*** (Romanos 5:12).

Pero en Cristo se inaugura otra historia. Su obediencia hasta la muerte y su resurrección no son solo un ejemplo moral, sino un acto fundacional: el establecimiento de un nuevo gobierno. Cristo se convierte en cabeza de una nueva humanidad, y bajo su dominio reina la gracia. Donde Adán condujo a la ruina, Cristo abre el camino a la vida. Donde la transgresión trajo condenación, la justicia de Cristo otorga justificación. Donde la muerte extendió su imperio, la gracia levanta un trono incommovible.

Este lenguaje de reinado no puede pasar desapercibido. La gracia no es pasiva ni estática; es dinámica, activa, poderosa. Reina porque Cristo reina. Reina porque el Hijo venció al pecado y a la muerte. Reina porque la cruz no fue derrota, sino entronización. Así como el pecado fue un poder que esclavizó, la gracia es un poder que libera y transforma. En el Reino de la gracia no estamos bajo la tiranía de la condenación, sino bajo la autoridad del amor Divino.

Muchos cristianos entienden la gracia como un simple perdón repetido cada vez que fallan, como un recurso para limpiar una y otra vez las manchas de la culpa. Sin embargo, Pablo nos muestra que la gracia es mucho más que eso: es un reinado. Vivir bajo la gracia significa estar bajo un gobierno que no solo perdona, sino que capacita para vivir de otra manera. No se trata únicamente de borrar el pasado, sino de inaugurar un presente y un futuro diferentes.

Allí donde hombres y mujeres de toda lengua y nación confiesan a Cristo como Señor, surge una nueva humanidad. La Iglesia es el signo visible de que la gracia reina. No somos una asociación de individuos que comparten creencias similares; somos un pueblo trasladado del reino de la muerte al Reino del Hijo amado. Nuestra identidad ya no está definida por Adán y su caída, sino por Cristo y Su victoria.

Este principio tiene implicaciones prácticas y profundas. Vivir bajo el Reino de la gracia significa rechazar las voces del antiguo tirano. El pecado y la muerte ya no tienen la última palabra sobre nosotros. Es cierto que

seguimos luchando contra tentaciones, sufrimientos y pruebas, pero ya no como esclavos, sino como ciudadanos libres de un Reino eterno. Cuando la acusación del pasado quiere dominarnos, respondemos que la gracia reina. Cuando la desesperanza intenta sofocarnos, recordamos que la gracia reina. Cuando el enemigo nos quiere reducir al fracaso, proclamamos que la gracia reina.

Por eso Pablo insiste en que la abundancia del pecado no puede opacar la sobreabundancia de la gracia. La muerte pudo extender su manto oscuro sobre la humanidad, pero la resurrección de Cristo ha desplegado una luz más poderosa. La gracia no compite en igualdad de condiciones con el pecado: la sobrepasa, lo desborda, lo vence. Allí donde el pecado parecía invencible, la gracia levantó su trono y estableció una soberanía que conduce a la vida eterna.

***“Más cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia;  
para que así como el pecado reinó para muerte, así  
también la gracia reine por la justicia para vida eterna  
mediante Jesucristo, Señor nuestro”***

Romanos 5:20 y 21

Con estas palabras, el apóstol no solo nos da consuelo, sino una visión de Reino: la gracia no se limita a responder al pecado como quien repara un daño, sino que lo sobrepasa con un poder mayor, instaurando un gobierno que conduce a la vida eterna.

Aquí encontramos una verdad decisiva: la gracia no es un mero recurso del pasado, es un reinado presente y eterno. El pecado reinó para muerte, pero ahora la gracia reina por justicia. La imagen es contundente: el trono que antes ocupaba la muerte ha sido usurpado por un Rey más poderoso, y ese Rey es Cristo. Su justicia no es solo un atributo, es un don impartido a todos los que creen, y por medio de ese don la gracia establece un orden nuevo en la historia humana.

Este reinado de la gracia transforma la manera en que enfrentamos la vida diaria. Quien vive bajo este gobierno ya no teme a la condenación, porque ***“justificados por la fe, tenemos paz para con Dios” (Romanos 5:1)***. Ya no vive esclavo del miedo a la muerte, porque sabe que ***“si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10)***. Ya no se desespera en medio de las tribulaciones, porque entiende que la gracia está operando en cada proceso, produciendo paciencia, carácter y esperanza. El Reino de la gracia no es una promesa vaga, es una realidad concreta que sostiene al creyente en el presente y lo proyecta hacia la eternidad.

Pensemos en lo que significa vivir bajo este Reino. Significa que la voz de la acusación ya no tiene autoridad sobre nosotros, porque hemos sido justificados. Significa que el poder del pecado ya no dicta nuestra identidad, porque hemos sido hechos hijos de Dios. Significa que la muerte, aunque todavía nos toca en lo físico, ha sido vencida en lo

definitivo por la resurrección de Cristo. Vivir bajo la gracia es caminar bajo un cielo abierto, sabiendo que el Rey gobierna con justicia y amor.

Este es un llamado a la Iglesia: debemos vivir como súbditos de la gracia y no como prisioneros del pecado. Demasiados cristianos siguen actuando como si el antiguo tirano todavía tuviera autoridad sobre ellos. Pero la Palabra es clara: “*mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo*” (Romanos 5:17). Esto significa que la gracia no nos coloca en una posición pasiva, sino en una posición de gobierno. Cristo nos ha hecho partícipes de Su victoria. No reinamos por nuestras fuerzas ni por nuestras obras, sino porque estamos bajo el gobierno de Su gracia soberana.

En este sentido, la gracia nos enseña a vivir en dos dimensiones a la vez: en el presente y en la eternidad. Hoy experimentamos su poder al sostenernos en medio de las pruebas, al capacitarnos para resistir el pecado, al darnos paz en medio de un mundo convulsionado. Y al mismo tiempo, miramos hacia el futuro con la certeza de que este reinado culminará en la plenitud de la vida eterna, cuando toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor. La gracia reina ahora, y reinará por siempre.

Por tanto, la exhortación final es clara: Debemos abandonar cada día el reino de la muerte, no debemos someternos a su tiranía nunca más. No debemos dejar que el pecado defina nuestra historia ni que la culpa nos robe la paz. Debemos recibir la abundancia de la gracia y el don de la

justicia. Debemos vivir bajo el gobierno de Cristo, el Rey que murió en nuestro lugar y que resucitó para darnos vida. Debemos dejar que Su gracia no solo nos perdone, sino que reine en nosotros, en nuestras ideas y en nuestro sentir. Porque donde reina la gracia, allí hay libertad, esperanza y vida eterna.

***“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.”***

Juan 1:16 y 17



## Capítulo seis

### **EL REINO EN NOSOTROS**

*“¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”*

Romanos 6:1

La vida cristiana, en su esencia más pura, no puede reducirse a la simple adhesión a un credo ni a la repetición de fórmulas religiosas. Pablo, en Romanos seis, nos muestra que creer en Cristo es pasar de un reino a otro, de un señorío a otro, de una esclavitud a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

La pregunta que abre este capítulo es más que una duda retórica; es el eco de un corazón que no ha entendido que la gracia no solo perdona, sino que transforma. El pecado, que antes reinaba como un monarca despótico en los miembros del hombre, ha sido despojado de su trono por la obra de Cristo. Ahora, un nuevo reinado se establece en lo más profundo del ser: el reinado de la justicia, cuyo Señor es Cristo.

El bautismo, lejos de ser un mero ritual, es presentado por Pablo como el gran símbolo de esta transferencia de reinos. *“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?”* (Romanos 6:3). En ese bautismo se dramatiza el fin de un gobierno: el viejo hombre, con sus pasiones, con su obediencia al pecado, es crucificado y somos sumergidos en la persona de Cristo, en quien vivimos, nos movemos y somos (Hechos 17:28).

Los tres bautismos, en las aguas, en el cuerpo y en el Espíritu es lo que nos introduce a nuevas dimensiones de vida. No se trata de cambios superficiales, sino de una transformación radical: *“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”* (Romanos 6:4). Esto no es una mejora, ni un simple cambio de la vieja naturaleza, sino la recepción de una vida nueva.

Aquí se revela la clave de Reino que late en el corazón de este pasaje: el cambio de naturaleza y el cambio de señorío. Antes el pecado reinaba, ahora Cristo reina. Antes la muerte dictaba sentencia, ahora la vida se impone como decreto eterno. Y este no es un lenguaje simbólico solamente; Pablo lo expresa en términos de realeza: hay un trono en el corazón humano, y ese trono no puede quedar vacío.

O reina el pecado, con sus cadenas invisibles que atan y destruyen, o reina Cristo, con Su justicia que da libertad y

vida. No hay espacio neutral. La gracia que en el capítulo anterior se revelaba como reina, ahora en el capítulo 6 se concreta en nosotros: esa gracia nos introduce en una obediencia real al Rey de gloria.

El apóstol es claro: ***“Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6)***. Aquí no hay lugar para medias tintas. El discipulado en el Reino de Dios no consiste en asistir a reuniones religiosas, sino en someter cada área de la vida al señorío de Cristo. El pecado ya no tiene derechos legales sobre nosotros. Ha perdido su título de propiedad, porque la cruz lo despojó. Cristo, por Su resurrección, ha reclamado el derecho de gobernar lo que antes estaba perdido.

Este reinado no es solamente futuro tal como algunos pretenden, haciendo referencia al tiempo en el que los creyentes reinaremos con Cristo en gloria, sino que también se trata del presente. Pablo lo enmarca en la vida diaria: ***“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:11)***. La fe nos invita a vivir como quienes ya han cambiado de reino. La obediencia deja de ser una carga y se convierte en el fruto natural de un corazón nuevo. Así, el bautismo, la fe y la obediencia convergen en una sola verdad: la vida cristiana es vida bajo gobierno, bajo un señorío que es justo, santo y eterno.

Cuando Pablo exhorta: **“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Romanos 6:12)**, nos está recordando que la batalla del Reino no se libra en palacios visibles, sino en la intimidad del corazón humano. Allí se decide si Cristo tendrá el lugar de honor o si las sombras del viejo hombre intentarán recuperar su trono. Pero la promesa es firme: el Espíritu Santo capacita al creyente para caminar en la novedad de vida. Lo que antes parecía imposible, romper con cadenas de pecado, obedecer la voz de Dios, vivir en justicia, ahora es posible porque hay un nuevo Rey reinando en nosotros.

El Reino de Dios, por tanto, no se limita a un concepto escatológico futuro; es una realidad presente que se manifiesta en cada creyente que decide vivir bajo el señorío de Cristo. Y esa realidad es visible: el mundo reconoce cuando alguien ya no vive bajo las pasiones de la carne, sino bajo el gobierno del Espíritu. Cada acto de obediencia, cada decisión santa, cada renuncia al pecado es una declaración visible de que Cristo reina en nosotros. Bajo esta verdad eterna, la Iglesia se convierte en una comunidad de súbditos del Rey eterno, testigos vivientes de un Reino que no es de este mundo, pero que transforma radicalmente a los escogidos y lo hará con el mundo entero.

El reinado de Cristo en nosotros no es una metáfora decorativa, sino una realidad que se prueba en la obediencia cotidiana. Pablo insiste en que lo que domina nuestros miembros revela a quién servimos en verdad: **“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle,**

*sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?”* (Romanos 6:16). Con estas palabras, el apóstol nos lleva al corazón del Reino: el señorío no se mide por declaraciones, sino por obediencia. Nadie puede servir a dos señores. Nadie puede caminar con un pie en el viejo imperio del pecado y otro en la ciudadanía del Reino de Dios. La vida cristiana exige una entrega radical al Rey eterno.

Aquí se hace visible otra clave del Reino: la obediencia como marca de los súbditos. El evangelio no es simplemente creer en la cruz, sino vivir bajo el poder de la cruz. No es recitar credos, sino mostrar con los hechos que un nuevo señorío gobierna. Pablo reconoce que antes estábamos bajo otra esclavitud: *“Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia”* (Romanos 6:20). Es decir, cuando el pecado reinaba, la justicia no tenía voz en nuestra vida. Pero ahora, bajo Cristo, ocurre lo contrario: la justicia reina y el pecado ya no tiene derechos de ciudadanía.

Lo maravilloso de este cambio de gobierno es que no se trata de una opresión, sino de una libertad gloriosa. El pecado esclaviza, pero Cristo libera. El pecado consume y destruye, pero Cristo edifica y da vida. Por eso, servir al Señor no es un yugo pesado, sino la verdadera libertad. Aquí está la paradoja del Reino: ser siervos de Cristo es la única forma de ser realmente libres. Así lo afirma Pablo:

***“Más ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.”***

Romanos 6:22

El reinado de Cristo no se impone con látigo, sino con amor. Es un gobierno que transforma desde dentro, que convence por la gracia y que sostiene por el Espíritu. El mundo está lleno de reinos que exigen obediencia bajo amenaza, que conquistan mediante la fuerza, que dominan con violencia. Pero el Reino de Dios es diferente: su fuerza es la cruz, su trono es la gracia, y su cetro es la justicia. Ese es el Reino que ha comenzado a reinar en cada creyente que ha muerto al pecado y ha resucitado con Cristo.

Por eso, Pablo concluye este capítulo con una frase que resuena como un decreto real: ***“Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”*** (Romanos 6:23). Aquí se contraponen claramente los dos reinos: el reino del pecado, que paga con la muerte, y el Reino de Cristo, que regala la vida eterna. Uno funciona como salario: el pecado retribuye lo que corresponde a sus súbditos, y esa retribución es muerte. El otro funciona como dádiva: el Reino no se compra, no se hereda por mérito humano, sino que se recibe como don gratuito del Rey.

La exhortación espiritual es clara: ¿quién reina en nosotros? ¿El pecado con su paga de muerte, o Cristo con su dádiva de vida eterna? No basta con saber que Cristo es Rey;

es necesario que reine en nuestra mente, en nuestros deseos, en nuestras decisiones. El bautismo simbolizó la transferencia de señorío, pero la vida diaria confirma si el símbolo se convirtió en realidad. La fe auténtica no se conforma con confesar que Cristo murió y resucitó; la fe verdadera produce obediencia, porque reconoce que el Señorío de Cristo es absoluto y transformador.

Hoy la Iglesia está llamada a vivir como una comunidad de súbditos leales, que han cambiado de amo y de reino. El mundo necesita ver creyentes que no negocian con el pecado, que no permiten que las pasiones antiguas recuperen su trono.

El mundo necesita ver discípulos que encarnen la obediencia al Rey eterno, no como legalismo, sino como expresión de gratitud. Porque donde reina Cristo, hay paz, hay justicia, hay vida. El Reino no es teoría, es vida en obediencia, y esa obediencia es el mayor testimonio de que el Señor Jesús ha conquistado nuestro corazón.

***“No presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”***

Romanos 6:13

Por otra parte, el reinado de Cristo en nosotros no es estático, sino dinámico. No es un simple cambio de estatus espiritual, sino un proceso continuo de sometimiento,

transformación y obediencia. Pablo lo expresa con claridad al exhortar: La vida cristiana es una entrega diaria, un ofrecimiento constante al Rey que ha conquistado nuestro corazón. Así como un súbdito leal ofrece sus talentos, sus fuerzas y sus bienes al servicio de su monarca, el creyente presenta su vida entera como instrumento de justicia para el Reino de Dios.

El pecado busca aún levantar su voz en nuestra carne, recordarnos la vieja esclavitud, insinuar que tiene derecho a gobernarnos. Pero Pablo proclama la victoria de Cristo con autoridad: ***“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14).*** ¡Qué promesa gloriosa! El pecado puede tentar, puede intentar seducir, pero ya no tiene trono legítimo en nosotros.

La gracia, que reina desde el capítulo cinco, se manifiesta ahora como un poder reinante en la vida de cada uno de nosotros, los hijos de Dios. No se trata de un esfuerzo humano por agradecer al Padre, sino de un gobierno divino que opera en lo profundo, transformando deseos, inclinaciones y motivaciones.

Este reinado interior nos conduce a un fruto visible: la santidad. La santidad no es una imposición externa, sino el resultado de la vida del Reino en nosotros. Es el reflejo de haber pasado de un señorío a otro. Pablo lo resume así: ***“Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados” (Romanos 6:17).*** La doctrina

del Reino no se limita a conceptos teológicos; es una forma de vida, un molde que da forma al creyente y lo convierte en ciudadano de la nueva creación.

La aplicación práctica de este reinado es ineludible. No podemos decir que Cristo reina en nosotros si seguimos obedeciendo las órdenes del viejo amo. Cada vez que escogemos la obediencia, proclamamos que el Reino ha llegado. Cada vez que negamos la voz del pecado, declaramos que un nuevo gobierno está en acción.

Cada vez que decidimos servir en amor, perdonar al ofensor, caminar en pureza, hablar la verdad, estamos haciendo visible que Cristo es Rey. La santidad no es un ideal lejano, es la evidencia concreta de que el Reino se está manifestando desde nuestro interior por la obra extraordinaria del Espíritu Santo.

Pero este reinado también tiene un horizonte escatológico. El que hoy reina en nosotros en forma espiritual, un día reinará con toda plenitud visible. El Rey que gobierna en lo íntimo del corazón se manifestará en gloria sobre toda la tierra. Y aquellos que nos hemos rendido a Su señorío aquí, participaremos de su reinado eterno.

Ahora bien, así como Él reina, nosotros también reinamos en Él, lo hacemos ahora ante sus asignaciones y lo haremos en un futuro glorioso en la plenitud de Su Reino. El apóstol Pablo expresa esto a su discípulo Timoteo: ***“Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12)***. La

obediencia en lo pequeño prepara al creyente para el trono en lo eterno. La rendición diaria es nuestra autoridad para gobernar todo lo que Dios determine, y es la escuela del gobierno que ejerceremos en la plenitud del Reino eterno.

Por eso, cada uno de los hijos del Rey estamos llamados a examinar nuestra vida y preguntarnos: ¿Quién está reinando en nosotros? ¿Cristo o el pecado? ¿La gracia o la carne? ¿La justicia o la iniquidad? El ser sumergidos en la persona de Cristo fue el inicio de una nueva vida, pero el recorrido diario confirma quién es nuestro verdadero Señor.

Hoy más que nunca, en una cultura que promueve la autonomía, la autoafirmación y el “yo” como rey, la Iglesia necesita recordar que solo hay un trono legítimo: el de Cristo en el corazón. Y solo hay un pueblo verdadero: aquel que obedece al Rey eterno con fidelidad y gozo. Considerando este tema, le recomiendo leer un libro que titulé: “Derribando el imperio del ego”, estoy seguro que les será de gran bendición.

Para finalizar, debemos considerar el capítulo seis de Romanos, como un llamado a la coherencia del Reino. Es decir, nos afirma en el concepto de que la gracia no es licencia para pecar, sino poder para vivir en justicia; que la libertad no es excusa para volver a la esclavitud, sino oportunidad para servir a Dios en santidad; que la vida cristiana no es una religión, sino un reinado, y que en ese reinado, Cristo no acepta rivales: quiere ser el único Señor, el único Rey digno de nuestras vidas.

Ante esto, el diseño es claro, hay que morir para vivir en Él, para que todos podamos confesar:

***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”***

Gálatas 2:20 y 21



# Capítulo siete

## **LA LIBERTAD DEL REINO**

*“¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive?”*

Romanos 7:1

El tema del reinado en nosotros, expuesto en el capítulo seis, abre la puerta a una tensión que Pablo desarrolla magistralmente en Romanos siete: la relación entre la ley, el pecado y la nueva vida bajo el señorío de Cristo. Esto no es algo que solo los judíos debían comprender en la Iglesia del primer siglo, sino que todo cristiano lo debe tener muy en cuenta, porque tristemente muchos han caído en esclavitud al incluir en sus vidas prácticas judaizantes.

La pregunta que resuena es inevitable: si ya no estamos bajo el pecado y vivimos bajo la gracia, ¿cuál es entonces el papel de la ley? ¿Qué lugar ocupa la ley en este Reino donde Cristo es el único que debe reinar? Pablo responde con la profundidad de quien conoce la Escritura y con la pasión de quien ha experimentado en carne propia el poder transformador del evangelio.

Pablo comienza recordando que la ley tiene poder mientras uno vive, pero la muerte cambia radicalmente esa relación. Así introduce la metáfora del matrimonio, en el cual, la mujer está ligada a su marido mientras él vive, pero si muere, ella queda libre para unirse a otro hombre. De igual manera, nosotros hemos muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para pertenecer a otro, ***“al que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Romanos 7:4).***

Aquí se muestra una nueva clave del Reino: la libertad bajo el Rey. La vida cristiana no es una anarquía espiritual sin normas, ni un retorno a la esclavitud de la letra; es una relación de amor y fidelidad con Cristo. Morimos al régimen de la ley para vivir bajo la autoridad del Rey resucitado. Así, el Reino no se define por un código, sino por una persona: Jesucristo. La ley señalaba el pecado, pero no podía vencerlo. Cristo no solo lo señaló, sino que lo derrotó definitivamente.

Pablo enfatiza que antes de Cristo, la ley servía como un espejo que evidenciaba la condición humana: ***“Mas ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella a que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra” (Romanos 7:6).*** Esta es la esencia del Reino: no servimos a Dios por imposición externa, sino por transformación interna. La justicia ya no es un mandato imposible, sino el fruto natural de quien vive bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Sin embargo, esta libertad no significa ausencia de lucha. El creyente experimenta todavía una tensión profunda entre la nueva naturaleza que desea obedecer a Dios y la carne que insiste en someterse al pecado. Pablo describe magistralmente esa batalla en términos que resuenan en cada discípulo del Reino:

***“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.”***

Romanos 7:18 al 20

El Rey ya ha tomado posesión, pero las fuerzas del viejo reino intentan rebelarse. Esta es la experiencia de todo cristiano. Deseamos vivir en obediencia, pero no podemos hacerlo sin enfrentar la lucha que nos ofrece nuestra vieja naturaleza. Podemos vivir con la certeza de que el gobierno de Cristo prevalecerá, pero no podemos vivir sin dependencia total del Espíritu Santo y los fundamentos de la gracia.

Pablo continúa revelando la tensión que vive todo creyente entre la nueva vida en Cristo y la vieja naturaleza que todavía resiste: ***“Y si hago lo que no quiero, apruebo la ley que es buena” (Romanos 7:16)***. Con estas palabras describe la paradoja de la libertad cristiana: hemos sido trasladados a un nuevo Reino, pero la memoria del antiguo señorío todavía se manifiesta en nuestra carne. La ley no es mala, tampoco el cuerpo que habitamos; lo que produce

conflicto es el pecado que habita en nosotros, como un legado del viejo gobierno.

Esta lucha no es un fracaso del Reino, sino la evidencia de que la transferencia de señoríos ha sido real. El creyente no está sujeto a la ley como tirano, sino al Espíritu que da vida. Pablo lo explica claramente: *“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”* (Romanos 8:2), anticipando el capítulo siguiente. En otras palabras, aunque la carne se resista, hay un poder mayor que ya gobierna, que ya ha tomado posesión de nuestro corazón. La libertad no es simplemente externa, sino interna, profunda, irrefutable.

El Reino de Dios funciona así: no elimina la conciencia del pecado, sino que transforma la relación con él. Antes, la ley era un espejo que condenaba; ahora, el Espíritu es un trono que libera. Donde antes el pecado reinaba con autoridad absoluta, ahora Cristo reina con poder y amor. La lucha se mantiene, pero ya no determina nuestro destino: el Rey está sentado en nuestro corazón, y sus decretos de gracia y justicia prevalecen. Cada victoria sobre la carne, cada acto de obediencia, es la confirmación de que estamos viviendo bajo Su gobierno.

Pablo mismo comparte la experiencia de esta dualidad y su sinceridad nos muestra que el Reino no elimina la conciencia de la fragilidad humana; la confronta y la transforma. La libertad cristiana no es ignorancia de la lucha, sino vivir en ella con la autoridad del Rey. Mientras el pecado

se resiste, la gracia actúa, y el Espíritu capacita. Esta es la dinámica del Reino en la vida del creyente: tensión y autoridad, debilidad y poder, lucha y victoria.

Otro aspecto esencial de esta libertad bajo el Rey es la responsabilidad. Pablo enfatiza que ahora somos conscientes de la ley del pecado, pero no estamos condenados por ella, sino llamados a vivir bajo un nuevo gobierno: *“Así que, hermanos míos, por el pecado que habita en mí, no hago el bien que quiero”* (**Romanos 7:20**). La obediencia deja de ser opcional; es la evidencia de que Cristo reina. Vivir como súbditos fieles del Reino implica decisiones conscientes cada día: renunciar a la tentación, presentar los miembros como instrumentos de justicia (**Romanos 6:13**), y permitir que el Espíritu gobierne nuestro corazón.

Al final, esta tensión revela la profundidad del amor y la gracia del Rey. Aunque la carne se resista, Cristo nos sostiene y nos guía. La libertad bajo el Reino no es un estado automático, sino un proceso de crecimiento y entrega continua. Cada caída nos recuerda la necesidad del Rey, y cada obediencia confirma Su autoridad. Así, la vida cristiana se convierte en un entrenamiento real: aprender a vivir bajo la autoridad de Cristo, a reconocer Su señorío, a depender de Su poder para vencer lo que antes nos gobernaba.

El Reino de Dios, por tanto, no se vive de manera abstracta. Se vive en la carne, en las decisiones cotidianas, en la batalla entre lo viejo y lo nuevo. Cada acto de obediencia es un voto de lealtad; cada momento de renuncia al pecado

es una proclamación: ¡Cristo reina! La libertad no es un lujo, sino la expresión de un gobierno real que ya nos ha sido concedido. La vida cristiana es, en esencia, la práctica de ese reinado, donde la gracia gobierna, la justicia se manifiesta y el pecado es vencido.

El clímax de Romanos siete nos invita a mirar con esperanza la vida cristiana: aunque la carne se resista y la ley del pecado todavía se haga sentir, hay un Rey que gobierna con autoridad y gracia. Pablo afirma este concepto con lo que parece un grito de liberación: “*¡Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro!*” (**Romanos 7:25**). Esta declaración no es solo un acto de gratitud, sino un reconocimiento de soberanía: Cristo reina, y por su reinado somos liberados de la condenación y del dominio del pecado.

Reitero, la libertad bajo el Rey no se reduce a un concepto teológico; es una experiencia vital y práctica. Cada creyente está llamado a presentar su cuerpo y su mente como instrumentos de justicia (**Romanos 6:13**), a resistir los impulsos del antiguo señorío, y a caminar diariamente bajo la autoridad del Espíritu. La gracia, que reina, capacita, sostiene y guía. Donde antes la ley era un espejo que condenaba, ahora Cristo es un trono que libera. La obediencia se convierte en un acto natural, no forzado, porque quien gobierna nuestro corazón es un Rey justo, santo y amoroso.

La vida en el Reino se refleja en la coherencia. El creyente no es libre para pecar ni para vivir a medias. La libertad bajo el Rey implica lealtad, integridad y fidelidad.

Cada decisión, cada palabra, cada acto de servicio, revela quién realmente ocupa el trono de nuestra vida. Pablo lo afirma: *“Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Romanos 6:23). La libertad no es licencia; es oportunidad para servir, amar y vivir bajo un gobierno que transforma radicalmente la existencia.

La tensión entre la carne y el Espíritu seguirá presente mientras estemos en esta tierra. Pero esa tensión no es signo de fracaso, sino evidencia de que el Reino está en acción. El pecado intenta reclamar autoridad, pero Cristo ya ha sido entronizado. Cada victoria sobre la carne, cada acto de obediencia, es una proclamación de que Cristo reina en nosotros. Cada súbdito fiel contribuye a la manifestación del Reino en la tierra, recordando que la obediencia no es obligación, sino fruto de la relación con el Rey.

Pablo nos deja también un llamado a la comunidad: la libertad bajo el Reino se vive mejor en conjunto. La Iglesia es el cuerpo de súbditos que se sostiene mutuamente, que exhorta, corrige y anima. Cada miembro, consciente de que Cristo reina en él, se convierte en ejemplo y testimonio del Reino. La obediencia individual y la fidelidad colectiva son reflejo de un gobierno que ya no es invisible: Cristo reina y Su Reino se manifiesta a través de nosotros.

Por eso, la exhortación final es clara: reconozcamos diariamente quién tiene el trono de nuestra vida. No permitamos que la vieja naturaleza recupere poder. No

cedamos al tirano del pecado. Recordemos que hemos sido trasladados a un Reino donde Cristo gobierna. Cada pensamiento sometido, cada acción guiada por el Espíritu, cada decisión de obedecer, es un acto de ciudadanía del Reino. La libertad bajo el Rey no es abstracta; es la realidad más concreta que podemos experimentar en esta vida.

Que la Iglesia, como comunidad de súbditos, refleje la autoridad y la gracia del Rey en cada acción, palabra y decisión. Y que cada día podamos caminar conscientes de que, aunque la carne se resista, Cristo reina, Su Reino avanza y la libertad verdadera es una vida entera bajo Su autoridad. En dependencia de Su poder y no de nuestras fuerzas.

***“Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y, donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.”***

2 Corintios 3:17



## Capítulo ocho

### **EL PODER DEL REINO**

*“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”*

Romanos 8:1

La carta a los Romanos alcanza en el capítulo ocho una de sus cumbres más gloriosas. Es como si Pablo, después de haber descrito la esclavitud del pecado, la impotencia de la carne y la debilidad de la Ley, nos abriera de repente las puertas de un nuevo horizonte donde brilla el poder del Reino.

Si hasta aquí hemos recorrido valles oscuros y montañas empinadas, ahora se abre delante de nosotros un panorama de gracia, de victoria y de vida en el Espíritu. Es la proclamación de que ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, porque hemos sido trasladados a otra jurisdicción: no estamos bajo el dominio de la carne ni bajo la acusación de la Ley, sino bajo la autoridad del Espíritu del Rey.

La frase **“ninguna condenación”** no es una expresión retórica, sino una declaración real. El súbdito del Reino ha sido justificado, no por méritos propios, sino porque Cristo, el Hijo, cumplió toda justicia y se ofreció como sacrificio perfecto. El juicio que debía caer sobre nosotros fue absorbido por Él en la cruz. Ahora, bajo Su señorío, el veredicto celestial está sellado: ya no pesa sobre nosotros la ira, sino el favor; ya no la esclavitud del pecado, sino la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Este es el poder del Reino: el decreto real que cambia el estatus del hombre delante del trono eterno.

El Espíritu Santo es presentado aquí como la fuerza vital del Reino. Pablo lo llama **“la ley del Espíritu de vida” (Romanos 8:2)**, en contraste con la **“ley del pecado y de la muerte”**. Donde antes reinaba la servidumbre, ahora opera una ley superior que nos da vida y nos hace libres. En el Reino, el Espíritu no es un asistente ocasional ni un adorno litúrgico, sino la misma dinámica que gobierna y sostiene la vida del creyente. Él es la atmósfera de este nuevo orden, el poder real que impulsa a caminar según la voluntad del Rey.

Este contraste entre la carne y el Espíritu es decisivo. Pablo lo desarrolla con claridad: **“los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5)**. No se trata simplemente de un cambio de conducta, sino de un traslado de gobierno. La carne representa la vieja tiranía, el imperio del ego y la rebelión contra Dios. El Espíritu, en cambio, representa la vida sometida al Rey, en la que la

mente, los afectos y las decisiones se alinean con la justicia del Reino. Caminar según la carne conduce a muerte; caminar según el Espíritu conduce a vida y paz. En este punto, Pablo no deja espacio para la neutralidad: o vivimos bajo un señorío que destruye, o bajo el gobierno real del Espíritu que vivifica.

Aquí encontramos una de las aplicaciones más poderosas para la Iglesia de hoy. Muchos creyentes confiesan a Cristo como Rey, pero siguen viviendo bajo la influencia de la carne, intentando servir a dos señores. Sin embargo, el Reino no admite esa duplicidad: no hay condenación sólo para los que están en Cristo y caminan conforme al Espíritu.

Vivir en el poder del Reino significa permitir que el Espíritu Santo ocupe el trono de nuestra vida diaria, que sea Él quien inspire nuestras decisiones, regule nuestras emociones y guíe nuestro carácter. De lo contrario, el Reino se convierte en una teoría y no en una realidad experimentada.

***“Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”***

Romanos 8:11

En este mismo sentido, Pablo enfatiza que el Espíritu es poder de resurrección. El poder que levantó al Rey de entre los muertos no es un recuerdo del pasado, sino una fuerza

presente que obra en los súbditos del Reino. Esta es la razón por la que no vivimos bajo temor, porque el Espíritu de resurrección garantiza que ni la muerte tiene dominio final sobre nosotros. El Reino no es mera teoría espiritual: es una vida nueva sostenida por el mismo poder que venció la tumba.

Cuando la Iglesia comprende esta dimensión, deja de ser una comunidad frágil y temerosa para convertirse en una embajada de poder. El Espíritu Santo, en su gobierno real, capacita a los creyentes para vivir una vida que no responde a las lógicas de este mundo, sino a los principios del Reino.

No se trata sólo de resistir al pecado, sino de vivir con una dignidad real, como hijos regenerados y herederos del Rey. Aquí comienza a vislumbrarse la grandeza de la gracia salvadora, que Pablo desarrollará en los versículos siguientes, y que marca uno de los puntos más altos de esta joya doctrinal.

***“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos:***

***¡Abba, Padre!”***

Romanos 8:14 y 15

Si el Espíritu Santo es el poder del Reino que nos libera de la condenación y de la esclavitud de la carne, también es el sello que nos constituye en hijos del Rey. Pablo lo expresa

con ternura y majestuosidad. Aquí se revela uno de los misterios más gloriosos del Reino: la adopción real. No somos meros súbditos que sirven a un Monarca distante, sino hijos que han sido recibidos en la intimidad del Padre.

El Evangelio no se limita a perdonar culpables; eleva a los rescatados al rango de familia real. En el Reino, el lenguaje no es de temor servil, sino de confianza filial. El súbdito se convierte en hijo; el esclavo en heredero. Y el Espíritu mismo es quien da testimonio de esta nueva identidad: ***“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16).***

El término ***“Abba”*** resuena como una de las expresiones más íntimas del amor de Dios. Es la palabra que un niño hebreo utilizaba para dirigirse a su padre con ternura, como quien dice “papá”. Que el creyente pueda pronunciar este nombre delante del Dios eterno es señal de que la distancia infinita ha sido vencida. El Rey se ha convertido en Padre, y el trono se ha transformado en hogar. Esta es la esencia del Reino: un gobierno que no se basa en el miedo, sino en la regeneración.

La nueva vida en Cristo trae consigo una herencia. Pablo lo declara con fuerza: ***“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17).*** Aquí la doctrina se vuelve casi inabarcable: no solo recibimos beneficios espirituales, sino que somos coherederos con el mismo Hijo eterno. La herencia no es una porción menor ni secundaria; es la misma gloria que Cristo

ha recibido del Padre. Este es el poder del Reino en su dimensión más alta: compartir la herencia del Rey con los hijos renacidos por la gracia.

La herencia del Reino tiene un doble aspecto: ya presente y todavía futura. Ya ahora disfrutamos de la comunión con el Padre, de la libertad del Espíritu y de la autoridad espiritual que nos capacita para vivir en victoria. Pero al mismo tiempo aguardamos la plenitud de esa herencia, cuando recibamos la gloria eterna y la redención de nuestro cuerpo. El Reino ya se ha inaugurado en la cruz y en la resurrección, pero todavía espera su consumación plena en la manifestación gloriosa de los hijos.

Esta herencia, sin embargo, no se alcanza sin participación en los sufrimientos del Rey. Pablo lo advierte: *“si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados”* (Romanos 8:17). Aquí se rompe la ilusión de un Reino sin cruz. Ser heredero implica también compartir la senda de la obediencia y del sacrificio. La gloria prometida está inseparablemente unida a la comunión con Cristo en sus padecimientos.

Este principio tiene una aplicación crucial para la Iglesia de hoy. Muchos desean la herencia del Reino, pero rechazan la cruz del discipulado. Sin embargo, el Espíritu nos recuerda que la regeneración nos conforma a la imagen del Hijo, y ese Hijo fue obediente hasta la muerte. Por tanto, el verdadero poder del Reino no se manifiesta en triunfos terrenales, sino en la fidelidad en medio de las pruebas, en la

victoria que surge de caminar en obediencia aun en medio del sufrimiento. La herencia real es gloria, pero gloria que pasa por el crisol de la cruz.

De este modo, Romanos ocho nos muestra que el Reino no solo es un decreto de liberación, sino una experiencia de filiación. El Espíritu nos hace libres de la condenación, pero también nos introduce en la intimidad del Padre. Nos libra del temor servil, pero también nos recuerda que somos coherederos con Cristo. Y en ese camino, nos invita a vivir con la dignidad de los hijos reales, a andar con confianza delante del trono, y a abrazar tanto la gloria como el sufrimiento que acompañan la vida de los que heredan el Reino.

Pablo, al llevarnos más lejos en su razonamiento, abre el horizonte del Reino hacia la creación entera. No se limita a hablar de la justificación del creyente ni de la adopción como hijos, sino que extiende la mirada hacia el cosmos. ***“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:18 y 19).***

Aquí se revela un misterio grandioso: la creación misma está sujeta a una expectativa, a un gemido profundo que aguarda la revelación plena del Reino en los hijos. El pecado no solo afectó al hombre, sino que arrastró consigo a la tierra, a la naturaleza, a todo el orden creado. El mundo fue

sometido a vanidad, no por voluntad propia, sino por causa del hombre que debía gobernarlo en obediencia al Creador (**Romanos 8:20**). Ahora la creación gime, sufre dolores de parto, esperando el día en que el Reino de Dios se manifieste plenamente y la gloria de los hijos redimidos se haga evidente.

El gemido de la creación es, en realidad, un clamor por restauración. El Reino no se limita a la salvación individual del alma, sino que abarca la totalidad de la existencia. El cielo y la tierra aguardan la redención. Es por eso que Pablo habla de *“la libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (**Romanos 8:21**): cuando los hijos sean manifestados en gloria, la creación misma será liberada de la corrupción y participará de esa renovación.

Este texto nos sitúa en la tensión del “ya” y el “todavía no” del Reino. Ya hemos sido recibidos como hijos, ya somos herederos con Cristo, pero todavía gemimos dentro de nosotros mismos esperando la plena redención de nuestro cuerpo (**Romanos 8:23**). Vivimos en esperanza, y esa esperanza no es incierta, sino segura, porque está garantizada por la obra del Espíritu. *“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad... el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”* (**Romanos 8:26**). La creación gime, los hijos gimen, y el Espíritu gime también, como un triple clamor que converge hacia el cumplimiento final del Reino.

Este pasaje nos enseña que la vida cristiana no es una evasión del sufrimiento, sino una participación en el gemido de la historia. El dolor presente no es señal de derrota, sino de parto. Los dolores del mundo anuncian la venida de un orden nuevo, la irrupción plena del Reino.

La Iglesia, al vivir en el Espíritu, interpreta esos gemidos no como un fin trágico, sino como un principio glorioso. Por eso Pablo puede afirmar: ***“Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”*** (Romanos 8:28). El poder del Reino transforma incluso el sufrimiento en instrumento de gloria, porque todo se orienta hacia el propósito eterno de Dios.

***“a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”***

Romanos 8:29

El Reino produce hijos que llevan el carácter del Rey, herederos que se asemejan al Primogénito. El Espíritu obra en nosotros no solo para darnos identidad, sino para moldearnos en semejanza. Esta es la garantía de la victoria: lo que Dios comenzó en la cruz lo llevará a su plenitud en la gloria.

El clímax del capítulo resuena como un himno de victoria que corona toda la doctrina del Reino. ***“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”*** (Romanos 8:31). La certeza del Reino no se basa

en las circunstancias presentes, sino en el amor irrevocable del Rey. Nada puede separar a los hijos de Su amor: ni tribulación, ni angustia, ni persecución, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni espada (**Romanos 8:35**). Más aún, Pablo declara:

*“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.”*

Romanos 8:37

La victoria del Reino no consiste en la ausencia de dificultades, sino en la certeza de que nada puede frustrar el plan de Dios ni arrancarnos de Su amor. El poder del Reino se manifiesta en que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (**Romanos 8:38 y 39**).

Con estas palabras, Pablo cierra no solo un capítulo, sino una sinfonía de esperanza. El Reino se muestra en plenitud: liberación de la condena, la regeneración, la herencia gloriosa, la redención de la creación y la victoria final en Cristo.

El Espíritu es el poder de este Reino que nos hace libres, nos confirma como hijos y nos conduce hacia la gloria. La Iglesia está llamada a vivir en esta certeza, a caminar con la dignidad de los herederos y a esperar con paciencia la

manifestación plena del Reino que ya habita en nosotros y que un día llenará toda la creación.

***“Ahora los encomiendo a Dios y a la palabra de Su gracia, que es poderosa para edificarlos y darles la herencia entre todos los santificados.”***

Hechos 20:32



## Capítulo nueve

### **LA SOBERANÍA DEL REY**

*“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón.”*

Romanos 9:1 y 2

La majestuosidad del Reino alcanza en Romanos nueve una dimensión solemne. Si en el capítulo anterior contemplamos la plenitud del poder del Espíritu en la vida de los hijos, ahora Pablo nos conduce al misterio de la soberanía absoluta de Dios.

Este pasaje es como entrar en la sala del trono, donde no se discuten derechos humanos ni méritos personales, sino donde el Rey eterno revela que la historia se mueve bajo Su cetro. La elección, el llamado, la misericordia y aun el endurecimiento de los corazones, no están en manos del hombre, sino en la autoridad suprema de Aquel que reina sin dar cuentas a nadie.

Sus palabras están impregnadas de ternura pastoral. Él no habla de la soberanía de Dios desde la frialdad de un

teólogo distante, sino desde el corazón desgarrado de un apóstol que ama a su nación. Este es un punto crucial: la soberanía del Rey no es un dogma árido, sino una verdad que se entrelaza con la compasión y la intercesión. Pablo llega a decir que desearía ser anatema por amor a sus hermanos (**Romanos 9:3**), mostrando que el reconocimiento de la elección divina no elimina el fervor evangelístico ni el amor por los perdidos.

La elección como acto real comienza con la historia de Israel. *“Que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo”* (**Romanos 9:4 y 5**). Israel fue escogido como pueblo, no por méritos, sino por el decreto del Rey. Pero Pablo deja en claro que *“no todos los que descienden de Israel son israelitas”* (**Romanos 9:6**). Aquí se introduce el misterio: dentro del pueblo escogido, la verdadera elección no depende de linaje ni de sangre, sino del propósito soberano de Dios.

El apóstol ilustra este principio con los patriarcas. A Isaac se le da la promesa, mientras que Ismael, aunque hijo de Abraham, no recibe la misma herencia (**Romanos 9:7**). Más aún, dentro de los hijos de Isaac, Dios escogió a Jacob y no a Esaú, antes de que nacieran o hubieran hecho bien o mal (**Romanos 9:10 al 13**). La elección aquí es un acto real, soberano, que no se apoya en obras humanas, sino en el designio eterno del Rey. Es como si Pablo quisiera dejar claro

que el Reino avanza no porque el hombre lo empuje, sino porque el Rey lo establece.

Esta afirmación sacude nuestro sentido de justicia humana. ¿Por qué uno y no otro? ¿No es acaso injusto que Dios escoja? Pablo anticipa esta objeción y responde con contundencia: “*¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera*” (Romanos 9:14). El Rey no actúa bajo el juicio de los hombres; son los hombres los que deben reconocer que la justicia se define en el carácter de Dios mismo.

Como está escrito: “*Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca*” (Romanos 9:15). La misericordia no es un derecho que el hombre pueda exigir; es un regalo real que brota de la voluntad del Soberano.

Aquí el Reino revela una verdad humillante y gloriosa a la vez: “*No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*” (Romanos 9:16). El trono del Rey no se mueve por los impulsos del hombre, sino que el hombre existe bajo la mirada y el propósito eterno de Aquel que reina. La salvación misma no nace de la voluntad humana, sino de la elección y la gracia de Dios.

Esta primera sección del capítulo nos invita a contemplar la grandeza del Rey soberano. La Iglesia necesita recordar que el Reino no avanza por estrategias humanas, ni por la fuerza de los números, ni por la elocuencia de los

predicadores. El Reino avanza porque el Rey ha decretado que así sea. Y aunque este misterio pueda generar tensión en nuestro entendimiento, también nos libera de la carga de pensar que todo depende de nosotros. La elección real nos humilla, porque nos recuerda que no tenemos méritos, y nos llena de esperanza, porque todo descansa en la misericordia de Dios.

La soberanía del Rey no solo se revela en la elección, sino también en la manera en que Él dispone los acontecimientos de la historia para la manifestación de Su gloria. Pablo trae a memoria un ejemplo emblemático: Faraón. ***“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra” (Romanos 9:17).***

El monarca más poderoso de la tierra en aquel tiempo, con todo su ejército y su esplendor, no era sino un instrumento en manos del verdadero Rey. Dios lo levantó, lo sostuvo en su trono y lo endureció para que Su gloria fuera manifestada en la liberación de Israel.

El endurecimiento de Faraón no fue un accidente ni un capricho humano, sino parte del propósito soberano del Señor. Pablo lo resume con estas palabras: ***“De manera que de quien quiere, tiene misericordia; y al que quiere endurecer, endurece” (Romanos 9:18).*** Esta declaración nos confronta con uno de los misterios más profundos del Reino: Dios es Señor tanto de la compasión como del

endurecimiento. Su soberanía no admite rival ni explicación exhaustiva desde la lógica humana.

Ante esta verdad surge inevitablemente la objeción: ***“¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?” (Romanos 9:19)***. Si Dios es quien elige y endurece, ¿cómo puede responsabilizar al hombre? Pablo no responde con una explicación filosófica, sino con un recordatorio de quién es el Rey y quién es el hombre:

***“¿Mas antes, oh hombre, quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?”***

Romanos 9:20

Aquí Pablo utiliza la imagen del alfarero y el barro. El alfarero tiene autoridad sobre la masa para hacer de la misma arcilla un vaso para honra y otro para deshonra. El barro no tiene derecho a cuestionar al artesano; de la misma manera, el hombre no puede reclamar explicaciones al Creador. ***“¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (Romanos 9:21)***. La metáfora es contundente: el Rey soberano ejerce un derecho absoluto sobre Sus criaturas, y Su propósito trasciende nuestra limitada percepción de justicia.

Pablo lleva la reflexión más allá: ***“¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria,***

*las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria?” (Romanos 9:22 y 23).* El misterio de la soberanía divina se despliega en un doble escenario: por un lado, Dios soporta con paciencia a los rebeldes, y por otro, prepara de antemano a los que serán herederos de Su gloria.

El Reino, entonces, no se construye sobre la voluntad fluctuante de los hombres, sino sobre el designio eterno de un Rey que gobierna incluso sobre la rebelión. El endurecimiento de Faraón sirvió para revelar el poder liberador de Dios; los vasos de ira, aunque parecen triunfar momentáneamente, terminan siendo ocasión para que resplandezca con mayor intensidad la gloria de los vasos de misericordia. Así se cumple el propósito soberano del Rey, que es engrandecer Su nombre en toda la tierra.

Esta visión nos coloca en una posición de reverencia. La soberanía de Dios no pretende destruir nuestra responsabilidad, sino recordarnos que el Reino es un acto de gracia, no un contrato de igualdad entre Dios y el hombre. El Rey no le debe cuentas a nadie; es el hombre quien debe rendir cuentas a Él. Aquí la Iglesia aprende a descansar en el propósito divino. Lo que parece caos, injusticia o contradicción, en realidad está bajo el control de Aquel que escribe la historia con la tinta de Su voluntad eterna.

En la vida práctica, este pasaje nos enseña a confiar aun cuando no entendemos. Muchas veces vemos a los “Faraones” de este mundo levantarse con arrogancia,

persiguiendo a los hijos del Reino, y nos preguntamos por qué Dios lo permite. La respuesta está aquí: aun ellos están bajo el control del Rey. El cetro nunca ha salido de Sus manos. La paciencia de Dios no es debilidad, sino estrategia para que Su gloria sea más visible en el momento oportuno.

De este modo, Romanos nueve nos invita a rendir la mente y el corazón ante el misterio de la soberanía. La elección, la misericordia y aun el endurecimiento son expresiones del cetro real. Y la Iglesia, al contemplar esta verdad, debe responder no con queja ni con orgullo, sino con adoración humilde, reconociendo que todo depende del Rey soberano que hace conforme al designio de Su voluntad.

El clímax de la reflexión paulina nos conduce a un terreno donde toda lógica humana se rinde y donde solo queda adorar. Pablo, después de exponer la elección divina, el endurecimiento de algunos y la misericordia derramada sobre otros, no ofrece una explicación racional que pueda satisfacer por completo al intelecto, sino que nos lleva a contemplar el misterio de la soberanía divina.

Dice en **Romanos 9:20 y 21**: “*¿Mas antes, oh hombre, quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro...?*”. En estas palabras se nos revela la distancia infinita entre el Creador y la criatura, entre el Rey eterno y los súbditos de Su Reino. El Reino no se sostiene en la voluntad cambiante de los hombres, sino en la voluntad absoluta y santa del Rey que

hace como quiere, pero siempre conforme a Su justicia y Su bondad.

La imagen del alfarero y el barro no es una metáfora fría ni impersonal. En ella palpita la ternura y la firmeza de un Dios que modela a cada uno según Su propósito eterno. El barro no comprende el diseño, pero el alfarero sí. El barro no ve el resultado final, pero el alfarero tiene en mente la obra perfecta.

Así, los hijos de Dios somos llamados a confiar, a someter nuestra vida al dominio del Rey, sabiendo que Su plan es más alto que cualquier expectativa humana. El Reino avanza porque el Rey está en el trono, y ese trono no es discutido ni disputado. La soberanía de Dios es la roca donde descansan las promesas del Reino: si dependiera de los hombres, el Reino ya habría caído, pero como depende del Rey, permanece incommovible.

Pablo recuerda que Dios llamó no solo de los judíos, sino también de los gentiles (**Romanos 9:24**). Así, la soberanía del Rey derriba toda pretensión de orgullo étnico o religioso y establece un Reino inclusivo donde la gracia abre puertas a quienes estaban lejos. Lo que parecía un rechazo definitivo de Israel se transforma en una oportunidad para las naciones; lo que parecía una exclusión se vuelve plataforma para una expansión mayor. El cetro del Rey no se mueve por capricho, sino por un propósito eterno que busca la gloria de Su Nombre y la redención de muchos pueblos.

Al llegar a este punto, no podemos menos que postrarnos en reverencia. La soberanía de Dios no es un concepto frío para debatir en mesas teológicas; es un refugio ardiente para los corazones cansados. Saber que el Reino avanza porque el Rey lo gobierna es la esperanza que sostiene a la Iglesia en medio de la incertidumbre de los tiempos.

Los imperios caen, los líderes cambian, las ideologías pasan, pero el Reino del Rey soberano permanece para siempre. Y este Rey no se complace en la destrucción, sino en mostrar Su gloria en vasos de misericordia que, aunque indignos, fueron escogidos para reinar con Él.

Es claro que somos exhortados a vivir con la certeza de que nuestra vida no está a merced del azar ni de las circunstancias, sino bajo la mano firme del Rey soberano. Esto trae reposo a la ansiedad y valentía en la misión. No predicamos a un Cristo derrotado, sino a un Rey que reina y que llevará a cabo Su plan aunque el mundo entero se oponga.

No servimos en un Reino frágil, sino en un Reino incommovible que avanza por decreto real. Por eso, en medio de las preguntas sin respuesta, el cristiano puede decir con confianza: ***“Sé de quién me he fiado, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”*** (2 Timoteo 1:12).

Así, el capítulo culmina con un llamado a la adoración y a la rendición. Si el Rey es soberano, no queda otra postura

digna que la obediencia gozosa y la confianza plena. Si Él escoge, si Él llama, si Él muestra misericordia y también juicio, nuestro deber no es contender, sino someternos y proclamar Su grandeza. El Reino no se detiene porque Su Rey reina con cetro de justicia. Y mientras esperamos la consumación, la Iglesia proclama con fe:

***“¡Tuyo es el Reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos!”.***

Mateo 6:13



# Capítulo diez

## EL MENSAJE DEL REINO

*“Esta es la palabra de fe que predicamos...”*

Romanos 10:8

El corazón de la proclamación apostólica, tal como Pablo lo presenta en Romanos diez, es la confesión de que Jesús es Señor. Esta confesión no es un mero enunciado religioso, ni una fórmula vacía de contenido; es la declaración de lealtad al Rey. Decir *“Jesús es Señor”* (**Romanos 10:9**) es reconocer que Él es el soberano que gobierna sobre todas las cosas, es declarar que nuestra vida ya no se rige por los valores de este mundo, sino por los decretos de Su Reino eterno.

Confesarlo como Señor equivale a rendirle la ciudadanía de nuestro corazón, a cederle los derechos de mando, a sujetar nuestros deseos y voluntades bajo Su autoridad. El evangelio, en este sentido, no es solo una invitación al perdón de los pecados, sino un llamado a vivir bajo el señorío real de Cristo. Es lamentable que durante años se ha enseñado que la gente tiene que aceptar a Jesús. Él es

el Señor y no necesita que nadie lo acepte, Él escoge a quienes les extenderá Su gracia soberana.

También hay quienes enseñan que algunos conocen al Señor como salvador, pero no como Señor y eso es imposible, porque el que en verdad lo conoce, conoce al Señor. No hay otra forma de conocerlo, porque Él, simplemente es el Señor.

El apóstol establece que la justicia del Reino no se obtiene por esfuerzos humanos ni por obras de la ley, sino por la fe en el mensaje del Rey. ***“Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón; esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:8-9)***. Aquí se entrelazan dos realidades inseparables: la fe que nace en el corazón y la confesión pública que brota de la boca.

No basta creer en secreto; la fe verdadera se expresa en confesión abierta. Y no basta pronunciar palabras sin convicción; la confesión real surge de un corazón persuadido de la victoria del Rey resucitado. En el Reino, la fe y la confesión son los sellos que acreditan la lealtad al Señor.

Pablo insiste en que esta confesión y esta fe están al alcance de todos, y es cierto, porque todos deberían proceder al arrepentimiento al escuchar las bondades del evangelio. Sin embargo, también es cierto que las tinieblas no les permiten ver la luz y es necesaria la intervención divina para

tal impartición. Si el Espíritu Santo no impartiera la vida a través de la Palabra, trajera convicción de pecado y mostrara la luz de la verdad, nadie procedería al arrepentimiento genuino.

El Reino no se limita a un grupo privilegiado, ni a una etnia, ni a una élite espiritual, Dios desea que todos se salven, ese fue el propósito de Su obra redentora. *“Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan”* (Romanos 10:12). El Reino rompe fronteras culturales y derriba murallas históricas, abriendo la puerta a todos los que claman por el Rey, el problema es que no hay quien busque a Dios ni tan solo uno y no hay quien pueda por mérito propio proceder al arrepentimiento.

La soberanía de Cristo no es exclusiva, sino expansiva; no se encierra en un pueblo, sino que extiende su cetro hacia todas las naciones. Esta universalidad del evangelio es, en sí misma, una manifestación del Reino: un Rey que gobierna sobre todos y ofrece Su salvación sin parcialidad. El problema de los seres humanos es que sin Dios, estamos muertos en delitos y pecados (Efesios 2:5), y los muertos no pueden elegir nacer de nuevo, por eso el Señor irrumpe soberanamente y se manifiesta a quien quiera manifestarse para darnos vida.

La proclamación del evangelio, entonces, es más que un anuncio religioso; es la proclamación de un Rey y la obra de Su poder. La misión de la Iglesia consiste en declarar

públicamente que el trono no está vacío, pero la tumba sí. Que el crucificado ha resucitado y que el resucitado es Rey de reyes y Señor de señores. Cada sermón, cada testimonio, cada acto misionero debe ser un eco de esta verdad fundamental.

Cuando predicamos, no invitamos a las personas a una experiencia emocional pasajera, no los invitamos a un supuesto altar levantando su mano, sino que les impartimos la verdad para que rindan sus vidas bajo la autoridad del Señor. Y cuando alguien responde en fe, no está simplemente aceptando una doctrina, sino jurando lealtad al soberano del universo. Esta es la esencia del mensaje del Reino.

No puede ser que algunos hermanos, con el afán de predicar exitosamente, les mencionan a los impíos **Apocalipsis 3:20**, que dice: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo...”* No se puede presentar a un Dios que está a la puerta de los impíos pidiendo que lo dejen entrar a comer. Amados eso es perverso, las palabras de Jesús fueron dadas a la Iglesia de Laodicea, no a los impíos. El mensaje del Reino siempre presentará al Rey.

El Reino se hace visible en la medida en que los hombres y mujeres confiesan a Jesús como Señor y viven en obediencia a Su palabra y eso es toda una responsabilidad. Allí donde un corazón se rinde, el Reino se manifiesta. Allí donde una boca proclama Su señorío, el Reino avanza.

La misión de la Iglesia no es, por lo tanto, opcional, sino esencial: somos heraldos del Rey, enviados a anunciar que hay un Señor que salva, pero que gobierna y que vendrá en gloria. Y este mensaje no puede ser sustituido ni diluido, porque ***“la fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17)***. Si la Iglesia guarda silencio, el Reino no se manifiesta en la vida de los que aún no han oído. Pero si la Iglesia abre su boca, el poder del Reino se despliega en salvación.

Por eso, la proclamación del evangelio del Reino es una responsabilidad ineludible. Pablo mismo clama: ***“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Romanos 10:14)***. Cada creyente es llamado a ser voz, cada discípulo es embajador, cada iglesia es un faro. El Reino no se expande por estrategias humanas, sino por la proclamación fiel del mensaje del Rey. La Iglesia no puede contentarse con ser un refugio de los que ya creen; debe ser también un ejército de mensajeros que llevan la noticia del señorío de Cristo hasta lo último de la tierra.

El mensaje del Reino no se limita a una verdad proclamada, sino que exige una respuesta. El anuncio de que Jesús es Señor coloca al oyente en una encrucijada: o se somete en fe y obediencia, o rechaza el señorío del Rey. No existe neutralidad, porque la confesión de la boca y la fe del corazón son actos de lealtad. En un mundo que ofrece múltiples señores, como el poder, el dinero, la fama, las

ideologías, el evangelio declara que solo uno es digno de ser reconocido como Rey: Jesucristo.

Notemos que ante su conversión el mismo Pablo, lo primero que dijo con temor y temblor fue: ***“Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6)***. Luego entregó su vida de manera notable, ya que vivió hasta su último suspiro con un solo objetivo, servir al Rey. Y luego escribió: ***“Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado” (Romanos 10:11)***. Esta promesa se convierte en el estandarte de los hijos del Reino: la certeza de que la fe en el Rey nunca defrauda, porque quien se entrega a Él recibe una herencia inconvencible.

El mensaje, sin embargo, no se queda en la esfera privada de la fe individual. Pablo presenta la necesidad imperiosa de la proclamación pública: ***“¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:15)***. Nosotros no podemos, con ciertas estrategias, hacer que la gente crea, y Dios no nos demanda eso. Lo que sí debemos hacer es predicar el evangelio del Reino a toda criatura y Dios sabrá como obrar en cada corazón.

El Reino de Dios avanza porque hay enviados que anuncian al Rey. La imagen de los pies hermosos no describe un adorno físico, sino la belleza de la misión cumplida. El mensajero del Reino lleva sobre sus pasos la gloria del Rey, porque en cada palabra que proclama está acercando a las

personas a la salvación y al señorío de Cristo. Así, la Iglesia es llamada a ser una comunidad misionera: no guardiana celosa de un tesoro oculto, sino proclamadora ferviente de un evangelio real.

La proclamación del Reino es también un acto de guerra espiritual. Allí donde se anuncia que Jesús es Señor, los principados y potestades del mundo de las tinieblas son confrontados. Cada vez que un corazón se rinde al señorío de Cristo, el dominio del enemigo retrocede. El evangelio no es un discurso neutral; es la voz del Rey que demanda obediencia y rompe cadenas de esclavitud.

Por eso, el silencio de la Iglesia es una derrota estratégica, mientras que su proclamación es un estallido de victoria. Cuando un creyente abre la boca y confiesa a Jesús como Señor, está proclamando en el mundo visible y en el invisible que otro gobierno ha llegado, que otro Reino está presente, y que ningún poder humano o espiritual podrá detener su avance.

Juan el Bautista fue quien comenzó a anunciar el Reino y le cortaron la cabeza. Jesús predicó el Reino y lo crucificaron, los apóstoles predicaron el Reino y los mataron violentamente, la Iglesia del primer siglo predicó el Reino y los persiguieron asesinando a miles y miles de fieles. Sin duda el mensaje puro del Reino genera mucha hostilidad en el mundo espiritual.

Debo ser sincero en esto, el diablo no tiene problema con un mensaje que invite a la gente a practicar una religión, él no le tiene miedo a los católicos, ni a los evangélicos, pero cuando él escucha que se levanta un pueblo gobernante, que manifiesta un Reino y que adoran a un Rey, ahí se vuelve loco, porque sabe que aquellos que son instruidos con una mentalidad de reyes, serán invencibles.

*“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”*

Romanos 10:17

La predicación del evangelio del Reino no es simplemente un ejercicio de persuasión, sino un medio a través del cual el Espíritu Santo opera en los corazones. Aquí se une lo humano y lo divino: el mensajero obedece al mandato de predicar, y el Espíritu abre los oídos y el corazón de los oyentes para que respondan en fe.

En este sentido, la proclamación no depende de la elocuencia ni de la habilidad retórica, sino de la fidelidad al mensaje del Rey y de la obra invisible del Espíritu Santo. La Iglesia no está llamada a inventar el contenido, sino a transmitir con claridad y poder el anuncio de que Jesús es Señor, y es Él mismo quien se encarga de hacer la obra en los corazones de los oyentes, tal como lo hizo con Lidia, la vendedora de púrpura (**Hechos 16:14**).

Sin embargo, Pablo reconoce la tensión profunda que se produce con quienes no reaccionan, ni obedecen el

evangelio del Reino. ***“Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?” (Romanos 10:16).*** La incredulidad no anula la veracidad del mensaje, pero sí revela la dureza del corazón humano frente al llamado del Rey.

Aquí la Iglesia aprende que su misión no es medir resultados según las estadísticas, sino permanecer fiel en la proclamación. Algunos rechazarán, otros se resistirán, pero el mensaje del Reino no puede callar. El Rey ha ordenado que se proclame Su señorío hasta lo último de la tierra, y la obediencia a ese mandato es la marca de los verdaderos súbditos. El éxito de la misión no se mide por la cantidad de respuestas inmediatas, sino por la fidelidad de la Iglesia en confesar que Jesús es Señor en todo tiempo y lugar.

Así, el mensaje del Reino se convierte en la razón de ser de la Iglesia. No somos un club de afinidades religiosas ni una asociación filantrópica; somos los mensajeros de un Reino eterno. Nuestra misión no se agota en invitar a las personas a “aceptar” un credo, sino en confrontarlas con la realidad de un Rey que exige lealtad y entrega.

Por eso, la proclamación del evangelio no es opcional ni secundaria, sino central. Y cada creyente, sin excepción, ha sido llamado a participar en esta proclamación: en las plazas y en los hogares, en las ciudades y en los campos, con palabras y con obras, con vida y con voz. Porque la fe viene por el oír, pero alguien debe hablar, alguien debe anunciar, alguien debe proclamar que Jesús es Rey.

El anuncio del Reino no solo abre camino a la salvación de los individuos, sino que también da forma a la identidad de un pueblo. Cada confesión de fe, cada corazón que proclama “Jesús es Señor”, se une a una multitud de redimidos que forman la comunidad del Reino. Este pueblo no se define por fronteras geográficas ni por vínculos sanguíneos, sino por la confesión común de lealtad al Rey.

Pablo recalca que este mensaje ha sido enviado a todos: *“¿Acaso no oyeron? Antes bien, por toda la tierra ha salido la voz de ellos, y hasta los fines de la tierra sus palabras” (Romanos 10:18)*. Aquí vemos la universalidad del Reino: no hay rincón que quede fuera de la proclamación, no hay cultura que escape al llamado, no hay generación que no deba ser confrontada con el señorío de Cristo.

La proclamación del Reino es, al mismo tiempo, gracia y juicio. Para los que reciben la palabra con fe, es vida, esperanza y herencia eterna. Para los que la rechazan, es testimonio contra ellos, porque no podrán alegar ignorancia en el día del juicio. Así, el mensaje del Reino se levanta como espada de doble filo: ofrece misericordia al humilde y confronta la dureza del altivo.

En este sentido, la Iglesia debe predicar con un corazón ardiente de compasión, sabiendo que cada palabra de evangelio es una oportunidad para la salvación, pero también con la seriedad de quien entiende que callar es una forma de condenar. La fidelidad al Rey implica anunciarlo sin temor

ni vergüenza, aun cuando el mundo se resista y las naciones cierren sus oídos.

El capítulo diez de Romanos nos recuerda que el Reino se expande por el poder del mensaje y no por la fuerza de las armas ni por la imposición de estructuras humanas. Dondequiera que alguien abre su boca y proclama a Jesús como Señor, allí el Reino avanza. Donde una iglesia vive con coherencia entre la confesión y la obediencia, allí el Reino brilla.

Donde los enviados cruzan fronteras, soportando sacrificios y riesgos por amor al Rey, allí el Reino se abre paso como luz en la oscuridad. El mensaje del Reino no depende de circunstancias favorables; al contrario, muchas veces florece en medio de persecuciones, porque el Rey se glorifica cuando Sus mensajeros permanecen firmes y Su evangelio demuestra ser más fuerte que las cadenas.

Pero no podemos ignorar la exhortación implícita: si la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios, entonces el silencio de la Iglesia se convierte en una traición al Reino. No es posible proclamar que Jesús es Señor y, al mismo tiempo, callar frente a un mundo que necesita escucharlo. La misión no es un ministerio opcional para algunos pocos, sino el encargo real para todos los súbditos.

El Reino no se sostiene en templos cerrados, sino en heraldos que anuncian en las calles, en los hogares, en los medios, en cada espacio de la vida. El mensaje del Reino no

puede quedar reducido a liturgias internas, debe convertirse en la voz de un pueblo que testifica con palabra y obra que hay un Rey vivo y soberano.

Así, Pablo nos lleva a una conclusión ineludible: confesar a Jesús como Señor no es un acto aislado de fe, sino la puerta a una vida de misión. Cada creyente que proclama al Rey se convierte en mensajero del Reino. Cada iglesia que proclama al Rey se transforma en embajada del Reino. Cada generación que proclama al Rey abre camino para que la siguiente herede la fe.

Y mientras tanto, la creación entera espera la manifestación de estos hijos que no solo creen, sino que confiesan con su boca y anuncian con sus pies la gloria del Señor. El mensaje del Reino es el motor de la historia, la esperanza de los pueblos y la misión de la Iglesia hasta que el Rey regrese.

Al cerrar este capítulo, la exhortación se eleva con claridad: no debemos callar, no debemos retener el mensaje de vida, no debemos guardar silencio. Debemos ser heraldos del Reino en nuestra casa, en nuestro barrio, en nuestra ciudad, en nuestra nación y hasta lo último de la tierra.

No hay otro nombre, no hay otro evangelio, no hay otro Rey. El mensaje del Reino es la proclamación de que Jesús vive, reina y volverá. Y todo aquel que invoque Su nombre será salvo (**Romanos 10:13**). Que esta certeza encienda en nosotros un fuego que no se apague, para que

nuestras bocas confiesen, nuestros pies avancen y nuestras vidas reflejen, hasta el fin de los tiempos, que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

***“Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes.”***

1 Pedro 3:15



## Capítulo once

### **EL MISTERIO DEL REINO**

*“A quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria.”*

Colosenses 1:27

El misterio del Reino no comienza en Roma ni en el primer siglo, sino en los eternos designios de Dios. Pablo, en Romanos once, abre una ventana a un secreto que los ojos naturales no logran comprender: la unión de Israel y los gentiles en un solo pueblo bajo un solo Rey. Esta revelación no es una nota marginal en la carta, sino una joya central que nos permite contemplar la magnitud de la fidelidad divina y el alcance universal de Su Reino.

El apóstol se apresura a responder a una pregunta crucial: *“¿Ha desechado Dios a su pueblo?”* (Romanos 11:1). En otras palabras, ¿significa el rechazo de muchos judíos a Jesús que Dios dio vuelta la página y comenzó de cero con los gentiles? La respuesta de Pablo es contundente: *“En ninguna manera”*. Aquí comienza a desplegarse el misterio: el Reino no está edificado sobre la infidelidad

humana, sino sobre la fidelidad inmutable de Dios. Los hombres pueden tropezar, las naciones pueden endurecerse, los líderes pueden fallar; pero el Rey del Reino no cambia de propósito.

Para fundamentar esta verdad, Pablo se presenta como testimonio vivo: él mismo es israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. Es decir, la gracia de Dios sigue operando dentro del pueblo judío. Aun en medio de la incredulidad mayoritaria, el Señor preserva un remanente fiel.

El ejemplo de Elías ilustra este punto: el profeta creía que estaba solo frente a una nación completamente idolátrica, pero Dios le mostró que había reservado para sí siete mil hombres que no doblaron la rodilla a Baal (**Romanos 11:4**). Así también en el Reino, lo que parece derrota muchas veces es preparación de una victoria más profunda.

Este principio del remanente es clave en la economía del Reino. No todos verán, no todos creerán, no todos permanecerán. Pero siempre habrá un grupo, pequeño o grande, en quienes arda la llama de la fidelidad. Esta verdad tiene una aplicación apostólica directa: no debemos medir el avance del Reino por la cantidad, sino por la fidelidad. En un tiempo en que la Iglesia puede sentirse marginada o despreciada por la cultura, recordar que Dios siempre preserva un remanente nos libra del desaliento y nos sostiene en la esperanza.

La imagen del olivo, introducida por Pablo más adelante, sintetiza magistralmente este misterio. Israel es el tronco original, nutrido por las promesas, por los pactos, por la ley y por los profetas. Los gentiles, por naturaleza representamos al olivo silvestre, que hemos sido injertados en ese tronco para participar de la rica savia de la raíz (**Romanos 11:17**). Este injerto no es una sustitución, sino una unión. El árbol no ha sido arrancado para plantar otro; al contrario, ha sido fortalecido con nuevas ramas. El Reino, por lo tanto, es un proyecto de continuidad y ampliación, no de reemplazo ni anulación.

Pero junto con la gracia de haber sido injertados, viene también la advertencia: *“no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti”* (**Romanos 11:18**). Aquí el apóstol confronta la tentación de la soberbia espiritual. El misterio del Reino exige humildad. No somos dueños de la historia de la salvación, somos herederos de una promesa que nos precede. La raíz nos sostiene, no nosotros a ella. La actitud correcta, entonces, no es la arrogancia, sino la gratitud.

Cuántas veces la Iglesia, olvidando este principio, ha caído en la tentación de menospreciar a Israel o de creer que el Reino le pertenece por derecho propio. Pero el Rey no comparte su gloria con el orgullo humano. En el Reino no hay lugar para la altivez étnica, cultural o religiosa. Todos estamos de pie solo por la gracia.

Esta verdad se vuelve especialmente urgente en una era marcada por nacionalismos, divisiones raciales y superioridades culturales. El misterio del Reino nos recuerda que ninguna nación, ningún pueblo y ninguna iglesia local puede reclamar para sí el monopolio de la fidelidad divina.

El olivo del Reino es un solo árbol, y ese árbol nos habla de unidad en la diversidad. Israel y los gentiles, raíces y ramas, historia antigua y nueva creación, todos somos parte de una misma obra de redención. Este misterio no se entiende en términos humanos, sino que se recibe por revelación y se vive en obediencia.

De manera práctica, esta primera parte del misterio nos invita a vivir con una doble actitud. Por un lado, la confianza en la fidelidad de Dios: Él no abandona a su pueblo, no anula sus promesas, no revoca sus pactos. Por otro lado, la humildad que nos libra de toda jactancia: no estamos aquí por méritos, sino por gracia. La savia que corre por las ramas injertadas no proviene de nosotros, sino de Cristo, la raíz viva de David.

En cada congregación, en cada comunidad de fe, deberíamos recordar que estamos de pie no por nuestra tradición, ni por nuestro fervor, ni por nuestras obras, sino porque el Rey nos injertó en su Reino. El misterio del Reino comienza con esta certeza: un Dios fiel que no desecha a Su pueblo y que, en Su gracia, incluye a quienes estaban lejos.

El misterio del Reino no se reduce a un olivo con ramas injertadas, sino que se expande hacia un horizonte mayor: la plenitud de las naciones y la restauración de Israel. Pablo, al desarrollar este punto en Romanos once, nos invita a contemplar una dinámica que escapa a la lógica humana, pero que revela la sabiduría divina. El Reino no se mueve por reacciones improvisadas de Dios frente a los errores de los hombres; avanza según un plan eterno que entrelaza la incredulidad de unos con la salvación de otros, y que finalmente conduce a la gloria de todos en Cristo.

El apóstol señala un principio profundo: *“el tropiezo de ellos es la riqueza del mundo, y su disminución la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?”* (Romanos 11:12). Lo que parecía derrota en realidad abrió la puerta a la expansión del Evangelio. La resistencia de muchos en Israel no anuló el Reino, sino que impulsó la proclamación a todas las naciones.

La paradoja del Reino es esta: donde los hombres ven pérdida, Dios abre un camino para la ganancia; donde hay rechazo, Él abre espacio para la inclusión. El tropiezo de algunos se convierte en la riqueza de otros, pero esa riqueza no es definitiva hasta que ambos, Israel y los gentiles, compartamos juntos la plenitud.

Este principio debe hacernos reflexionar en lo personal y en lo comunitario. ¿Cuántas veces interpretamos nuestros tropiezos o las dificultades de otros como finales absolutos? En el Reino, los tropiezos pueden ser usados como

plataforma para una gracia mayor. Lo que para nosotros es disminución, para Dios puede ser multiplicación. Este misterio nos enseña a confiar en la soberanía del Rey, aun cuando las circunstancias parecen adversas.

Pero Pablo no se detiene allí: él mismo, como apóstol a los gentiles, confiesa que su ministerio tiene un propósito secundario y profundo: *“por si en alguna manera pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos”* (Romanos 11:14). El misterio del Reino incluye este entrelazamiento de historias: la fe de los gentiles debe provocar a Israel a buscar de nuevo a su Dios. Es decir, la fidelidad de las naciones no solo es un beneficio propio, sino también un testimonio que despierta el corazón de Israel. Aquí el Reino se revela como un movimiento en cadena: unos alcanzados para que otros sean restaurados.

Esto tiene una aplicación práctica enorme para la Iglesia de hoy. Nuestra vida como gentiles injertados no debe convertirse en un motivo de orgullo, sino en un testimonio vivo que despierte sed en quienes aún no reconocen al Mesías. Cada acto de fidelidad, cada vida transformada, cada comunidad que refleja la gloria del Reino, es una provocación santa que anuncia que el Dios de Israel sigue obrando y que sus promesas siguen en pie.

Pablo nos advierte, sin embargo, contra el peligro de malinterpretar este misterio. Algunos podrían pensar: “Si las ramas naturales fueron desgajadas, es porque yo soy mejor”. Pero él responde con firmeza: *“no te ensoberbezcas, sino*

*teme” (Romanos 11:20).* Aquí aparece la tensión entre bondad y severidad: *“mira, pues, la bondad y la severidad de Dios” (Romanos 11:22).* El Reino no se sostiene en privilegios heredados ni en méritos propios, sino en la bondad divina. Si permanecemos en esa bondad, disfrutamos la plenitud; si nos apartamos en arrogancia, la misma severidad que alcanzó a algunos puede alcanzarnos también.

El misterio del Reino exige, entonces, una espiritualidad de humildad y perseverancia. La plenitud de las naciones no debe llevar a soberbia, sino a gratitud y responsabilidad. De hecho, Pablo llega a declarar una verdad asombrosa: *“y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar” (Romanos 11:23).* Este es un recordatorio de que nadie está definitivamente excluido mientras exista la posibilidad de creer. El Reino es siempre un proyecto de restauración.

Este principio se aplica a la vida pastoral de manera directa. Hay creyentes que miran a otros como ramas secas, como casos perdidos, como personas irrecuperables. Pero el misterio del Reino nos enseña que Dios es poderoso para injertar y dar vida a quien quiera. La gracia que nos alcanzó a nosotros también puede alcanzar a quienes hoy parecen endurecidos. Esta perspectiva cambia la manera en que oramos, evangelizamos y discipulamos. El misterio nos libra del fatalismo y nos llena de esperanza.

***“porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio... que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”***

Romanos 11:25

Aquí el Reino se revela como una obra en proceso. El endurecimiento de Israel no es total, ni definitivo, ni eterno. Es parcial y temporal, “hasta que” se cumpla el tiempo de la plenitud. El Reino, entonces, no debe evaluarse desde la fotografía del presente, sino desde la película completa de la historia divina. Lo que hoy parece incompleto, mañana se revelará en plenitud.

Para la Iglesia, esta revelación es un llamado a la paciencia y a la esperanza. No podemos apresurar los tiempos de Dios ni desanimarnos por lo que aún no vemos. El Reino se mueve con el ritmo de la fidelidad divina, no con la ansiedad de nuestra impaciencia. Así como Israel espera su restauración, así también nosotros debemos esperar con fe la consumación del Reino.

La plenitud de las naciones y la restauración de Israel no son dos historias paralelas, sino un solo misterio entrelazado. La inclusión de los gentiles prepara el camino para la restauración de Israel, y la restauración de Israel será testimonio de la fidelidad de Dios a todas las naciones. El Reino es una mesa amplia donde caben todos, pero todos llegan en el tiempo y en el modo que el Rey dispone.

En conclusión, la segunda dimensión del misterio del Reino nos enseña a vivir en humildad, gratitud y esperanza. Somos parte de un proyecto mayor que nosotros mismos. Nuestras vidas deben ser testimonio vivo que despierte a otros, y nuestra esperanza debe estar anclada en el Dios que cumple lo que promete. En el Reino, cada tropiezo se convierte en oportunidad, cada pérdida en semilla de ganancia, y cada endurecimiento en preludeo de restauración.

El misterio del Reino no termina con un árbol de ramas injertadas ni con un proceso en marcha. Su clímax está en la consumación gloriosa: la salvación de Israel y la unidad de todas las naciones bajo un solo Rey. Pablo lo declara con una de las frases más sorprendentes de toda la carta: **“y luego todo Israel será salvo” (Romanos 11:26)**. Con estas palabras, el apóstol nos introduce en un horizonte escatológico que trasciende los cálculos humanos y nos obliga a mirar la fidelidad de Dios en toda su plenitud.

La afirmación de Pablo no significa que automáticamente, sin fe ni arrepentimiento, Israel entero entrará en el Reino. Tampoco se refiere a un privilegio étnico que deje de lado la obra de Cristo. Más bien, es una proclamación profética de que llegará un tiempo en que el pueblo endurecido se volverá al Mesías y experimentará la salvación que solo Él otorga. La restauración de Israel no es una excepción al Evangelio, sino la confirmación de que el Evangelio es poder de Dios **“al juicio primeramente, y también al griego” (Romanos 1:16)**.

Pablo cita a Isaías para fundamentar su declaración: ***“Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad; y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados”*** (Romanos 11:26 y 27). El Reino culmina en la misma promesa antigua: un Redentor que libra del pecado y establece un pacto eterno. El misterio del Reino no es, entonces, un cambio de planes, sino la consumación de un propósito trazado desde el principio.

Aquí encontramos una de las claves más profundas: ***“porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”*** (Romanos 11:29). Lo que Dios comenzó con Abraham, Isaac y Jacob, lo llevará a término. El Reino no se edifica sobre pactos frágiles, sino sobre la palabra del Rey eterno. Israel, a pesar de su endurecimiento, sigue siendo ***“amado por causa de los padres”*** (Romanos 11:28). El misterio nos revela que la fidelidad de Dios siempre es más grande que la infidelidad de los hombres.

Este mensaje no es solo para Israel, sino para todos nosotros. ¿Cuántas veces dudamos de la fidelidad de Dios porque vemos nuestras caídas, nuestra fragilidad o nuestra historia de tropiezos? El misterio del Reino nos asegura que el Dios que comenzó la buena obra la perfeccionará (Filipenses 1:6). Su llamado no depende de nuestras fuerzas, sino de su fidelidad. Así como no desechó a Israel, tampoco desechará a su Iglesia.

La consumación del misterio tiene, además, un fruto inmediato: la unidad del Reino. El olivo que comenzó en

Abraham se llena de ramas de todas las naciones, y en el tiempo final las ramas naturales serán injertadas de nuevo. Así, el Reino se revela como una familia única, unida no por sangre humana ni por tradición cultural, sino por la savia viva del Mesías.

Esta unidad es un desafío para la Iglesia hoy. No podemos predicar un Reino de inclusión y restauración si vivimos divididos por disputas superficiales u orgullos denominacionales. La unidad bajo un solo Rey exige humildad, reconocimiento mutuo y una fe centrada en Cristo.

Este misterio culmina en adoración. Pablo, al terminar de exponer estas verdades, no puede hacer otra cosa que levantar un canto: “*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!*” (Romanos 11:33). El misterio del Reino no se explica en su totalidad, se contempla con asombro. La teología más profunda siempre termina en doxología: no en debates interminables, sino en rendición ante la grandeza de Dios.

Pablo añade preguntas retóricas que nos ubican en nuestro lugar: “*¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?*” (Romanos 11:34 y 35). El misterio nos enseña a reconocer que el Reino no es obra de los hombres, ni se sostiene por nuestras estrategias, sino que todo proviene de Dios. Por eso, el final del capítulo es una

declaración que debe marcar la vida de cada ciudadano del Reino:

***“Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén”***

Romanos 11:36



## Capítulo doce

### **LA ÉTICA DEL REINO**

*“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.”*

Romanos 12:1

El Reino de Dios no se define solamente por la proclamación de una verdad, sino por la encarnación de esa verdad en la vida diaria. Si el capítulo anterior nos sumergió en el misterio del Reino, donde el plan divino revela la inclusión de las naciones y la restauración final de Israel, ahora Pablo nos conduce al corazón de la ética del Reino: la vida consagrada de los súbditos bajo el señorío del Rey.

Romanos doce comienza con una exhortación que trasciende los siglos y que sigue siendo el fundamento de toda vida cristiana. Este primer versículo marca un antes y un después en la carta. Pablo ha desarrollado durante once capítulos el despliegue glorioso del Reino: la justificación por la fe, la reconciliación, la victoria sobre el pecado, la elección de Dios, la soberanía de su plan y la profundidad de su misericordia. Todo lo que hemos contemplado hasta aquí

no es teoría abstracta, sino fundamento de vida. Y la respuesta que se espera no es meramente intelectual, sino existencial: la entrega total del cuerpo, y la vida misma, en sacrificio.

Aquí está la primera clave de la ética del Reino: el culto verdadero no se reduce al canto ni al rito, sino a la vida diaria ofrecida al Rey. En el Reino, la adoración no se limita al templo, sino que se extiende a la mesa del hogar, al lugar de trabajo, a la escuela y a la calle.

No es un sacrificio de animales, como en el sistema del Antiguo Testamento, sino un sacrificio personal y continuo, donde cada decisión, cada acción, cada pensamiento, se convierte en una ofrenda viva delante de Dios. Presentar el cuerpo significa reconocer que todo lo que somos, nuestra mente, emociones, manos, pies, palabras y silencios pertenece al Rey.

El apóstol describe esta entrega como algo absoluto, o pensado con claridad, en el griego es “*logiké latreía*” que significa “culto racional o espiritual”, es decir, como la devoción que tiene sentido, que responde con lógica a la gracia recibida. En otras palabras, podríamos decir que sería la única respuesta coherente a una misericordia tan extraordinaria de parte de Dios. Una vida completamente rendida a Él.

Y aquí es donde la ética del Reino se diferencia radicalmente de la moral humana. El mundo puede proponer

códigos, leyes y normas, pero el Reino demanda una entrega absoluta al Rey. La ética del Reino no es una lista de reglas externas, sino el fruto de una mente renovada y un corazón transformado.

Por eso, inmediatamente Pablo añade: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*** (Romanos 12:2). El Reino no solo pide un sacrificio de vida, sino una mente renovada. La ética del Reino nace de un pensamiento transformado, que ya no se rige por los moldes de una cultura caída, sino que asume la forma de Cristo. No se trata de añadir prácticas religiosas a una mente mundana, sino de un cambio radical de perspectiva.

Aquí está la segunda clave de la ética del Reino: vivir bajo otra cultura, la cultura del Reino. En un mundo que idolatra la independencia, el ego y el poder, el Reino enseña dependencia, humildad y servicio. La renovación del entendimiento es, en esencia, el trasplante de una cosmovisión. Se trata de pensar como ciudadanos del Reino, de interpretar la realidad a la luz de la soberanía de Cristo y de discernir la voluntad de Dios en medio de las decisiones cotidianas.

La voluntad de Dios es descrita como ***“buena, agradable y perfecta”***. Esta triple descripción nos recuerda que el Rey no nos llama a obedecer una ética arbitraria, sino a vivir en la plenitud de Su diseño. Lo que Él demanda es lo

que conviene, lo que edifica, lo que da paz. La ética del Reino no es un peso que esclaviza, sino un camino de libertad que conduce a la plenitud de vida. Cuando nuestra mente se transforma y se renueva, ya no preguntamos qué tan cerca podemos estar del mundo sin pecar, sino qué tan cerca podemos estar del Rey para reflejarle mejor.

La aplicación práctica es ineludible. Cada creyente está llamado a revisar su vida: ¿Estamos presentando nuestro cuerpo como sacrificio vivo? ¿O seguimos considerando que hay áreas privadas que no deben tocarse? ¿Está nuestra mente siendo renovada por la Palabra y el Espíritu, o sigue moldeada por la corriente cultural de este presente siglo malo? La ética del Reino exige una ruptura con la conformidad al mundo y un compromiso con la transformación interna.

La exhortación de Pablo no es opcional ni decorativa: es el fundamento de toda la vida cristiana. No puede haber ética del Reino sin entrega radical y sin renovación de la mente. El culto verdadero no se mide por la intensidad de la emoción, sino por la coherencia de la vida. La cultura del Reino no se define por eslóganes, sino por el fruto del carácter.

Al leer Romanos doce, no estamos frente a un mero manual de comportamiento, sino ante un manifiesto del Reino. Es como si el Rey dijera: “Yo os he dado mi misericordia, ahora vivan como mis hijos, como ciudadanos de mi Reino, muestren con sus vida mi esencia...”

La ética del Reino no se vive en soledad, sino en comunidad. El llamado a ofrecer la vida como sacrificio vivo y a renovar la mente desemboca en una realidad inevitable: ser parte del cuerpo de Cristo. La fe no es una experiencia individualista, sino una incorporación a la familia del Reino. Por eso Pablo continúa su exhortación diciendo:

***“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.”***

Romanos 12:3

En el Reino, la humildad no es una virtud opcional, sino el aire mismo que se respira. La arrogancia, el orgullo y la autoexaltación son contrarios al carácter del Rey. El súbdito del Reino entiende que todo lo que tiene es por gracia y que no hay lugar para la vanagloria. Así como Israel fue advertido de no ensoberbecerse contra las naciones, también nosotros como creyentes debemos recordar que estamos donde estamos solo por la misericordia de Dios.

El apóstol ilustra esta verdad con la metáfora del cuerpo: ***“Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”*** (Romanos 12:4 y 5). Aquí se despliega otra clave de la ética del Reino: la interdependencia. Nadie en el Reino vive para sí mismo, nadie es autosuficiente, nadie posee en sí mismo

toda la plenitud. El diseño de Dios es que cada ciudadano del Reino aporte desde su gracia particular para la edificación de todos.

Esta perspectiva contrasta radicalmente con la cultura de este siglo, que exalta la competencia, la individualidad y la comparación. Mientras el mundo mide el valor de una persona por su éxito personal, el Reino afirma que cada miembro es valioso porque pertenece al cuerpo de Cristo. La ética del Reino no permite despreciar ni envidiar, sino reconocer y honrar la diversidad de dones.

Pablo enumera algunos de estos dones como expresión práctica de la vida comunitaria: ***“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsease conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Romanos 12:6 al 8)***. La ética del Reino, por lo tanto, no es solo un principio abstracto, sino una dinámica viva de servicio.

Cada don es una manifestación de la gracia del Rey en Su pueblo. Ninguno es superior al otro, todos son necesarios. La profecía no debe ser mirada como más importante que el servicio, ni el liderazgo como más valioso que la misericordia. El Reino no funciona bajo las categorías de prestigio humano, sino bajo la lógica del amor y de la edificación mutua.

El que preside debe hacerlo con responsabilidad, el que reparte con generosidad, el que enseña con fidelidad, y el que muestra misericordia con alegría. Así, cada uno refleja la cultura del Reino en el ejercicio de su don.

Aquí encontramos una enseñanza práctica de gran peso para la Iglesia de hoy. Muchos conflictos, divisiones y estancamientos espirituales surgen porque los creyentes olvidan que son miembros de un solo cuerpo y empiezan a competir entre sí. Cuando alguien busca reconocimiento, prestigio o control, está negando la ética del Reino. El verdadero ciudadano del Reino sirve con humildad, sabiendo que su función, aunque pequeña a los ojos humanos, es vital en el diseño de Dios.

Además, la ética del Reino se manifiesta en la forma en que pensamos de nosotros mismos y en cómo tratamos a los demás. Pablo advierte: ***“no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener”*** (Romanos 12:3). El peligro de la soberbia es real incluso dentro de la Iglesia. Por eso, la renovación de la mente incluye también aprender a valorarnos en la justa medida: ni despreciándonos como inútiles, ni exaltándonos como indispensables. La medida justa es la fe, es decir, la conciencia de que lo que somos y tenemos proviene del Rey y para Él existe.

El Reino de Dios se construye con ciudadanos que entienden su lugar en el cuerpo y ejercen su función con fidelidad. Esto nos lleva a reconocer que el culto verdadero no termina en la entrega personal del cuerpo (Romanos

**12:1**), sino que se amplía en la entrega comunitaria al servicio mutuo. El sacrificio vivo no es solo individual, sino también colectivo: una Iglesia que se presenta unida, santa, entregada, diversa en dones pero “una” en propósito.

El llamado de este pasaje es claro: si hemos recibido gracia, debemos vivir como administradores fieles de ella. Cada talento, cada habilidad, cada recurso, no nos pertenece en propiedad privada, sino que ha sido confiado para el bien del cuerpo. Así, la ética del Reino rompe con la lógica del egoísmo y abre camino a la cultura de la entrega.

Cuando una Iglesia asume esta verdad, se convierte en un testimonio poderoso en medio de un mundo fragmentado. El amor y la unidad del cuerpo son la evidencia de que el Reino está presente. No hay mensaje más contundente para una sociedad dividida que una comunidad donde cada miembro sirve con alegría, sin competencia, sin celos, sin orgullo. La ética del Reino se hace visible en la vida práctica de una Iglesia que vive como cuerpo de Cristo, unida bajo la cabeza que es nada menos que su propio Rey.

Si el sacrificio vivo es la base y el servicio en comunidad es el cuerpo, el amor es el alma de la ética del Reino. Pablo no tarda en llegar al núcleo de la vida cristiana cuando declara: ***“El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno” (Romanos 12:9)***. Aquí se despliega la clave final: el amor como ley suprema del Reino.

El amor que Pablo describe no es sentimentalismo ni emoción pasajera, sino la decisión radical de vivir conforme al carácter del Rey. Es un amor sincero, sin máscaras, sin doblez, sin intereses ocultos. No se trata de un amor aparente que sonrío en público pero guarda rencor en privado, sino de un amor que fluye del Espíritu y refleja el corazón del Padre. La ética del Reino exige autenticidad: la misma persona que ora en secreto es la que sirve en público; el mismo creyente que bendice con sus labios es el que cuida con sus manos.

Este amor se expresa en acciones concretas: ***“Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:10)***. El Reino no tolera la indiferencia ni la rivalidad, sino que nos llama a honrar a los demás más que a nosotros mismos. Mientras el mundo busca reconocimiento y aplauso, los ciudadanos del Reino buscan elevar a los demás. Aquí está la revolución del Reino: vivir en una cultura de honra, donde cada creyente reconoce la gracia en el otro y la celebra.

La ética del Reino también se manifiesta en la perseverancia y el fervor: ***“En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración” (Romanos 12:11 y 12)***. El amor no es pasivo, sino activo. Se muestra en la diligencia para servir, en el fervor del Espíritu, en la paciencia en la prueba y en la constancia de la oración. La vida del Reino no es una carrera de emociones momentáneas, sino una disciplina sostenida por la esperanza.

Además, la ética del Reino se concreta en la generosidad y la hospitalidad: ***“Compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad”*** (Romanos 12:13). El ciudadano del Reino no se cierra en sí mismo, sino que abre su vida, su casa y sus recursos. En un mundo marcado por el egoísmo y la acumulación, el Reino se manifiesta en la entrega y la solidaridad. Una Iglesia que comparte lo que tiene y practica la hospitalidad es una Iglesia que da testimonio visible de la realidad del Reino en la tierra.

Pero quizá el aspecto más desafiante de la ética del Reino aparece en los siguientes versículos: ***“Benedicid a los que os persiguen; bendicid, y no maldigáis”*** (Romanos 12:14). Aquí el Rey exige una ética que trasciende toda lógica humana. No se trata solo de amar a los hermanos, sino también a los enemigos. No basta con bendecir a quienes nos bendicen, sino también a quienes nos hieren. Este mandato nos coloca frente a la radicalidad del Evangelio: reflejar al Cristo que en la cruz oró por sus verdugos.

El Reino se manifiesta en una comunidad que se alegra con los que se alegran y llora con los que lloran (Romanos 12:15). La empatía, tan escasa en el mundo actual, es un rasgo esencial de la ética del Reino. Vivir en unidad no significa uniformidad, sino compartir profundamente las cargas y las alegrías. Cuando una Iglesia celebra con los que reciben bendición y se quebranta con los que sufren, revela al mundo un amor que solo puede nacer del Espíritu.

La exhortación continúa con un llamado a la humildad: ***“Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión”*** (Romanos 12:16). El Reino derriba las barreras sociales, rompe con la arrogancia intelectual y nos invita a caminar en sencillez. En el Reino no hay jerarquías humanas de poder, sino un solo Rey y una comunidad de hermanos que se sirven mutuamente.

El clímax del capítulo llega con la ética del perdón y la no venganza: ***“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”*** (Romanos 12:17 y 18). La ética del Reino no responde a la violencia con violencia, ni al insulto con insulto. Se rehúsa a caer en la espiral del odio, porque ha comprendido que el verdadero poder está en vencer el mal con el bien.

Finalmente, Pablo concluye con una de las declaraciones más revolucionarias del Evangelio: ***“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”*** (Romanos 12:21). Aquí está la cima de la ética del Reino. El mundo se defiende con las armas del mundo, pero el Reino vence con las armas del amor, la gracia y la misericordia. La victoria del Reino no está en dominar por la fuerza, sino en conquistar por el amor. Esta es la ética que encarnó el Rey en su cruz y que demanda de sus súbditos en cada generación.

La aplicación espiritual es ineludible. Cada uno de los hijos de Dios debemos preguntarnos: ¿Estamos viviendo bajo la ética del Reino o seguimos respondiendo con la lógica del mundo? ¿Nuestro amor es auténtico o fingido? ¿Honramos a los demás más que a nosotros mismo? ¿Somos generosos y hospitalarios? ¿Bendecimos a quienes nos injurian o persiguen? ¿Buscamos la paz y vencemos el mal con el bien? Estas preguntas no son retóricas, son el examen práctico de nuestra ciudadanía en el Reino.

El capítulo doce de Romanos es, en esencia, un manifiesto de la cultura del Reino. No es un simple código moral, sino la descripción de una vida transformada por el Espíritu Santo. Es la ética que nace del sacrificio vivo, que se expresa en la comunidad del cuerpo y que alcanza su plenitud en el amor incondicional. Es la vida de Cristo reproducida en Su pueblo, para gloria del Rey y testimonio al mundo.

Así, comprendemos que el Reino no es teoría, sino vida práctica. La ética del Reino es el culto verdadero: ofrecer la vida entera al Rey, renovar la mente con Su Palabra, servir con los dones en el cuerpo y amar sin fingimiento hasta vencer el mal con el bien. Esta es la cultura que transforma el mundo, porque es la cultura del Cordero que reina.



## Capítulo trece

# **EL REINO Y LAS AUTORIDADES**

*“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas.”*

Romanos 13:1

El Reino de Dios se presenta en la historia con una tensión particular: mientras Cristo reina como Señor absoluto, los hombres continúan organizados bajo estructuras de poder político y social. Esta coexistencia no es casual, sino parte del plan soberano de Dios. El apóstol Pablo lo expresa con claridad al iniciar el capítulo con este versículo tan polémico que hemos citado.

Aquí surge un principio fundamental para la ética del Reino en relación con el mundo: la autoridad humana es real, pero relativa. Ninguna estructura política, ningún gobernante ni ninguna ley tiene existencia autónoma; todas están bajo la soberanía del Rey supremo. Esto significa que los cristianos no viven en anarquía ni en rebeldía constante, sino que

reconocen que Dios, en su providencia, permite las autoridades para el orden de la sociedad. El Reino no anula la existencia de los gobiernos humanos, pero tampoco los absolutiza.

Es precisamente aquí donde califico este pasaje como polémico. En la mayoría de las naciones la política está marcada por la corrupción y, a lo largo de los siglos, la humanidad ha padecido dictaduras perversas que han provocado no solo guerras injustas, sino también una enorme cantidad de muertes. Ante esto surge la inevitable pregunta, que debemos hacer sin temor a ofender a Dios: ¿acaso el Señor designó personalmente a algunos de esos gobernantes corruptos y dictadores?

En un libro que escribí hace un tiempo, titulado “Autoridad de Reino”, desarrollé con más detalle mi perspectiva sobre este tema. En este caso, solo puedo afirmar que Dios es absolutamente soberano. Esto no significa que Él haga todo, sino que innegablemente lo permite todo. Debemos ser claros: si Dios no quisiera que algo suceda, lo impediría; y si quisiera que algo ocurra, simplemente intervendría.

Quienes discuten este punto suelen no comprender los alcances de la soberanía divina. Ahora bien, que Dios permita algo no significa que eso sea Su voluntad. De ninguna manera. No era Su voluntad que Adán comiera del fruto prohibido; sin embargo, lo permitió. Luego diseñó un plan para redimir aquel acto, un plan que ha tomado milenios y

que halló su consumación en Cristo, aunque aún espera su plena manifestación.

Si el propósito de Dios hubiese sido intervenir en cada evento humano para imponer Su voluntad perfecta, habría creado autómatas incapaces de decidir, pero no lo hizo. Dios creó seres libres y pensantes. Tras la caída, esos seres quedaron bajo la influencia y el gobierno de las tinieblas; y hasta que ese imperio sea completamente erradicado, continuará contaminando la tierra con su maldad.

Por ello, este capítulo de Romanos debe leerse con equilibrio espiritual. Por un lado, Pablo evita la tentación de despreciar o ignorar toda forma de autoridad civil. El creyente no puede vivir como si la ley terrenal no lo alcanzara, pues eso sería un testimonio contrario a la fe. Por otro lado, el texto también nos guarda de la idolatría política: no debemos otorgar a los gobernantes o sistemas de gobierno un lugar que solo corresponde a Cristo. Toda autoridad es delegada, nunca absoluta. El único Señor al que debemos lealtad incondicional es Jesús.

Pablo continúa diciendo: *“De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten acarrearán condenación para sí mismos”* (Romanos 13:2). Aquí se nos recuerda que la desobediencia sistemática a las autoridades, cuando estas cumplen su función legítima de mantener el orden y la justicia, es también una forma de resistir a Dios. El ciudadano del Reino debe ser ejemplar en su conducta: respetuoso de las leyes y

modelo de integridad. Pagar impuestos, obedecer las normas de tránsito y respetar la justicia civil son expresiones prácticas de un testimonio coherente con la fe.

Sin embargo, este mandato no implica obediencia absoluta. La misma Escritura enseña que cuando la autoridad humana pretende ocupar el lugar de Dios o imponer lo contrario a Su voluntad, el cristiano está llamado a obedecer a Dios antes que a los hombres (**Hechos 5:29**). La sumisión al Estado es relativa, siempre condicionada por la obediencia primera y suprema al Señor Jesucristo. El Reino nos enseña a ser buenos ciudadanos en la tierra, pero nunca a costa de traicionar nuestra lealtad al Rey eterno.

La reflexión de Pablo también toca el propósito de la autoridad civil: *“Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo”* (**Romanos 13:3**). El diseño divino es que la autoridad sea un instrumento para la justicia, para frenar la maldad y preservar el orden. El creyente que vive en la ética del Reino no debe temer a la autoridad si anda en justicia, porque el bien trasciende la ley humana y se arraiga en la voluntad de Dios.

La aplicación de este principio es sumamente práctica. En un mundo donde las ideologías dividen y los sistemas políticos cambian, los cristianos debemos recordar que ninguna nación ni gobierno tiene la última palabra. Los imperios pasan, pero el Reino permanece. La ética del Reino nos guarda de la desesperación política y de la idolatría

partidaria, recordándonos que todo poder humano está sujeto al Rey de reyes.

Esto no significa desentenderse de la realidad social. El creyente participa, vota, trabaja, cumple con sus deberes cívicos, pero lo hace desde la conciencia de que su verdadera ciudadanía está en los cielos (**Filipenses 3:20**). Esa doble conciencia nos permite estar en el mundo sin ser del mundo, obedecer las leyes justas sin rendir culto al poder, y denunciar con valentía toda pretensión idolátrica del Estado cuando pretende ocupar el lugar de Dios.

La exhortación de Romanos trece, entonces, nos ubica en un delicado balance: obedecer con responsabilidad, discernir con sabiduría y mantener la lealtad absoluta a Cristo. El Reino relativiza toda autoridad humana porque nos recuerda que ningún trono de la tierra puede compararse con el trono del Cordero. En la práctica, esto significa vivir como ciudadanos ejemplares de la nación terrenal, pero con los ojos puestos en la nación santa que nos define.

El Reino de Dios no ignora las estructuras humanas, pero las redefine en su soberanía. Cuando Pablo dice: *“No debáis a nadie nada, sino amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley”* (**Romanos 13:8**), nos está revelando una verdad central: la obediencia a las leyes terrenales es siempre relativa frente a la ley del amor. La ética del Reino no se reduce a un cumplimiento mecánico de normas o impuestos; es un principio de vida que transforma el corazón y guía toda acción. Amar al prójimo

no es un complemento, sino la esencia misma de toda relación correcta con Dios y con los hombres.

Esta instrucción nos enseña que la verdadera lealtad no se mide por la sumisión ciega al poder político, sino por la coherencia con el carácter del Rey. La obediencia al Estado es un acto de sabiduría y testimonio, siempre y cuando no contravenga la voluntad de Cristo.

Así, la ética del Reino crea una tensión saludable: respetamos la autoridad, pero no nos sometemos a ella como supremo, sino como delegado temporal del Señor. La historia de la Iglesia demuestra que los cristianos pueden ser ciudadanos responsables y, al mismo tiempo, valientes en la resistencia frente a leyes injustas. Los ejemplos de Daniel en Babilonia, de los apóstoles frente al Sanedrín, y de los mártires que desafiaron emperadores, nos muestran que la ética del Reino requiere discernimiento y coraje.

Pablo introduce la lógica de la prevención del mal: cumplir la ley del amor es suficiente para estar en paz con el prójimo y con las autoridades. En este contexto, el cristiano que ama no necesita buscar la aprobación constante de los gobernantes, ni ajustar su conciencia a cada norma humana, porque su vida está guiada por el Rey.

Esta perspectiva relativiza los sistemas humanos y coloca la obediencia en un plano consciente y espiritual. La ética del Reino no es pasiva; es un compromiso activo de vivir con integridad y coherencia, en medio de gobiernos que

pueden ser corruptos, justos o indiferentes, aunque esto implique padecer adversidades, persecuciones y violencia.

El Reino también transforma la manera en que interactuamos con los deberes cotidianos: tributos, regulaciones, contratos y responsabilidades civiles. El creyente no ve estas obligaciones como cargas, sino como oportunidades para reflejar la luz del Reino. Pagar impuestos, respetar la autoridad, cumplir deberes legales: todo esto se convierte en testimonio. Al hacerlo, la comunidad cristiana se convierte en ejemplo de orden, justicia y moralidad frente a la sociedad, mostrando que el Reino no solo es espiritual sino práctico.

Además, la obediencia relativa a las autoridades nos lleva a la dimensión de la formación moral y ética de la ciudadanía. Los hijos del Reino no debemos conformarnos con la mera sumisión; debemos buscar entender la voluntad de Dios en cada situación, discerniendo cuándo debemos cooperar y cuándo debemos resistir el mal institucional. Este discernimiento es fruto de la renovación de la mente, de la oración constante y de la sumisión a la autoridad de Cristo. Es el mismo principio que Pablo enseñaba al exhortar a vivir como **“hijos de la luz” (Efesios 5:8)**, incluso en medio de un mundo marcado por la oscuridad.

La práctica de esta ética exige paciencia, prudencia y equilibrio. No es simple cumplimiento de la ley ni rebelión sistemática, sino un vivir consciente: obedecer lo justo,

resistir lo injusto, amar a todos, temer a Dios, y mantener la esperanza firme en que el Rey eterno tiene la última palabra.

Esta vida requiere de vigilancia espiritual constante, porque es fácil caer en el exceso de sumisión que adora el poder, o en la rebeldía que ignora la autoridad legítima. El Reino nos enseña que la verdadera libertad no consiste en desafiar leyes humanas sin motivo, sino en vivir conforme a la ley del Rey de reyes, que guía con justicia y gracia.

El capítulo culmina con la urgencia de vivir despiertos, conscientes del tiempo y de la cercanía de nuestra salvación. Pablo dice: *“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”* (Romanos 13:11). Aquí, la obediencia relativa se une a la conciencia escatológica: no podemos dormir ni adormecernos en la comodidad de la ley humana, porque nuestra verdadera ciudadanía nos exige vivir con alerta y responsabilidad espiritual.

El Reino nos llama a revestirnos de Cristo, no solo en la obediencia externa, sino en la transformación interna. *“Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”* (Romanos 13:14). La ética del Reino no es un código moral impuesto por tradición, sino la vivencia concreta de la voluntad del Rey. Cada pensamiento, palabra y acción debe reflejar Su señorío. No basta cumplir con la ley; debemos encarnar la luz de Cristo en la manera de relacionarnos con la autoridad y con los demás.

Vivir como hijos de la luz implica abandonar las obras de la oscuridad: orgías, borracheras, contiendas y envidias. Pablo enfatiza que la ética del Reino exige coherencia y vigilancia: la obediencia a las autoridades terrenales se realiza desde la conciencia de la presencia de Dios en cada acto. La luz del Reino ilumina nuestra conducta, evitando que los ciudadanos del mundo nos arrastren a la corrupción, la injusticia o la pasividad espiritual.

Esta instrucción tiene una dimensión comunitaria profunda. Cada creyente que vive bajo la ética del Reino no solo protege su relación con Dios, sino que influye en la sociedad y en la comunidad cristiana. Su respeto a las autoridades, su amor al prójimo y su integridad ante la ley son reflejo del Rey que gobierna sobre todas las cosas. La obediencia relativa se convierte en testimonio: un faro de luz que guía a otros, enseñando que el Reino está presente incluso en medio de sistemas imperfectos.

Finalmente, Pablo nos recuerda que la verdadera victoria sobre el mal no se alcanza con el poder humano, sino con la fidelidad al Rey: obedeciendo cuando corresponde, resistiendo cuando es necesario y manteniendo la esperanza firme en la justicia de Dios. La vida del cristiano es un equilibrio dinámico: respeta la autoridad sin idolatrarla, actúa con integridad sin caer en la legalidad vacía, y siempre reconoce que Cristo es el único Señor absoluto.

El llamado es a vivir despiertos, en amor, obediencia y discernimiento, hasta que el Reino de Dios se manifieste

plenamente. La ética del Reino transforma nuestra relación con las autoridades humanas: nos hace ciudadanos responsables, discípulos atentos y testigos de la luz del Rey eterno en medio de la historia. Mientras los poderes terrenales ejercen control limitado, los creyentes vivimos en la perspectiva eterna, siempre conscientes de que toda autoridad está bajo el dominio supremo de Cristo.

***“Tuya, oh Señor, es la grandeza, el poder, la gloria, la victoria y la majestad, porque todo lo que hay en los cielos y en la tierra es tuyo. Tuyo es el reino, oh Señor, y eres exaltado sobre todo. De ti provienen la riqueza y la honra, y tú gobiernas sobre todo. En tu mano están el poder y la fortaleza, y en tu mano está el engrandecer y fortalecer a todos.”***

1 Crónicas 29:11 y 12



## Capítulo catorce

### **EL REINO EN LO ESENCIAL**

*“Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones.”*

Romanos 14:1

El capítulo catorce de la carta a los Romanos es, en apariencia, un pasaje de disputas menores: algunos creyentes comían de todo sin problema, otros se abstenían de ciertas comidas por conciencia; unos celebraban determinados días con devoción, otros no les daban importancia.

A primera vista, se trata de diferencias culturales y religiosas que no deberían merecer demasiada atención. Sin embargo, Pablo no las considera superficiales. Más bien, utiliza estas tensiones como una oportunidad para enseñar sobre la esencia del Reino de Dios y el modo en que éste gobierna la vida del creyente y de la comunidad.

El apóstol comienza diciendo que la idea no es contender sobre opiniones con nadie. Desde el inicio establece un principio apostólico: la Iglesia no debe levantar muros de juicio ni desprecio, sino abrir los brazos de la

acogida. No se trata de uniformar conciencias ni de suprimir las diferencias, sino de reconocer que cada creyente está en un proceso de madurez bajo el señorío de Cristo. Lo que Pablo denuncia no son las diferencias mismas, sino la actitud de juzgar y menospreciar que divide el cuerpo de Cristo.

En el contexto romano, estas tensiones surgían principalmente entre cristianos de trasfondo judío y cristianos de trasfondo gentil. Los primeros, educados en la Torá, acostumbraban guardar ciertos días y abstenerse de comidas consideradas impuras.

Los segundos, al haber recibido la libertad del Evangelio, no sentían la necesidad de observar tales costumbres. La tentación era clara: los gentiles podían caer en la arrogancia, creyéndose superiores por su “madurez”, mientras que los judíos convertidos podían juzgar a los gentiles como irreverentes. Ambos extremos negaban la verdad del Reino, pues Cristo había derribado la pared intermedia de separación (**Efesios 2:14**).

Pablo entonces declara la esencia del Reino: *“Porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (**Romanos 14:17**). Esta afirmación es un manifiesto espiritual. El Reino no puede reducirse a lo externo, a las formas o a los reglamentos visibles. No es la observancia de dietas lo que lo define, ni la adhesión a días específicos lo que lo asegura. El Reino es una realidad interior y dinámica que transforma al creyente desde el corazón y lo inserta en una comunidad donde Cristo reina.

La primera clave es la justicia. No se trata de una justicia meramente legalista o moralista, sino de la relación correcta que el creyente guarda con Dios y con el prójimo. Es la justicia recibida por la fe en Cristo (**Romanos 5:1**), pero también la justicia que se expresa en obras de amor y de obediencia. El cristiano justo no es el que impone su criterio, sino el que busca no ser piedra de tropiezo para su hermano (**Romanos 14:13**). La justicia del Reino se mide en la capacidad de edificar al otro, no en la fuerza de defender lo propio.

La segunda clave es la paz. No es un pacto superficial de no-agresión, sino la “Shalom” que proviene de Cristo resucitado. Es la paz que reconcilia al hombre con Dios y, por lo tanto, une a los hombres entre sí. En la práctica, esto significa aprender a convivir con quienes piensan distinto en asuntos secundarios, sabiendo que lo que nos une es infinitamente más grande que lo que nos separa. Pablo insiste: *“Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación”* (**Romanos 14:19**).

La tercera clave es el gozo en el Espíritu Santo. El Reino no se caracteriza por tensiones amargas, disputas interminables o rivalidades doctrinales, sino por un gozo profundo que brota del Espíritu. Allí donde los hombres discuten y se dividen por lo no esencial, el Espíritu recuerda que hay un gozo mayor: el de sabernos aceptados por Dios, amados en Cristo y sostenidos por Su gracia. Este gozo libera de la necesidad de imponer mi postura y abre la puerta a disfrutar la diversidad dentro de la comunidad.

Así, en esta primera parte, comprendemos que Pablo no está resolviendo un debate cultural pasajero, sino estableciendo la esencia del Reino de Dios en la Iglesia: una justicia que edifica, una paz que reconcilia y un gozo que une. Lo esencial no está en la mesa, ni en el calendario, sino en Cristo reinando en el corazón.

El apóstol Pablo no sólo define el Reino, sino que también enseña cómo se vive en comunidad. Una de las expresiones más notables de este capítulo es el respeto a la libertad de conciencia. Dice: ***“Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente”*** (Romanos 14:5). Con esta frase, Pablo reconoce que la fe auténtica no es una imposición externa, sino una convicción interna que el Espíritu forma en cada creyente.

Aquí radica una enseñanza fundamental: la libertad cristiana no es uniformidad impuesta, sino unidad en diversidad. El Reino no aplasta la conciencia, sino que la forma bajo el señorío de Cristo. Cada creyente es responsable de vivir delante del Señor con una conciencia limpia. Sin embargo, esa libertad no es un fin en sí misma, sino una oportunidad para servir al otro. El fuerte en la fe no debe despreciar al débil, y el débil no debe juzgar al fuerte, porque ***“cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”*** (Romanos 14:12).

Este equilibrio entre libertad y amor es la clave del Reino en lo práctico. La libertad sin amor se convierte en

arrogancia; el amor sin libertad se vuelve esclavitud. El Reino exige un camino más alto: la libertad ejercida en amor, y el amor practicado en libertad. El cristiano maduro no se gloria en hacer todo lo que su conciencia le permite, sino en renunciar a lo propio para no ser tropiezo a su hermano. Por eso Pablo afirma: ***“Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite” (Romanos 14:21).***

Este principio es radicalmente contracultural. Vivimos en tiempos donde cada uno busca afirmar su derecho, defender su opinión y ejercer su autonomía. Pero el Reino nos enseña otra lógica: la del servicio, la de la renuncia por amor, la de la cruz. La verdadera grandeza del creyente no se mide por cuán libre se siente, sino por cuán dispuesto está a usar su libertad para edificar al otro.

En la práctica eclesial contemporánea, esta enseñanza tiene un alcance inmenso. Las iglesias de hoy a menudo se dividen por cuestiones de formas litúrgicas, estilos musicales, énfasis teológicos secundarios o costumbres culturales. Romanos catorce nos invita a levantar la mirada: el Reino no consiste en esas cosas, sino en Cristo. La pregunta no debe ser: “¿Quién tiene razón en lo secundario?”, sino: “¿Cómo podemos edificar juntos en lo esencial?”.

Este capítulo nos recuerda también que la unidad no es uniformidad. La diversidad de la Iglesia es una expresión de la multiforme gracia de Dios (**1 Pedro 4:10**). La clave está en no absolutizar lo relativo ni relativizar lo absoluto. Lo

esencial del Reino es innegociable: la justicia que viene por la fe, la paz de Cristo que reconcilia y el gozo del Espíritu que nos fortalece. Lo secundario debe tratarse con paciencia, libertad y amor. Allí donde lo accesorio divide, el Reino se debilita; donde Cristo es exaltado, la unidad florece.

La última sección de Romanos catorce nos lleva al corazón de la vida cristiana: *“El que duda, si come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado”* (Romanos 14:23). Con esta sentencia, Pablo establece un principio profundo y decisivo: el fundamento de toda acción en el Reino no es la costumbre, ni la opinión de la mayoría, ni la tradición, sino la fe. La vida cristiana no se regula por normas externas, sino por la confianza interna que busca agradar a Dios.

Esto cambia radicalmente la manera de vivir. La pregunta ya no es: “¿Está permitido o prohibido?”, sino: “¿Esto glorifica a Cristo y edifica a mi hermano?”. En el Reino, la fe se convierte en la brújula de la conciencia. Vivir por fe significa actuar con la certeza de que lo que hago está sometido al señorío de Cristo y brota de la confianza en Su gracia. Cuando el creyente actúa sin esa convicción, aun en cosas aparentemente insignificantes, se desvía de la esencia del Reino.

El Reino en lo esencial, entonces, se resume en esta triada: justicia, paz y gozo en el Espíritu. La justicia se manifiesta en relaciones sanas, libres de juicio y desprecio. La paz se concreta en la mutua edificación, renunciando a

preferencias por amor. El gozo en el Espíritu se mantiene como un canto común que une al pueblo en gratitud. Todo esto se sostiene en la fe, que convierte cada decisión, cada práctica y cada renuncia en una ofrenda al Rey.

Apostólicamente, este principio es vital. Un líder maduro no esclaviza las conciencias imponiendo normas humanas, ni fomenta un libertinaje irresponsable. Enseña a distinguir lo esencial de lo secundario, guiando al pueblo a vivir por fe en todo. La Iglesia necesita líderes que comprendan la amplitud del Reino y que enseñen a edificar en medio de la diversidad. El desafío es grande, pero el testimonio de la Iglesia depende de ello.

Finalmente, este capítulo de Romanos, es un llamado profético para nuestra generación. En un mundo polarizado, donde las diferencias culturales, políticas y sociales se convierten en trincheras, la Iglesia está llamada a mostrar otro camino: el del Reino en lo esencial.

Allí donde el mundo ve incompatibilidad, Cristo muestra unidad. Allí donde el hombre levanta muros, el Espíritu construye puentes. Allí donde lo accesorio se convierte en causa de división, el Reino recuerda que lo eterno está en justicia, paz y gozo en el Espíritu.

Si la Iglesia de hoy aprende a vivir en esta esencia, será un faro de esperanza en medio de las tinieblas. Su testimonio no se basará en imponer costumbres ni en pelear por lo secundario, sino en mostrar la vida del Reino que transforma

conciencias, reconcilia comunidades y llena de gozo a los que viven bajo el señorío de Cristo. Esa es la belleza de la joya doctrinal que Pablo nos regala en **Romanos 14**: el Reino no se reduce a lo externo, sino que brilla en lo esencial, allí donde Cristo reina con justicia, paz y gozo eterno.

Amados hermanos, la Palabra nos ha mostrado que el Reino no se fundamenta en reglas externas ni en disputas por lo secundario. El desafío para la Iglesia de hoy es vivir en esa esencia de la justicia del Reino. No nos dejemos arrastrar por contiendas que dividen ni por opiniones que hieren. Que cada uno de nosotros decida en el corazón no ser tropiezo para nuestros hermanos, sino de edificación para sus vidas.

Los invito a que examinemos nuestra conciencia delante del Señor. Preguntámonos: ¿estamos viviendo para agradar a Cristo o para imponer nuestra postura doctrinal? ¿Estamos construyendo la paz del Reino en nuestra comunidad o alimentando divisiones innecesarias? ¿Nuestra libertad sirve al amor o la estamos usando para nuestro propio beneficio? Recordemos que todo lo que no proviene de fe es pecado, y que lo esencial del Reino se sostiene en una vida que confía en Cristo y se rinde a Su señorío

*“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.”*

1 Timoteo 1:17

## Capítulo quince

### **LA EXPANSIÓN DEL REINO**

*“Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos.”*

Romanos 15:1

El Reino de Dios nunca fue pensado como un espacio reducido a un solo pueblo, a una sola cultura o a una sola tradición. Desde los albores de la revelación, el Señor había anticipado que la semilla de Abraham sería bendición para todas las naciones de la tierra (**Génesis 12:3**).

Sin embargo, fue en Cristo donde esta promesa halló su plenitud y donde se desplegó con toda su fuerza la realidad de un Reino sin fronteras. El capítulo quince de la carta a los Romanos nos presenta justamente esa visión universal del Evangelio: un Reino que no se limita a Israel, sino que se expande hasta alcanzar a los confines de la tierra.

Pablo, en este pasaje, retoma la tensión que existía en la iglesia de Roma entre judíos y gentiles, y muestra cómo el plan eterno de Dios no consistía en favorecer a uno por

encima del otro, sino en reconciliarlos a ambos en Cristo. Por eso declara: *“Les digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia”* (Romanos 15:8 y 9). En estas palabras encontramos un hilo conductor que atraviesa toda la historia bíblica: el Dios que guarda fidelidad a su pacto con Israel es el mismo que abre las puertas de Su Reino a las naciones.

La expansión del Reino no es, entonces, un añadido accidental o un plan alternativo, sino la consumación del designio divino. Cristo vino primero como siervo de la circuncisión, cumpliendo lo anunciado por los profetas y mostrando que Dios es fiel a lo que prometió a los patriarcas.

Pero ese mismo Cristo, en Su obediencia hasta la cruz, extendió la gracia más allá de los límites de Israel, derramando su sangre no solo por una nación, sino por todo el mundo (**Juan 11:51 y 52**). El Reino no se concibe como un coto cerrado de privilegios, sino como una mesa abierta donde judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, encuentran un mismo lugar bajo el señorío de Jesús.

Este principio tiene una enorme carga apostólica y práctica para la Iglesia de todos los tiempos. Significa que la comunidad cristiana no puede definirse por exclusiones, nacionalismos ni por superioridades étnicas o culturales. El Evangelio que Pablo predica es radicalmente inclusivo en su esencia, porque no depende de los méritos humanos, sino de

la misericordia divina. La frase *“para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia”* (Romanos 15:9), revela que lo que nos une no es un mismo origen, ni una misma tradición, sino la gracia que nos alcanzó a todos.

Pablo, consciente de la necesidad de fundamentar esta verdad, cita varios pasajes del Antiguo Testamento que muestran cómo desde tiempos antiguos estaba anunciado que los gentiles serían parte del pueblo de Dios. Así escribe: *“Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles, y cantaré a tu nombre”* (Romanos 15:9; cf. Salmo 18:49). Y también: *“Alegraos, gentiles, con su pueblo”* (Romanos 15:10; cf. Deuteronomio 32:43).

Y más aún: *“Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos”* (Romanos 15:11; cf. Salmo 117:1). Finalmente recuerda la profecía mesiánica: *“Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él”* (Romanos 15:12; cf. Isaías 11:10). Estas citas no son decorativas, sino un argumento sólido que conecta la misión universal de Cristo con la fidelidad de Dios a las Escrituras.

Aquí resplandece con particular fuerza la figura de Cristo como esperanza de las naciones. Pablo declara: *“En él esperarán los gentiles”* (Romanos 15:12). En un mundo dividido por muros culturales, religiosos y políticos, Jesús se presenta como el centro de unidad y como el único capaz de dar verdadera esperanza. El Reino no se expande mediante conquistas humanas ni imposiciones externas, sino por la

proclamación de un Rey que ofrece vida y reconciliación a todos. En Él, la esperanza no está reservada a unos pocos, sino abierta a quienes se acercan con fe desde cualquier rincón del planeta.

Este mensaje es profundamente relevante hoy. Vivimos en un tiempo en el que resurgen los nacionalismos, los prejuicios raciales y las divisiones sociales. La Iglesia, sin embargo, está llamada a ser una señal visible de ese Reino que trasciende las barreras y que refleja la multiforme gracia de Dios.

No podemos limitarnos a defender nuestros espacios internos ni a encerrarnos en comunidades homogéneas. El Reino se expande cuando dejamos que el Evangelio toque a quienes son diferentes, cuando abrimos nuestras congregaciones y nuestros corazones a los que vienen de otras culturas, lenguas o realidades.

En la práctica, esto significa renunciar a toda forma de elitismo espiritual. Significa reconocer que no somos dueños del Evangelio, sino testigos de una gracia que nos sobrepasa. Así como Israel fue escogido no para sí mismo, sino para ser canal de bendición, también la Iglesia está llamada a vivir con las puertas abiertas. El Reino se expande cuando la comunidad de Cristo refleja su carácter inclusivo y cuando proclama que en Él hay esperanza para todos.

Por eso Pablo eleva una oración en este mismo capítulo, que bien puede convertirse en clamor de la Iglesia

actual: ***“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).*** Esta no es una frase aislada, sino la conclusión lógica de todo el argumento: si Cristo es la esperanza de los gentiles, entonces el pueblo de Dios debe vivir lleno de gozo, paz y esperanza, confiando en que el Espíritu continuará expandiendo el Reino hasta alcanzar a los confines de la tierra.

El corazón de Pablo ardía con un fuego que no podía contenerse dentro de los límites de Israel. Su encuentro con Cristo en el camino a Damasco lo transformó en un hombre poseído por una visión: la proclamación del Reino hasta los confines de la tierra. En Romanos quince encontramos una de las declaraciones más apasionadas acerca de su vocación misionera. Dice el apóstol:

***“Más os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles les sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”***

Romanos 15:15 y 16

Aquí Pablo se describe como un sacerdote del Reino. Su ministerio no se limita a predicar con palabras, sino a presentar a los gentiles como una ofrenda viva, santificada por el Espíritu, delante de Dios. La imagen es profundamente litúrgica: así como en el templo los sacerdotes ofrecían sacrificios en el altar, Pablo entiende que su misión consiste

en ofrecer pueblos enteros al Señor mediante la predicación del Evangelio. Esto revela que la expansión del Reino no es meramente geográfica, sino profundamente espiritual y sacramental. El fruto de la misión no son números ni estadísticas, sino comunidades transformadas que glorifican al Rey eterno.

***“Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere. Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios.”***

Romanos 15:17 al 19

En estas palabras el apóstol Pablo revela una clave esencial del Reino: la misión no es humana, es divina; no depende de estrategias meramente terrenales, sino del poder del Espíritu Santo que respalda la proclamación del Evangelio.

El Reino se expande cuando Cristo mismo obra a través de sus siervos. Pablo predica con palabras, pero esas palabras están acompañadas de obras, de señales, de prodigios y de un poder espiritual que transforma realidades. No se trata de una elocuencia vacía, sino de una proclamación respaldada por la acción visible de Dios en la historia. El Reino no avanza con propaganda humana, sino con la demostración del Espíritu y de poder (**1 Corintios 2:4**).

En este mismo pasaje, Pablo traza un mapa espiritual de su misión: ***“De manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo” (Romanos 15:19)***. La expresión “llenar del evangelio” nos muestra que la expansión del Reino no es parcial ni superficial. No se trata de una siembra aislada, sino de un testimonio constante que busca impregnar territorios enteros con la luz de Cristo.

El apóstol no se conforma con predicar en lugares donde el Evangelio ya fue anunciado, sino que tiene como pasión llegar a donde nadie lo ha oído. Por eso añade: ***“Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno” (Romanos 15:20)***.

Este deseo de abrir camino en territorios inexplorados refleja la esencia misma de la expansión del Reino. No es un Evangelio que se acomoda en lo seguro, sino que se aventura hacia lo desconocido. El Reino crece en la frontera, en los lugares donde la oscuridad aún parece dominar, en las culturas que todavía no han escuchado el nombre de Cristo. Allí, en medio de lo extraño y lo nuevo, el Evangelio resplandece con más fuerza, mostrando que la gracia de Dios no conoce límites.

El mismo Pablo encuentra en **Isaías 52:15** la confirmación de su llamado: ***“A los que nunca les fue anunciado acerca de él, verán; y los que nunca han oído de él, entenderán” (Romanos 15:21)***. La misión del Reino está

impulsada por esta convicción profética: hay pueblos que aún no han oído, y la Iglesia tiene el deber sagrado de llevarles la luz. La expansión del Reino no es opcional ni secundaria, sino parte esencial del propósito eterno de Dios.

Aplicado a nuestra realidad, este pasaje nos invita a examinar la manera en que entendemos la misión. Muchas veces la Iglesia se encierra en lo conocido, dedicando todas sus fuerzas a mantener estructuras internas, pero olvidando que el Reino se caracteriza por su dinamismo y por su apertura hacia “los de afuera”.

Pablo nos recuerda que aún hay territorios espirituales no alcanzados, ciudades y comunidades donde Cristo no ha sido nombrado. El desafío es preguntarnos: ¿tenemos el mismo celo que Pablo por llevar el Evangelio donde aún no resplandece la luz del Reino?

Este llamado también nos exhorta a revisar la motivación de nuestro servicio. Pablo no buscaba prestigio, ni reconocimiento, ni edificar sobre la obra de otro. Su objetivo era claro: llevar a Cristo a los que no lo conocían. En contraste, muchas veces los ministerios modernos se miden por la competencia, por el tamaño de la obra o por la visibilidad de sus proyectos. El Reino, sin embargo, no se expande bajo esas lógicas humanas, sino bajo la obediencia radical al Espíritu que envía más allá de lo cómodo.

Es aquí donde la dimensión apostólica se vuelve urgente. El Reino que se expande necesita de hombres y

mujeres dispuestos a dejar atrás seguridades y emprender caminos nuevos. No todos seremos llamados a cruzar océanos, pero sí todos estamos llamados a vivir con un espíritu misionero: abrir nuestros hogares, nuestras comunidades y nuestras agendas a aquellos que aún no conocen a Cristo.

El Reino se expande cuando un creyente decide compartir su fe en el lugar de trabajo, cuando una iglesia se compromete con la misión transcultural, cuando una comunidad decide mirar más allá de sus fronteras locales y reconocer que el Evangelio es para todas las naciones.

La pasión de Pablo se convierte así en un modelo para nosotros. Su ministerio fue sacerdotal, misionero y profético, pero sobre todo fue un ministerio en el poder del Espíritu. Si queremos ver la expansión del Reino en nuestro tiempo, no bastan los planes ni las estrategias humanas; necesitamos clamar por una nueva visitación del Espíritu que nos impulse con valentía y nos guíe a los lugares donde Cristo todavía no ha sido anunciado.

El Reino de Dios no se concibe sin la cooperación de los santos. Pablo, en la conclusión de este capítulo, muestra cómo la expansión del Evangelio no fue un esfuerzo individual, sino una empresa colectiva, donde cada iglesia, cada creyente y cada comunidad tenían un papel en el cumplimiento del plan de Dios.

El apóstol habla con ternura y con visión apostólica de su relación con los hermanos de Roma, de su deseo de visitarlos y de cómo esperaba que ellos se unieran a su misión hacia España (**Romanos 15:23 y 24**). Este detalle histórico tiene una resonancia teológica profunda: la misión del Reino se cumple cuando la Iglesia, en unidad, se convierte en socia activa del plan de Cristo.

El apóstol no se ve a sí mismo como un héroe solitario, sino como parte de una red viva de comunidades que oran, sostienen y participan en la obra. Por eso menciona la colecta para los pobres de Jerusalén, diciendo:

*“Más ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén. Pues les pareció bueno, y son deudores a ellos.”*

Romanos 15:25 al 27

Aquí comprendemos que la expansión del Reino no se limita a la predicación, sino que incluye la solidaridad práctica, la ayuda mutua y el compartir de los recursos para que nadie quede excluido de la comunión de los santos.

Este principio es esencial: la misión del Reino es espiritual, pero también material. No se trata solo de palabras, sino de hechos que manifiestan el amor de Cristo. La colecta para Jerusalén no era una simple ayuda humanitaria; era una proclamación visible de la unidad del cuerpo de Cristo.

Los gentiles, al sostener a los creyentes judíos, mostraban que el muro de separación había sido derribado (**Efesios 2:14**), y que la Iglesia estaba llamada a vivir como una familia donde todos comparten y todos sirven. Así, el Reino se expande no solo por la predicación, sino por la unidad en el amor.

Pablo, al escribir estas líneas, también deja entrever la fragilidad y el costo de la misión. Pide a los hermanos que oren por él: *“Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea aceptada”* (**Romanos 15:30 y 31**). La expansión del Reino no ocurre sin resistencia, sin oposición ni sin riesgos. Pablo sabe que será perseguido, que enfrentará enemigos, y aun así pide oración para que el propósito del Evangelio prevalezca. Esto nos enseña que el avance del Reino depende, en parte, de la intercesión fiel del pueblo de Dios.

La cooperación en la misión no es solo financiera ni logística, es también espiritual. Cada oración levantada por la Iglesia se convierte en parte del movimiento del Reino. Cada creyente, aun sin viajar a tierras lejanas, participa en la expansión cuando intercede por los que han sido enviados. Así, la misión deja de ser obra de unos pocos para convertirse en una responsabilidad compartida.

En última instancia, todo apunta a la gloria de Cristo. Pablo ve en la unidad entre judíos y gentiles, en la cooperación entre iglesias y en la expansión de la misión, una sola meta: que Cristo sea glorificado como Rey de todos los pueblos. ***“Para que con unánimes y a una voz glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 15:6)***. La diversidad de la Iglesia no es un obstáculo, sino un coro de voces que, en su pluralidad, exaltan a un mismo Señor. El Reino se expande no para engrandecer nombres humanos, sino para que el nombre de Cristo resplandezca en todas las naciones.

Este capítulo nos deja una enseñanza crucial para nuestra generación. Vivimos en un mundo globalizado donde las distancias se acortan, pero donde también persisten divisiones y egoísmos. La Iglesia está llamada a encarnar el mismo espíritu que animaba a Pablo: un compromiso con la misión universal, una cooperación activa en la obra del Reino y una pasión por la gloria de Cristo en todas partes.

No podemos encerrarnos en nuestras comunidades locales, como si el Evangelio fuera solo para nuestro beneficio. Estamos insertos en un movimiento que trasciende culturas, idiomas y geografías, y que tiene como meta final que toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor (**Filipenses 2:10 y 11**).

El Reino que se expande nos confronta con una pregunta pastoral y existencial: ¿estamos siendo parte activa de ese movimiento, o nos hemos conformado con un

cristianismo reducido a lo interno? La carta a los Romanos nos llama a mirar más allá de nuestras fronteras, a participar en la misión de Cristo, y a reconocer que cada recurso, cada oración y cada acto de amor contribuyen a la obra universal del Reino.

Hermanos, no olvidemos que el Evangelio no se limita a Israel ni a nuestra cultura, ni siquiera a nuestra congregación local. El Evangelio pertenece a las naciones porque Cristo es el Rey de todas ellas. Cuando la Iglesia entiende esto, se convierte en un instrumento poderoso para la transformación del mundo.

Por eso, al cerrar este capítulo, elevo un llamado apostólico: Abramos nuestros corazones y nuestras comunidades a la misión de Cristo. Seamos una Iglesia que ora, que comparte, que envía y que proclama con valentía. Seamos una Iglesia que no se enreda en disputas internas, sino que mantiene la mirada en la gran visión del Reino. Seamos una Iglesia que, como Pablo, se atreve a soñar con territorios nuevos, con pueblos no alcanzados, con fronteras que aún esperan la luz de Cristo.

***“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”***

Mateo 28:19 y 20

## Capítulo dieciséis

### **EL TRIUNFO DEL REINO**

*“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos...”*

Romanos 16:25

El final de la carta a los Romanos no es un simple saludo epistolar que cierra formalmente las páginas de la doctrina más profunda del Nuevo Testamento. En realidad, es la culminación de una sinfonía donde el apóstol Pablo, después de exponer la grandeza de la justicia de Dios, la universalidad de la gracia, la vida en el Espíritu y la esperanza del Reino, muestra cómo esa realidad se encarna en una comunidad concreta: hombres y mujeres que, en su diversidad y fragilidad, son testigos de la victoria del Rey. La teología de los capítulos previos encuentra aquí su expresión más tangible: el Reino no es solo un concepto doctrinal, es una comunión real, visible, donde el amor y el servicio son la evidencia de que Cristo reina.

Pablo dedica tiempo a nombrar personas, a reconocer rostros, a honrar la fidelidad de hermanos y hermanas que, en

diferentes lugares, se han convertido en columnas del testimonio de Cristo. Al hacerlo, nos recuerda que el Reino de Dios no avanza en abstracto, sino en la carne y en la historia de quienes creen y obedecen.

Priscila y Aquila, Andrónico y Junias, Rufo y su madre, y tantos otros nombres inscritos en este capítulo (**Romanos 16:3 al 16**), son parte de una larga procesión de testigos que manifiestan que el Reino es una realidad que se encarna en la comunión de los santos. Cada nombre refleja un triunfo: el triunfo del amor sobre el egoísmo, del servicio sobre la indiferencia, de la unidad sobre la división.

La comunión real del Reino se edifica no sobre jerarquías humanas ni sobre estructuras frágiles, sino sobre el fundamento de Cristo, quien es Señor de todos. El hecho de que Pablo mencione a tantos colaboradores de distintos orígenes, hombres y mujeres, judíos y gentiles, libres y esclavos, muestra que el Reino rompe las fronteras de los sistemas del mundo.

Aquí hay una victoria silenciosa pero contundente: el muro que separaba a unos de otros ha sido derribado (**Efesios 2:14**), y en la comunidad de fe, todos son uno en Cristo Jesús (**Gálatas 3:28**). La Iglesia, en su comunión, encarna la victoria del Reino frente a la fragmentación del mundo.

Sin embargo, Pablo no idealiza la comunidad. También advierte contra aquellos que causan divisiones y tropiezos, exhortando a los creyentes a apartarse de ellos

**(Romanos 16:17).** El Reino no se sostiene en falsas apariencias de unidad, sino en la verdad del evangelio. Por eso, el apóstol recuerda que el amor no es ingenuo: el amor del Reino discierne, separa lo santo de lo profano, lo verdadero de lo falso, lo que edifica de lo que destruye. La comunión real del Reino es una comunión probada, vigilante y perseverante, porque sabe que el enemigo busca dividir para debilitar.

Es aquí donde emerge una de las declaraciones más gloriosas de toda la carta: ***“Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies...”*** (Romanos 16:20). No es un triunfo lejano, reservado solo para el fin de los tiempos; es una victoria presente que anticipa la consumación. La comunidad que vive en amor y fidelidad se convierte en el terreno donde el Dios de paz despliega su poder. La victoria no viene de estrategias humanas ni de la fuerza del hombre, sino del Dios que reina y que, en Su Reino, otorga a Su pueblo autoridad sobre el enemigo.

El contraste es sublime: el Dios de paz aplasta. El que trae reconciliación, el que establece la armonía de su Reino, es también el que derrota al destructor. La paz no es pasividad; la paz de Cristo es activa, es un poder que expulsa la violencia del maligno y establece el orden divino. Por eso, la promesa es doble: por un lado, el pueblo experimenta la ternura de la paz de Dios en su comunión; por otro, se convierte en instrumento de victoria frente a las tinieblas. El Reino triunfa porque el Rey ya venció en la cruz, y esa

victoria se actualiza en la vida de la comunidad que vive en obediencia.

La grandeza de este desenlace es que no termina en un individuo, sino en un cuerpo. El Reino no es triunfo de héroes aislados, sino de una comunidad que, en Cristo, se convierte en un pueblo real, llamado a gobernar en amor y a servir en unidad. La victoria del Reino se canta en los nombres de los santos, en las casas abiertas para la misión, en los sacrificios silenciosos de quienes dan su vida por el evangelio. El triunfo del Reino está en los pies de la Iglesia que camina firme, porque bajo esos pies el Dios de paz está aplastando a Satanás.

Este cierre apostólico de la carta nos recuerda que la teología no se agota en conceptos, sino que desemboca en una praxis viva. La victoria del Reino no es una teoría, es una realidad que se celebra en cada saludo, en cada abrazo fraternal, en cada mesa compartida, en cada oración que une corazones. Y es aquí, en la comunidad, donde la promesa se hace carne: Cristo reina, y su Reino triunfa en la paz, en el amor y en la victoria sobre el enemigo.

Cuando Pablo escribe a los romanos y dedica todo un capítulo a saludos personales, está enseñando, sin decirlo explícitamente, que el Reino de Dios se edifica en relaciones concretas. El Reino no es una idea etérea ni un proyecto abstracto; es vida compartida, servicio mutuo, fidelidad cotidiana. El evangelio de Cristo encuentra su triunfo en los vínculos de amor que se forjan entre los redimidos. Así, cada

nombre citado en esta carta es como una piedra viva que forma parte de un templo espiritual, donde Cristo es la piedra angular.

Esta realidad es profundamente contracultural. El mundo, regido por el egoísmo y la competencia, exalta a unos pocos y olvida a la mayoría. El Reino, en cambio, recuerda, honra y valora incluso los actos más pequeños de servicio. Cuando Pablo menciona a Febe, a María, a Trifena y Trifosa, reconoce el lugar de las mujeres en la obra del Reino (**Romanos 16:1 al 12**).

Cuando saluda a trabajadores anónimos en el evangelio, está declarando que no hay labor oculta para los ojos del Rey. Todo esfuerzo realizado en amor, aunque sea invisible para el mundo, resplandece en el Reino.

Aquí descubrimos un aspecto esencial de la victoria del Reino: la grandeza de Cristo se refleja en la humildad de su pueblo. El triunfo del Reino no se mide por la fama, sino por la fidelidad. No consiste en imponerse con poder humano, sino en servir con amor divino.

El Señor que lavó los pies de sus discípulos (**Juan 13:14 y 15**) sigue manifestando su victoria en aquellos que se arrodillan para servir. Así, el Reino triunfa sobre la lógica del mundo, porque donde el mundo exalta el orgullo, Cristo exalta la humildad; donde el mundo premia la ambición, el Reino honra la entrega; donde el mundo celebra la fuerza, el Reino se gloria en la cruz.

Pablo, además, alude al poder de la comunión como un antídoto contra el enemigo. En su advertencia contra los que causan divisiones, les recuerda a los creyentes que sean sabios para el bien e ingenuos para el mal (**Romanos 16:19**). El triunfo del Reino no está en conocer las maquinaciones del maligno, sino en fijar los ojos en la bondad del Rey.

La verdadera sabiduría no consiste en explorar las tinieblas, sino en perseverar en la luz. La Iglesia vence al enemigo no porque se obsesione con sus planes, sino porque se arraiga en la bondad, la justicia y la verdad.

El Reino se expande y triunfa allí donde hay perseverancia en la fidelidad. Pablo, al reconocer a sus colaboradores, está celebrando que el evangelio ha echado raíces en Roma, el corazón del imperio. El Reino de Cristo se planta en el centro del poder humano para mostrar que la verdadera autoridad no está en César, sino en el Cordero. Lo que parecía pequeño, unas casas donde se reunían creyentes perseguidos, en realidad era la semilla de una victoria que alcanzaría las naciones. El triunfo del Reino es así: silencioso pero imparable, humilde pero eterno.

Y en medio de esa visión, surge la promesa gloriosa de aplastar a Satanás. No se trata solo de una victoria futura, sino de una realidad que ya se anticipa en la vida de la comunidad. El triunfo del Reino no depende de la fuerza de la Iglesia, sino de la fidelidad de Dios. Él es el que aplasta, pero lo hace bajo los pies de su pueblo. Esto significa que la Iglesia participa activamente de la victoria de Cristo. La derrota de

Satanás no es un espectáculo que la Iglesia contempla desde lejos, sino una experiencia en la que camina con autoridad delegada.

El Reino triunfa cuando la Iglesia vive como pueblo real, consciente de que su identidad está en Cristo y su victoria asegurada por la cruz y la resurrección. El Dios de paz, que reina en la eternidad, ha puesto en las manos de Su pueblo la misión de anunciar la derrota del enemigo y la manifestación del Reino.

Por eso, cada acto de fidelidad, cada oración perseverante, cada gesto de amor es una proclamación de la victoria de Cristo. El Reino no triunfa por grandes conquistas humanas, sino por la obediencia de un pueblo que cree en la promesa: Cristo ha vencido, y su victoria se manifiesta en nosotros.

La paz, en este contexto, no es un estado pasivo ni meramente emocional. Es el fruto de un Reino que ha derrotado las fuerzas del caos. La paz de Cristo es activa: establece orden en medio del desorden, restaura lo que estaba roto, reconcilia lo que estaba dividido. Cuando el Dios de paz aplasta a Satanás, lo que queda es la plenitud de Su “Shalom”, esa paz integral que abarca espíritu, alma y cuerpo, y que se refleja en la comunión de la Iglesia. Allí radica el verdadero triunfo del Reino: en la instauración de una paz que el mundo no puede dar ni arrebatarse (**Juan 14:27**).

Así, el desenlace de Romanos nos invita a mirar la victoria no como un evento lejano, sino como una realidad presente. Cada creyente, cada iglesia local, cada comunidad de fe que persevera en el amor y en la verdad es un testimonio viviente de que el Reino ya triunfa.

El enemigo es derrotado no cuando desaparece toda oposición, sino cuando el pueblo de Dios se mantiene firme, unido y lleno de esperanza. La victoria no está en que no haya luchas, sino en que, en medio de ellas, la paz de Cristo gobierna y Satanás es vencido bajo los pies del pueblo de Dios.

La culminación de la carta a los Romanos nos lleva a una visión majestuosa: la Iglesia, llamada a la comunión real en Cristo, es también la comunidad en la que el Reino se manifiesta en su plenitud. Pablo, después de los saludos personales y de las advertencias, concluye con una doxología que resuena como un himno de victoria: ***“Mas al Dios eterno, sabio, sea gloria por medio de Jesucristo para siempre. Amén”*** (Romanos 16:27). Estas palabras no son una simple formalidad; son la declaración teológica más profunda de todo el libro: el triunfo del Reino no depende de nosotros, sino del Dios que reina.

El pueblo de Dios está llamado a vivir como protagonista de ese triunfo. La comunión que se vive entre creyentes no es solo social, sino teológica: es la expresión tangible de un Reino que tiene autoridad sobre todo lo creado. Cada gesto de amor, cada acto de servicio, cada

expresión de fidelidad es un reflejo del reinado de Cristo en medio del mundo. Por eso, Pablo dedica espacio a nombrar y honrar a quienes han servido fielmente: son testigos de que la victoria del Reino se despliega cuando la Iglesia actúa en unidad y con amor.

La promesa de aplastar al enemigo bajo los pies del pueblo (**Romanos 16:20**) no es una invitación a la violencia, sino a la autoridad espiritual que surge de la obediencia a Cristo. La Iglesia, consciente de su identidad en el Señor, camina con autoridad y confianza, proclamando la victoria del Evangelio en cada palabra y acción. Esta es una invitación a vivir con valentía: cada miembro del cuerpo de Cristo está llamado a ser instrumento de paz, de reconciliación y de juicio espiritual contra las fuerzas que buscan destruir la obra del Reino.

El triunfo del Reino se expresa también en la paz que gobierna la comunidad. La paz no es un ideal abstracto ni un sueño lejano, sino fruto del reinado de Cristo en los corazones. Es la paz que permite que hermanos y hermanas vivan juntos a pesar de sus diferencias, que resuelve conflictos, que edifica y no destruye. La paz es la evidencia de que el Reino está presente: allí donde hay armonía, respeto, perdón y amor, la autoridad de Cristo se manifiesta y el enemigo es derrotado.

La exhortación de Pablo, aunque implícita, es clara: la victoria del Reino requiere participación activa. No basta admirar la obra de Dios desde lejos; se nos llama a vivir como

ciudadanos de un Reino que ya ha triunfado, pero que se manifiesta plenamente a través de nuestras vidas. Servir, amar, perdonar, edificar, orar, interceder: todo esto es parte del despliegue de la victoria de Cristo. Cada acción coherente con Su Palabra es un paso más en la manifestación del Reino sobre la tierra.

Asimismo, el triunfo del Reino nos desafía a vivir con perspectiva eterna. No somos derrotados por las dificultades, las persecuciones ni las amenazas del enemigo. El Dios de paz asegura la consumación del Reino y nos invita a caminar con confianza: lo que Cristo ha iniciado en la cruz culminará en victoria completa. La Iglesia, en su fidelidad, participa de esa certeza y actúa como testigo de la soberanía de Dios ante un mundo lleno de tinieblas.

Este capítulo nos deja una enseñanza pastoral vital: el Reino triunfa donde hay comunidad, amor y fidelidad. La victoria de Cristo se refleja en la comunión de Su pueblo, en la autoridad espiritual que ejerce y en la paz que gobierna en medio de las pruebas. Cada cristiano, cada iglesia, es llamado a vivir como evidencia de esa victoria, proclamando con su vida que Satanás ha sido vencido y que Cristo reina con poder y gloria.

***“Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.”***

Romanos 16:27

# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*

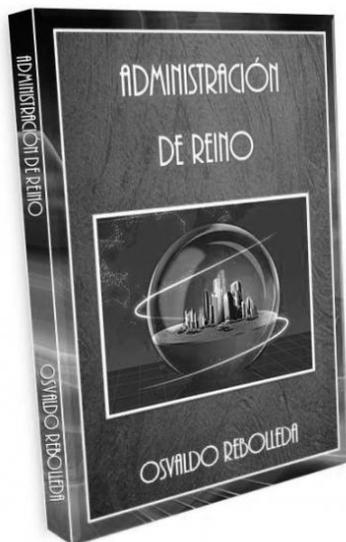
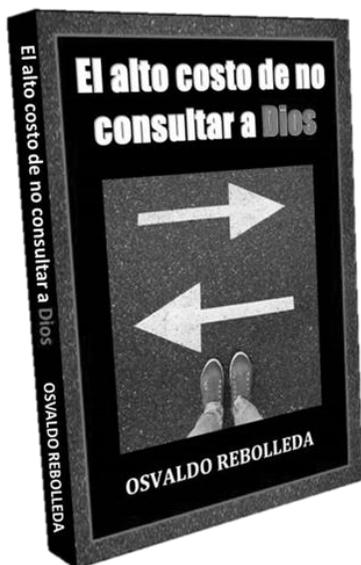


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

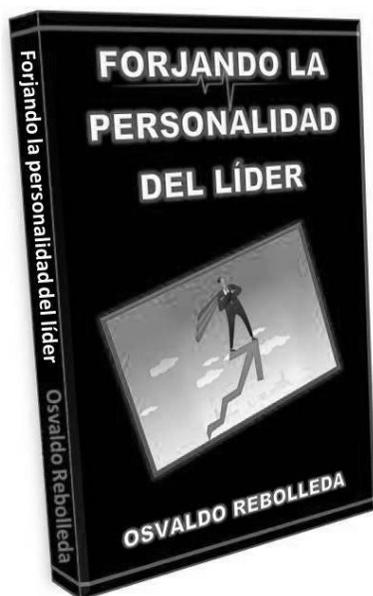
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



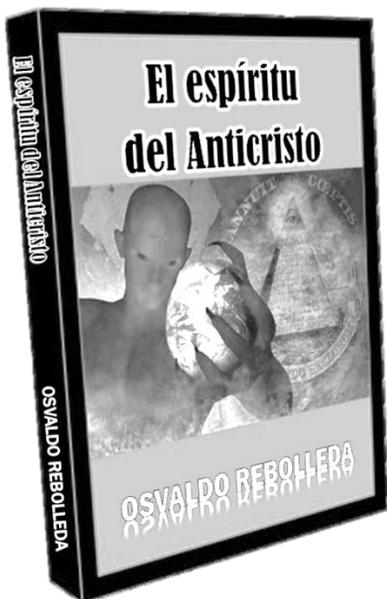
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



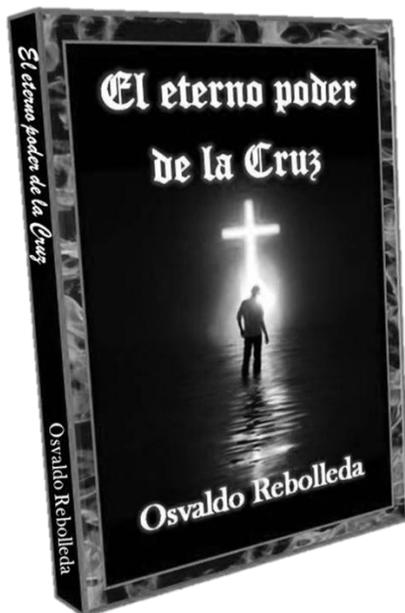
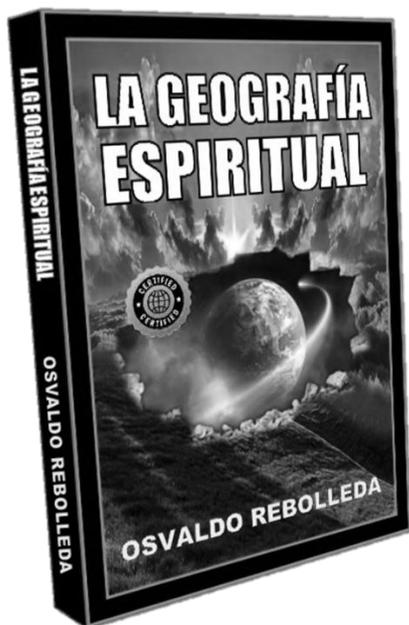


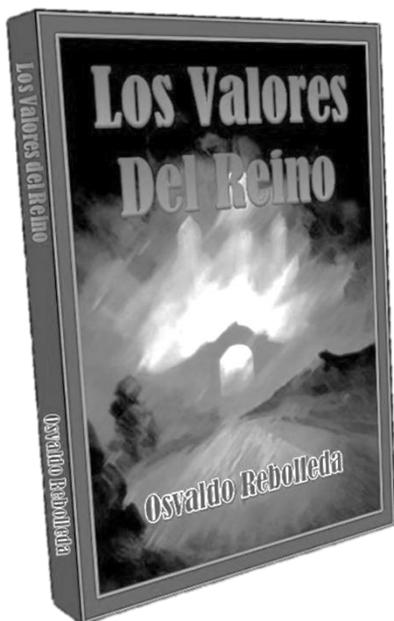
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

